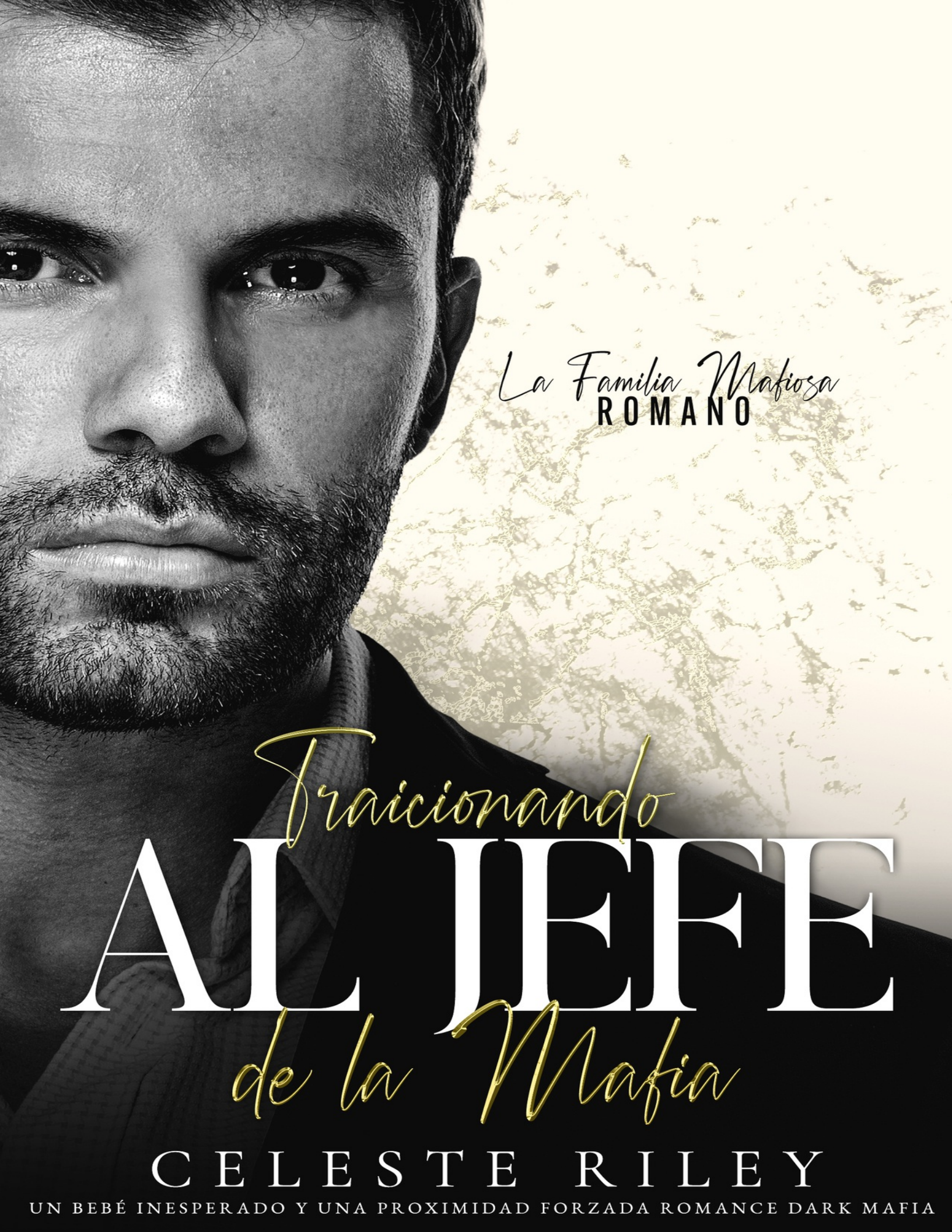




La Familia Mafiosa
ROMANO

Traicionando
AL JEFE
de la Mafia

CELESTE RILEY

UN BEBÉ INESPERADO Y UNA PROXIMIDAD FORZADA ROMANCE DARK MAFIA

Traicionando al Jefe de la Mafia

Un Bebé Inesperado y una Proximidad Forzada – Romance Dark Mafia

La Familia Mafiosa Romano - Libro 3

Por Celeste Riley

Copyright © 2024 por Celestine Publishing Ltd.

Contacto: Celeste-Riley@mail.com

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Contenido

[Capítulo I](#)

[Vincent](#)

[Capítulo II](#)

[Isabella](#)

[Capítulo III](#)

[Vincent](#)

[Capítulo IV](#)

[Isabella](#)

[Capítulo V](#)

[Vincent](#)

[Capítulo VI](#)

[Isabella](#)

[Capítulo VII](#)

[Vincent](#)

[Capítulo VIII](#)

[Isabella](#)

[Capítulo IX](#)

[Vincent](#)

[Capítulo X](#)

[Isabella](#)

[Capítulo XI](#)

[Isabella](#)

[Capítulo XII](#)

[Vincent](#)

[Capítulo XIII](#)

[Isabella](#)

[Capítulo XIV](#)

[Isabella](#)

[Capítulo XV](#)

[Vincent](#)

[Capítulo XVI](#)

[Isabella](#)

[Capítulo XVII](#)

[Vincent](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Isabella](#)

[Capítulo XIX](#)

[Isabella](#)

[Capítulo XX](#)

[Vincent](#)

[Capítulo XXI](#)

[Isabella](#)

[Capítulo XXII](#)

[Vincent](#)

[Capítulo XXIII](#)

[Isabella](#)

[Capítulo XXIV](#)

[Vincent](#)

[Capítulo XXV](#)

[Isabella](#)

[Capítulo XXVI](#)

[Vincent](#)

[Capítulo XXVII](#)

[Isabella](#)

[Epílogo](#)

[Vincent](#)

[Cuatro años después](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

Capítulo I

Vincent

Hay cientos de personas en esta sala, pero solo una consigue captar mi atención. No sé su nombre ni el color de sus ojos. No sé quién es, de dónde viene, ni por qué solo puedo centrarme en ella.

Es decir, hay más de trescientas personas en este seminario de salud, todos son médicos, enfermeras e incluso funerarios. A la mayoría de ellos ya los he visto varias veces. Entonces, ¿por qué no puedo dejar de mirar a la mujer alta y delgada del otro lado de la sala cuando no sé absolutamente nada de ella, aparte del hecho de que lleva el cabello rizado y plateado recogido en un moño desordenado en lo alto de la cabeza y que está condenadamente sexy con el uniforme azul cielo que lleva puesto?

Juro que es la mujer más hermosa de esta sala.

¿Por qué mi hombría no hace más que clamar atención ante su increíble aspecto con un estetoscopio colgado del cuello?

¿Acaso he desarrollado una manía por las mujeres con batas y no me he dado cuenta de ello hasta hoy?

Han pasado dos años desde que dejé el ejército. Mejor dicho, dos años desde que mis hermanos mayores me obligaron a dejar el ejército después de que perdí... No dejo que mis pensamientos sigan divagando. Pensar en las cosas que perdí no ayudará. Solo empeorará mis pesadillas cuando finalmente se estén desvaneciendo.

El seminario continúa durante otra hora, pero la mayor parte de lo que dice el orador no es más que ruido sordo para mis oídos. Toda mi atención se centra en esta mujer de cabello plateado.

— ...eso es todo por hoy. Gracias a todos por haber venido y espero verlos aquí en el acto benéfico del lunes por la noche — dice el profesor Jenkins desde el podio.

En cuanto abandona el estrado, se oye un murmullo y todos los participantes se dirigen a la pequeña puerta que da a la salida de la sala de conferencias.

Sin embargo, la mujer de cabello plateado no se mueve. Una mujer de piel acaramelada con trenzas, también vestida con bata, está a su lado. Se inclina y le susurra algo a la mujer en la que he estado concentrado durante la última hora. Ambas miran hacia mí y dos ojos castaño claro me inmovilizan.

Esos ojos son tan hermosos que tardo un momento en apartar la mirada y fingir que no llevo una hora mirándola.

Por el rabillo del ojo, veo que su amiga le susurra algo, pero la mujer que ha robado mi atención no responde, simplemente se da la vuelta y arrastra a su amiga mientras salen de la sala.

— Te he visto mirarla durante todo el seminario — dice una voz grave junto a mí.

Es mi amigo Luca. Es casi tan alto como yo, tiene el cabello rizado oscuro y el ceño siempre fruncido. Me sorprende que los niños de la sección de pediatría lo quieran tanto con esa cara, siendo que él jura que son hijos del diablo y que los odia.

Al mirarlo, mis labios se curvan. — Estás aquí.

— Nunca me fui — dice.

Para ser sincero, ya no sé si Luca es mi amigo o mi guardaespaldas desde que Dominic ha insistido en que me siga a todas partes. Luca prefiere pasar el tiempo cazando y matando a los camorristas, sobre todo después de la guerra entre nuestras familias hace un año. Hay un asunto

relacionado con alguien llamado Elio Valentes. No conozco los detalles y tampoco quiero saberlos. Porque los asuntos de la mafia no son de mi incumbencia.

Lo que sé, es que Elio ha estado dirigiendo los negocios de la Camorra desde un lugar secreto y que, tal y como están las cosas, ninguno de sus hombres sabe dónde puede estar. Marcus ha torturado a algunos de ellos, y no ha sido capaz de obtener ni una sola información útil sobre el paradero de Elio.

Luca odia las «estupideces médicas» como suele llamarlas, pero como el Capo se lo ha ordenado, no tiene más remedio que obedecer.

— Curioso, teniendo en cuenta que pensaba que habías desaparecido de la faz de la tierra durante la presentación. — Sus labios se crispan y frunce el ceño antes de ponerse en pie. — ¿Nos vamos o te vas a pasar otra hora más mirando el sitio donde estaba ella?

Me frote la barba mientras considero mi próximo movimiento. — Vamos a los pabellones, y luego podemos comer algo.

Luca se mofa, sus ojos sombríos me fulminan con la mirada mientras salimos de la habitación. Todo el mundo ya se ha ido, así que el lugar está vacío y da una sensación inquietante.

— Ya no eres médico de combate. No entiendo por qué sigues obsesionado con este lugar.

Me detengo frente a la puerta mientras se me hace un nudo en la garganta. Él tiene razón. Ya no soy médico de combate. No debería asistir a seminarios médicos ni hacer rondas, pero es un deseo al que no puedo resistirme.

Al principio, me había unido a los médicos de combate para expiar los pecados de mi familia. Me importa una mierda la religión o si existe una deidad o no, pero espero poder limpiar el mundo de algunos de los daños que los de mi tipo; mi familia, o la mafia, han causado.

Sin embargo, después de aquella noche, hace dos años, en la que vi cómo la vida se desvanecía de los ojos de uno de mis compañeros, ya no estoy seguro de si hago esto por mi familia o si estoy aquí para encontrar un poco de paz para mí mismo.

— ¿Aún tienes pesadillas? — La voz de Luca es cuidadosa al preguntar.

A veces veo el miedo y el respeto en sus ojos cuando me habla. Puede que no me parezca en nada a mis hermanos, pero creo que él sabe que soy tan Romano como ellos. Como si fuera un depredador escondido en la oscuridad, esperando el momento oportuno para atacar a mi presa.

No soy nada de eso. Y nunca lo seré. El derramamiento de sangre, la brutalidad y la crueldad dentro de la mafia, me repugnan hasta lo más profundo de mi ser. Me niego a formar parte de un mundo tan oscuro como ese.

— Ya no son tan frecuentes como antes — le digo.

Continúo caminando y él me sigue.

— Una cosa más, no les digas ni una palabra sobre mis pesadillas a mis hermanos.

— Lo he mantenido en secreto durante dos años, ¿por qué iba a decírselos ahora?

— Solo lo mantuviste en secreto porque ninguno de ellos se ha interesado lo suficiente como para averiguarlo hasta ahora. — Sonríe cuando llegamos a la planta de pediatría y los niños gritan mi nombre a pleno pulmón, algunos corren a abrazarme.

Paso un rato con los niños y luego voy a la cafetería de abajo a comer. Cuando termino, es hora de pasar al siguiente programa del día. El recibidor del hospital está decorado con flores y se han instalado varios puestos, cada uno de los cuales ofrece artículos diferentes. En la entrada, un grupo de enfermeras recibe a los políticos y a la alta sociedad.

— Vaya... — Luca suspira. — Tengo la sensación de que este será un día largo. ¿Cómo he pasado de torturar rusos a estar a tu lado en un hospital, llevando flores para unos niños que me importan un carajo?

— Quien sabe. — Le sonrío de forma ladeada y me dirijo a uno de los puestos de flores. Hay unos treinta niños en la planta de pediatría que acabo de visitar y cada uno de ellos recibirá flores hoy de mi parte.

No hay nadie en el puesto. Me pongo las manos en la cintura y miro a mi alrededor en busca de alguna señal de alguien.

— ¿Hola? ¿Hay alguien aquí?

Tras unos segundos de silencio, una voz suave responde detrás de mí.

— Estoy aquí.

Me doy la vuelta. El corazón me da un vuelco cuando veo que es ella, la chica de cabello plateado de la sala de conferencias. Me sonrío y le brillan los ojos.

Mi hombría vuelve a crisparse. Me cuesta mantenerla bajo control. Creo que necesito tener sexo. Hace tiempo que no voy al club, así que quizá sea el momento.

— *Sei bella.*

Sus cejas se fruncen y su sonrisa desaparece como si nunca hubiera estado allí.

— ¿Qué?

— Eres hermosa.

Se mofa y camina junto a mí hacia el puesto. — ¿Has venido a comprar flores o a hacer cumplidos? Te aseguro que lo segundo no me interesa.

Mi mirada la sigue. — No pregunté si te interesa. Es un cumplido inofensivo.

Se limita a mirarme, como si estuviera ideando la forma más rápida de deshacerse de mí. Las mujeres siempre han caído rendidas a mis pies desde el momento en que supe que podía hacer algo más que mear con mi hombría, pero ¿una mujer mirándome con tanto desdén? Eso sí que es nuevo.

Algo inusual e interesante.

— ¿Vas por ahí haciendo cumplidos a todas las mujeres que conoces? — pregunta finalmente, alzando las cejas. — Si es así, entonces considero tu cumplido un insulto.

Una sonrisa se dibuja en mis labios. — ¿Acaso son celos lo que percibo?

— Yo diría más bien; «toma tu cumplido y métetelo por el trasero» — Aspiro el aroma de su perfume cuando se inclina hacia delante.

Huele como un jardín de flores; suave y sensual.

— Además de tu incapacidad para leer las señales, creo que tienes problemas para interpretar mensajes.

— ¿Ah, sí? ¿Y qué tal si me ayudas?

— Acabo de hacerlo. — Ella mira a Luca que está dando vueltas como si estuviera buscando la salida más cercana de este lugar. — Tu amigo no parece que esté disfrutando estar aquí, ¿por qué no le haces un favor a él y también a mí y te largas? — Una media sonrisa se dibuja en sus labios.

— Lo siento, no puedo hacerte ese favor. — Le devuelvo la sonrisa y me meto las manos en los bolsillos de los pantalones. — ¿Por qué mejor no me haces un favor y me dices qué flores te gustan?

Ella gruñe y dirige su atención hacia una cesta de rosas que está dentro del puesto. Se muestra agresiva mientras las recorta para formar un ramo en forma de corazón.

— ¿Supongo que eso es un «no»? — le pregunto.

Esta mujer maleducada debería irritarme. Y, por lo general, lo estaría. Las prefiero dóciles y dulces, pero ella es distinta. Su boca prepotente y su actitud atrevida me atraen como la polilla a la llama.

Es extraño. Realmente extraño.

Finge no oírme y empieza a descargar su ira contra la cesta hecha a mano en la que está metiendo las rosas.

La observo divertido por el gran esfuerzo que hace para ignorarme. Intento imaginar qué harían mis hermanos en una situación así. ¿Castigarla? Antes de que se casaran con las sabihondas sin las que ahora no pueden vivir, quizá lo hubieran hecho.

— ¿Sigues ahí parado? — pregunta al cabo de un momento. — Eres insufrible. De verdad.

— Y tú eres preciosa. — Sonrío cuando ella *hace una mueca*.

Parece que no le gusta que le haga cumplidos, por lo que me apetece aún más hacerlo.

— Realmente necesito esas flores.

— ¿Para regalárselas a las enfermeras? De ninguna manera. Son para los pacientes.

— Son para los niños del pabellón de cáncer.

Sus ojos se abren de par en par. — ¿De verdad?

Asiento con la cabeza. — No soy un idiota que compra flores para las enfermeras cuando hay niños que estarían felices de recibirlas.

Me mira fijamente, entrecerrando los ojos. — Bueno, te las vendo ya que son para los niños. Y para disculparme por el malentendido, te diré qué significa cada flor y podrás elegir las según la personalidad de los niños. Supongo que conoces a esos niños en los que te gastas todo este dinero... — Simplemente enarco una ceja y sonrío.

— Dame un segundo.

Pasa más de un segundo. Mejor dicho, pasa una hora entera antes de que los treinta y seis ramos de diversos colores estén preparados. Luca los lleva arriba mientras realizo el pago.

— Gracias por comprar las flores para los niños — dice mientras me devuelve la tarjeta. — Es muy considerado de tu parte.

— Si crees eso, ¿puedo al menos saber tu nombre?

Ella sonríe. — Creo que no.

— Isabella — dice una voz detrás de mí.

Cuando me doy la vuelta, veo a la chica de piel acaramelada que estaba con ella en la sala de conferencias.

Se dirige al puesto y se coloca junto a su amiga. — Se llama Isabella.

— ¡Naomi, basta ya! — le susurra Isabella a su amiga, pellizcándole la mano.

— Isabella. — Repito su nombre como si fuera lo más bonito que he oído en mucho tiempo, y en realidad lo es. — Tienes un hermoso nombre.

Sus mejillas se tiñen de rojo y no logra contener la sonrisa. — Gracias. He oído eso muchas veces.

Me arde el pecho de celos. Por alguna razón, no quiero que otros hombres la halaguen, y definitivamente no quiero que ningún hombre que no sea yo; comente lo bonito que es su nombre.

Creo que me estoy volviendo loco.

Luca vuelve para llevar el último ramo de flores. Se queda mirando entre las chicas y yo, y luego sonrío con complicidad.

— ¿Y tú no nos dirás cómo te llamas? — La pregunta de Naomi va dirigida a Luca. — Siempre estás extrañamente callado.

— No te gustarían las cosas que diría, *ragazza* — responde Luca.

Contengo una carcajada porque es verdad. Nunca he oído a Luca hablar con mujeres más allá de decirles cómo quiere cogérselas. Definitivamente no le gustará oír las cosas que él querría

decirle.

— Como quieras. — Lo aparta con la mano y vuelve su atención hacia mí. — ¿Te gusta mi amiga? Te descubrí mirándola en aquella charla. ¿Es amor a primera vista o solo quieres acostarte con ella?

Mis cejas se disparan hacia el nacimiento de mi cabello.

Ella es audaz. Muy atrevida. También me agrada.

— ¿Estaría bien si te digo que simplemente me gusta? — No quito los ojos de Isabella. — Tu amiga es una mujer muy interesante.

— No me digas. — Naomi suelta una risita y le pellizca las costillas a Isabella.

Pero Isabella no se ríe, me mira como si me estuviera estudiando.

— No sería su mejor amiga si no fuera interesante.

— Ya basta. — Isabella levanta la mano para impedir que su mejor amiga revele más información sobre ella. — ¿No están los niños esperando a que les des sus flores? Deberías irte.

— ¿Compraste flores para los niños? — Naomi jadea, tapándose la boca con la mano. — Eso es muy dulce de tu parte.

No le respondo. No hago ninguna de las cosas que hago para recibir elogios de nadie. Las hago porque alivian la carga que tengo sobre mis hombros. La carga de los pecados de mi familia y la pérdida de la primera persona que realmente me importaba y que no era uno de mis hermanos.

— ¿Naomi? — Isabella murmura. — Lo estás avergonzando. Estoy segura de que no es el tipo de hombre que se regodea de las cosas que hace por los niños enfermos. ¿Y tú eres...?

— Vincent. — Me paso un dedo por el anillo de oro que llevo. — Y para responder a tu pregunta, no, no soy ese tipo de hombre.

Nos miramos a los ojos en silencio durante un momento antes de que Naomi se aclare la garganta.

— Ustedes dos tal vez quieran conseguirse una habitación de hotel ya que se tienen tantas ganas el uno al otro.

— Eso no es así — protesta Isabella, poniendo los ojos en blanco.

— Sí, claro, díselo a alguien que esté demasiado ciego para no ver la forma en que se miran. — Naomi me mira. — Solo para contextualizar, mi amiga está soltera y no ha tenido un hombre en su vida desde hace más de un año.

— De acuerdo. Es suficiente. — Isabella pone una mano sobre la boca de Naomi. — Estás hablando demasiado.

Se lame los labios cuando nuestras miradas se cruzan y lo único en lo que puedo pensar es en las ganas que tengo de saborear sus labios.

— Deberías irte, Vincent. Y en caso de que no volvamos a vernos, gracias por cuidar de esos niños. Te lo digo en serio.

La saludo con la cabeza, me doy la vuelta y me dirijo al ascensor. Me gusta Isabella, y con eso no me refiero solo a que me gustaría cogérmela. Es interesante y me gusta que no se acobarde ante mí.

Definitivamente volveremos a vernos.

Y pronto.

Capítulo II

Isabella

— Por el amor de Dios, Naomi. ¿De verdad tenías que contarle todo eso? — Han pasado exactamente catorce meses desde la última vez que salí con alguien, y Naomi no ha renunciado a buscarme novio.

Tengo que admitir que admiro su resistencia por encontrarme un compañero de vida, pero le agradecería que no le dijera a cada hombre guapo dispuesto a escuchar; que no he tenido sexo en más de un año.

Especialmente no a Vincent Romano.

— Me lo agradecerás cuando finalmente lo de ustedes funcione. — Naomi recorta unos tallos de rosa. — Es joven, guapo, rico y amable, ¿qué más podrías buscar en un hombre?

— Sé exactamente quién es, Naomi. Y créeme, es todo lo que no quiero en un hombre.

Es cierto que sé todo sobre Vincent Romano y que me cae mal, pero ¿por qué mi corazón tartamudeaba del modo en que lo hacía cuando él estaba cerca? Mi libido subió de una forma que no me gustaba cuando él estaba cerca.

Pero ese no es el único problema.

Me había fijado en todo lo que no debía. La forma en que su cabello oscuro se le pegaba a la frente, en sus ojos azul cielo y en lo condenadamente guapo que estaba.

Es inhumano que alguien pueda verse tan bien. Como si una cara bonita no fuera suficiente pecado, también tenía los hombros anchos y una complexión corporal perfecta.

Me percaté por los músculos que sobresalían de todo ese blanco que llevaba puesto y que se veía como un Dios literalmente debajo de su ropa. Me pregunto qué tan grande es su...

Esto está mal, Isa. ¿Por qué estás pensando en lo grande que es su...? No lo digas. No.

Naomi recarga la cadera en el puesto y apoya la cabeza en la mano. — ¿Isa, lo dices en serio o te estás esforzando bastante por hacerte la difícil?

— Un poco de las dos cosas. — Me río y Naomi se une a mí, riendo aún más fuerte.

Si tan solo supiera quién soy realmente... entonces no sería su mejor amiga ni la enfermera bondadosa que todos los demás creen que soy.

Si lo supieran.

El tiempo pasa muy deprisa y ya es de noche. He vendido todas mis flores y he conseguido una buena suma para la donación.

Naomi se reúne conmigo en mi puesto, ahora vacío, luego de haber recogido lo que quedó de los libros de medicina que estaba vendiendo. Levanta una mano para ocultar un bostezo, se estira hacia atrás y empieza a masajearse los hombros. Está agotada y probablemente hambrienta. Se le ha corrido la base de maquillaje, lo que le da a su rostro un brillo aceitoso. Sus ojos almendrados están entrecerrados y parece que se va a quedar dormida en cualquier momento.

Pero no soy una persona muy habladora. Me duelen los pies y los hombros. También me gruñe el estómago. Lo único que quiero ahora mismo es desplomarme en la cama después de devorar una caja entera de pizza.

Intento evitar los carbohidratos todo lo que puedo, pero esta noche me apetecen demasiado. Recurro a los carbohidratos siempre que estoy muy estresada y no es el acto benéfico lo que me tiene así.

Es Vincent.

No es para nada como me habían dicho. Yo esperaba a un delincuente famoso que se dedica a ahogar cachorros y a secuestrar niños para pasar el rato, no a un treintañero de corazón bondadoso y absurdamente guapo que compra flores para los niños con cáncer y que pasa la mayor parte de su tiempo libre recorriendo los pabellones.

No estoy muy segura de poder hacerlo.

Naomi enlaza su brazo con el mío y apoya la cabeza en mi hombro. Yo mido un metro setenta y ella un metro setenta y cinco, así que su cabeza cabe perfectamente en mi hombro.

— De verdad, Isa, ¿cómo te las arreglas para hacerlo?

— ¿Hacer qué?

— Siempre pareces tan llena de energía, incluso cuando estás cansada. Te envidio.

— Pues no deberías hacerlo. — Si supiera todo de mí, dudo que encontraría un motivo para hacerlo.

Naomi y yo nos conocimos en nuestro primer año en la escuela de enfermería. Estuvimos juntas en un proyecto y desde entonces hemos sido amigas.

¿Mejores amigas? Tal vez no.

Naomi cree que soy su mejor amiga y se lo dice a todo el mundo, pero no creo que seamos mejores amigas porque las mejores amigas no se guardan secretos como yo lo hago.

Naomi me agrada. Es la única persona que me importa, aparte de mi abuela, pero hay secretos que no puedo revelarles por su propio bien: secretos sobre la razón por la que me trasladaron repentinamente *al Hospital LifePlus*.

— ¿Qué vas a hacer este fin de semana? — me pregunta, mientras subimos a un ascensor y pulso el botón de la novena planta.

Tenemos que informar al director del hospital antes de poder irnos a casa.

Me encojo de hombros. — Dormir todo el día, supongo.

Levanta brevemente la cabeza para mirarme. — Isa, solo tienes veintiséis años. Al menos deberías tener un novio a quien visitar o salir a cazar uno.

No está del todo equivocada, pero su información no está actualizada. De hecho, ya estoy cazando a un hombre, Vincent Romano, y no me entusiasma en lo más mínimo.

— En fin —continúa— Miles me invitó a una cita el viernes por la noche. Estoy muy emocionada pero no tengo ni idea de qué ponerme.

Me alegro por Naomi, lleva mucho tiempo enamorada de Miles. Pero estoy demasiado preocupada por mis propios problemas como para alegrarme por su próxima cita. Y no soy de las que fingen felicidad o simulan una sonrisa.

— Tienes un armario lleno de ropa, Naomi. Creo que con una de ellas bastará.

Ella pone los ojos en blanco y gimotea. — Sabes que no puedo ponerme una de esas. Me ha visto con la mayoría. — Se lo piensa un momento. — ¿Qué tal si vamos de compras mañana después del trabajo?

El ascensor se detiene antes de que pueda responder. Agradezco la interrupción. Naomi se enfadará toda la noche si le digo que estaré ocupada el fin de semana. Supongo que puedo decírselo cuando llame.

Puedo mentir y decir que a mi abuela le duele una muela y que tengo que llevarla al dentista, o fingir que estoy enferma.

No me malinterpreten, ojalá pudiera vivir como una chica normal de veintiséis años. Ir a fiestas los fines de semana, conocer a un hombre bueno de verdad con quien tener un sexo fantástico y con quien salir, pero esos son lujos que están fuera de mi alcance. Por ahora, al menos. Lo único que me importa ahora es pagar la deuda de mi hermano y vivir felices para siempre con mi Nana.

No es mucho, pero dada la situación en la que me encuentro, creo que servirá.

Mi hermano muerto, Phil, se involucró con la mafia después de haber robado drogas por valor de un millón de dólares. Lo pagó con su vida y ahora mi Nana y yo también lo estamos pagando con nuestras vidas.

Me dejo llevar tanto por mis pensamientos que no me doy cuenta cuando llegamos al despacho del director hasta que Naomi me da un codazo.

Me mira con los ojos muy abiertos. — ¿Has oído siquiera algo de lo que te he dicho?

— Sí — le miento.

Mentir me resulta fácil ahora, nunca había sido así antes.

Naomi se cruza de brazos, frunce los labios y entrecierra los ojos desconfiando de mí.

— ¿Qué dije?

Me siento como si me hubieran pillado in fraganti haciendo algo muy malo, ¿o es que me estoy equivocando al mentirle a mi mejor amiga? No lo sé. Mi sentido de la moral se ha torcido últimamente.

— Lo siento... — Me rasco la cabeza. — No te estaba escuchando.

Su bonita cara se muestra llena de preocupación. — Últimamente pareces ausente, Isa. ¿Está todo bien? Sabes que siempre puedes contarme cualquier cosa.

Se me llenan los ojos de lágrimas y estoy a punto de sollozar, pero hago un buen trabajo para que no se note que me estoy rompiendo por dentro.

— Te preocupas demasiado, Naomi. Estoy bien, solo estoy agotada.

— ¿Estás segura?

— Confía en mí. — Esta vez enlazo mi brazo con el suyo y golpeo la puerta del director.

Es una puerta negra doble con la inscripción Dr. Phil escrito en negrita en un pequeño cartel que cuelga de ella. *Director del Hospital* está escrito en cursiva justo debajo de su nombre.

No hay respuesta, entonces levanto la mano para golpear por segunda vez cuando oigo algo que me deja helada.

— Alguien está *gimiendo* — dice Naomi, mordiéndose los labios. — ¿Crees que el Dr. Phil está teniendo alguna...?

— De ninguna manera. — La interrumpo con un gesto de la mano.

La mujer del Dr. Phil está al otro extremo del continente americano, no hay manera de que se meta con otra mientras su mujer está de viaje por motivos de trabajo.

— A menos que su viaje haya sido reprogramado. — Naomi me dedica su habitual sonrisa traviesa.

Antes de que pueda darme cuenta de lo que está a punto de hacer, gira el pomo de la puerta y la abre de un empujón.

Dos cabezas voltean hacia nosotros, dos ojos agrandados se congelan en nuestra dirección. La Sra. Phil está en la mesa de su marido, con la falda arremangada y el cabello rubio ondulado todo alborotado.

El aspecto del Sr. Phil es aún peor. Tiene el cabello castaño claro revuelto, la corbata parece anudada por un niño de seis años y la camisa toda desaliñada. Debería apartar la mirada, pero me siento tentada de bajar un poco más para ver cómo tiene los pantalones caídos hasta sus pies.

Juro que mataré a Naomi por hacer esto.

Suelto una risa nerviosa. — Lo siento, Sr. Phil. Lo siento, Sra. Phil. Ya nos vamos. Sigán en lo suyo, por favor. — Alcanzo el pomo de la puerta, cerrándola de golpe, luego me desplomo y me sujeto el pecho.

Mi respiración está tan acelerada que cualquiera que me viera pensaría que acabo de correr una

maratón.

— ¿Acaso no tienen más de cincuenta años? — murmura Naomi a mi lado.

Sonríe como una maléfica. — ¿Cómo siguen tan llenos de energía?

Me enderezo. — ¿Estás llena de energía? Porque si es así, deberías empezar a correr ahora mismo.

Naomi sale disparada y yo corro tras ella, persiguiéndola hasta el otro lado del pasillo y bajando las escaleras hacia la salida. Tengo que darle una lección por ser tan traviesa. Con una carcajada, Naomi pasa corriendo junto a mí, saltándose escalones mientras baja a toda velocidad.

Apenas consigo llegar a la octava planta cuando suena mi teléfono. Mi corazón se hunde y la bilis me quema la garganta cuando un número privado parpadea en mi pantalla.

Solo una persona me llama desde un número privado, y es alguien a quien detesto con todo mi ser. Insiste en que lo ponga al día los domingos y en que nunca me ponga en contacto con él. No es que fuera a hacerlo, ya que no tengo su número. Pero solo es viernes por la noche.

¿Por qué me está llamando ahora?

Cierro los ojos y respiro profundamente para calmarme antes de responder.

— Sr. Valentes.

— ¿Qué tal tu primer día en el nuevo hospital, Isabella? — pregunta una voz grave al otro lado de la línea.

Me gustaría que no sonara ahora mismo como si fuéramos amigos de toda la vida. Me estremezco solo de hablar con este hombre.

— Veo que ambos se llevan muy bien.

El calor me eriza el cuero cabelludo. Me doy la vuelta y miro por la ventana de cristal de la pared de al lado.

— ¿Me está vigilando?

— Siempre te estoy vigilando — responde con indiferencia.

Cualquiera diría que no acaba de decirme algo tan serio y aterrador como que me está vigilando.

— Pero no te preocupes, no intervendré a menos que me des una buena razón para hacerlo.

Hace un mes que mi Nana desapareció de la residencia de ancianos en la que vivía. El pánico burbujea en mis venas y mis piernas amenazan con doblarse.

— No lo decepcionaré.

— Sé que no lo harás. No queremos que tu querida Nana salga lastimada, ¿verdad?

— No. No. — Hay desesperación en mi voz. — ¿Cómo está mi Nana? ¿Puedes por favor ponerla al teléfono? ¿Por favor?

— Creo que aún no entiendes cómo funciona esto, Isabella. — Su risa malvada se filtra por mi torrente sanguíneo como veneno. — No estás en posición de exigir nada aquí. Consígueme lo que quiero y podrás volver a ver a tu Nana.

— Pero...

— Y una cosa más. Tu Nana se muere si él tiene la más mínima idea de quién eres. No lo olvides.

— Por favor...

Cuelga antes de que pueda pronunciar otra palabra y me quedo con el silencio de una llamada finalizada. Me desplomo y caigo de rodillas mientras una mezcla de rabia y desesperación me atraviesa el pecho como una daga ardiente.

Siento que las paredes de la escalera se acercan lentamente, que no pararán hasta aplastarme entre ellas. Pronto, las lágrimas queman mis mejillas, y mi sollozo rompe el silencio en las escaleras.

— ¿Isa? — La voz de Naomi resuena desde abajo. — Isa, ¿estás bien? — Sus pies golpean el suelo de baldosas mientras corre escaleras arriba. — Isa, di algo. Me estás asustando.

— Estoy... — me detengo.

No puedo decir que estoy bien porque no lo estoy. No puedo mentir porque ya lo he hecho demasiado en el último mes. Me alegro cuando Naomi se pone en cuclillas y me abraza.

Me acaricia la cabeza mientras susurra. — Todo estará bien. Pronto todo estará bien.

Es difícil creer que todo estará bien cuando me enfrento a un jefe mafioso que tiene en su poder a la única familia que me queda, pero es extrañamente reconfortante llorar desconsoladamente por primera vez desde que me metí en este lío y oír a alguien decir que todo estará bien.

Sin importar que yo sepa que nada va a estar bien.

No importa que mi vida se haya desmoronado desde que mi abuela desapareció de la residencia de ancianos hace un mes y que haya recibido la llamada que sabía que cambiaría mi vida para siempre.

Elio Valentes tiene cuentas pendientes con los Romano, y me ha encomendado a mí la tarea de conducir a Vincent Romano hasta su trampa a cambio de la vida de mi abuela.

Capítulo III

Vincent

Dominic tiene la misma expresión en la cara que ha tenido siempre durante los últimos veinte años más o menos. Tiene los ojos entrecerrados, como si pudiera leerme cuanto más me mira.

Me muevo y suelto un suspiro. — ¿Qué?

Ha pasado una hora desde que recibí su llamada y diez minutos desde que estoy aquí sentado esperando a que termine de revisar una larga lista de correos electrónicos y me diga finalmente por qué me ha llamado.

No me malinterpreten, quiero a mis hermanos. Tanto, que daría mis dos riñones por ellos. Es el camino tan destructivo de la mafia con lo que no estoy de acuerdo, sobre todo porque veo lo que les hizo a nuestros padres, y temo perder a mis hermanos más que a cualquier otra cosa.

Marcus me comprende en cierto modo. Cree que mi miedo es irracional, pero aun así intenta comprenderme. Dominic, en cambio, piensa que soy débil y un completo cobarde. Cree que no habría sido así si hubiera sido más duro conmigo durante mi infancia. Nunca estaremos de acuerdo. A él le excita el derramamiento de sangre. A mí me excita el whisky, los coños y ayudar a los necesitados.

— ¿Qué has estado haciendo? — me pregunta, como si fuera mejor matar a cien hombres durante el fin de semana que beber con mis amigos en un club de striptease.

Giro la silla de cuero y reddecilla en la que estoy sentado. Mis zapatos están apoyados en su escritorio de caoba solo para molestarlo.

Me encojo de hombros. — Ocupándome de mis asuntos. Deberías aprender a hacerlo.

Sonríe, se echa hacia atrás y cruje los nudillos. — Eres un pedazo de mierda molesto, ¿lo sabías? Tienes suerte de ser mi hermano.

— O me habrías matado. He oído eso desde que tengo siete años — replico, devolviéndole su sonrisa con una mía.

A pesar de que no nos llevamos muy bien, me gusta pensar que Dominic y yo nos parecemos en muchas cosas que no tengan que ver con el derramamiento de sangre.

Ambos somos testarudos y temperamentales. Y haríamos absolutamente cualquier cosa para que nuestros seres queridos estuvieran a salvo. Así como yo derramé sangre por primera vez para proteger a mi sobrino, Lucas, hace años.

— Bien. Tienes que recordártelo todos los días. — Su sonrisa se desvanece y sé que habla en serio. — Ahora, ¿qué hiciste el fin de semana?

— ¿Hay algún problema?

Exhala, claramente exasperado. — Necesito que tengas cuidado. Elio Valentes sigue suelto.

Así es. Lo está.

— No veo cómo eso me afecta.

— Eres un Romano y créeme, te afecta incluso más que a mí y a Marcus. No estás metido en el negocio con el resto de la *famiglia*, así que eres el más vulnerable.

Levanto la ceja. — Los dos son más vulnerables que yo, teniendo en cuenta que tienen mujer e hijos. Yo puedo arreglármelas.

Dominic aprieta la mandíbula. — Simplemente no salgas de la vista de Luca y llámame si algo te parece sospechoso.

Me muerdo la réplica al notar la genuina preocupación en la voz de mi hermano.

— No te preocupes por mí, hermano. Estoy bien. ¿Cómo están Elena y los niños?

— Ellos están bien — responde con una pequeña sonrisa, solo se suavizan los bordes de su boca.

— Dile a Elena que iré en algún momento. Necesito comprar unos juguetes para los niños y seguro que Lucas echa de menos jugar videojuegos conmigo.

Una cálida sonrisa se dibuja en el rostro de Dominic. — Jugar videojuegos con su tío Vincent es de lo único que habla. Tienes que ir a visitarlos pronto.

— Lo haré. — Esta noche es el acto benéfico.

Entre mis rondas con los médicos y el cuidado de los niños en las salas de pediatría, realmente no tengo mucho tiempo para pasar con mi familia, aunque los echo de menos.

— ¿Para eso me llamaste?

— Por ahora.

Frunzo el ceño y bajo las piernas de la mesa. — Sabes que hay algo llamado teléfono y que podrías haberme dicho todo esto por teléfono, ¿verdad? O es que echabas de menos verme la cara.

— Ya te gustaría. Lárgate de aquí, hombre.

Me río entre dientes y me levanto del asiento. — Con mucho gusto. Me detengo justo al llegar a la puerta y doy media vuelta. — ¿Hermano?

Dominic levanta la vista de su iMac. — ¿Qué?

— Cuídate y llámame si alguna vez me necesitas. Lo digo en serio. — En días como este es cuando creo que en realidad no soy muy diferente a mis hermanos, porque quemaría el mundo por la gente que quiero.

Sin embargo, domino mis oscuros deseos mejor que ellos.

Mi hermano sonrío. — Vete de aquí.

Le devuelvo la sonrisa, me doy la vuelta y me voy. Mi Mercedes blanco me espera en el aparcamiento del rascacielos cuando bajo. Está tintado, pero percibo que Luca me mira desde dentro cuando me acerco y me deslizo en el asiento del conductor.

— ¿Por qué tardaste tanto?

— ¿No eres mi guardaespaldas? No puedes hacerme preguntas. — Pulso el botón de arranque del coche y me pongo el cinturón de seguridad mientras el motor ruge bajo mis pies.

Luca me fulmina con la mirada. — Soy tu amigo, no tu maldito guardaespaldas. Estoy desperdiciando todos mis buenos años básicamente viviendo en un hospital contigo.

Empuño el volante y conduzco el coche por la concurrida carretera. Son casi las ocho de la mañana de un lunes, así que la carretera está abarrotada de coches y peatones con prisa por llegar a sus destinos.

— Ah, eso. Es muy difícil recordar que eres mi amigo cuando le informas de todo lo que hago a mi hermano.

Luca se rasca la barba. — Por favor, es el Capo. Sabes que no puedo mentirle. Soy hombre muerto si llegara a hacerlo.

— ¿Y qué te hace pensar que no eres hombre muerto por delatarme?

— Soy el único amigo que tienes, hombre. Además, no eres capaz de matar. — Aparto brevemente la vista de la carretera para mirarlo. — Aquella vez fue una excepción.

Veinte minutos más tarde, el edificio blanco del hospital se vislumbra a lo lejos. *LifePlus* está escrito en negrita en el letrero de acero que cuelga del último piso. Paro en el aparcamiento y salgo del coche dando un portazo.

Luca hace lo mismo, pero a diferencia de mí, tiene esa cara de disgusto. Preferiría estar en cualquier sitio menos aquí. No es culpa mía que sea tan leal a *su* Capo.

— Sabes que puedes ir a hacer lo que quieras y reunirme contigo aquí más tarde, ¿verdad? — le digo.

A veces me resulta molesto, pero tenía razón cuando dijo que es el único amigo que tengo.

El único otro amigo que tuve murió en combate hace dos años. Y no pude salvarlo.

— Lo que quiero, mi trasero. — Empieza a caminar hacia la entrada y lo sigo.

Saludo a la enfermera del mostrador de la recepción y ella me dedica una amplia sonrisa. Sus mejillas se enrojecen y sus ojos parecen como si cupido acabara de lanzarle una flecha. Luca y yo esperamos el ascensor y, cuando finalmente se abre, doy un paso hacia delante, pero alguien me empuja hacia atrás.

Su aroma invade mis fosas nasales. Es suave, dulce y sabroso. Huele a fresas y a vainilla.

— ¡Hey! — Luca gruñe con un marcado acento italiano y se pone una mano en la cadera. —

Aprende algunos malditos modales, ¿quieres?

Isabella se da la vuelta y sus grandes ojos marrones lo miran inocentemente. Hoy lleva un uniforme rosa con un jersey blanco de cuello alto debajo. Lleva un bolso negro colgado del hombro, color que complementa los zapatos negros que lleva en los pies.

— ¿Qué?

Tiene la voz entrecortada y me doy cuenta de que tiene los ojos enrojecidos e hinchados. ¿Habrá estado llorando?

— ¿Estás bien? — No es asunto mío si ha estado llorando, pero parece que no puedo controlar mis acciones cuando estoy cerca de ella.

Cruza los brazos sobre el pecho y frunce las cejas. — ¿Hay alguna razón por la que creas que no lo estoy?

Como era de esperar, una mujer como ella siempre está a la defensiva. No mostraría dolor o debilidad delante de los demás. No sé si estoy orgulloso de ella en ese momento, o si me molesta. Si algo o alguien la ha lastimado, quiero saber qué o quién fue y hacer que se sienta mejor.

— Tus ojos, están...

— Isa — se oye una voz desde el vestíbulo.

Su amiga se acerca alegremente en nuestra dirección cuando miro. Se le partiría la cara si sonriera aún más.

— Hola, Naomi. — Isabella no parece contenta de ver a su amiga.

Finge una sonrisa, pero se desvanece rápidamente al mirar los crocs que lleva puestos.

Naomi entra en el ascensor y enlaza su brazo con el de Isabella. Le susurra algo a Isabella, quien asiente.

— ¿No van a entrar? — pregunta Isabella, con la mirada clavada en mí.

Luca pone los ojos en blanco y entra en el ascensor, chocando intencionalmente con Isabella. Él y sus rabietas infantiles.

La puerta del ascensor se cierra y nos lleva a la novena planta.

— Sr. Romano — me grita una de las niñas de pediatría cuando entro.

Salta de la cama y corre hacia mí, rodeándome las piernas con sus pequeñas manos.

— Buenos días, Sr. Romano.

Me aparto y me pongo en cuclillas para estar a la altura de ella. A mis sobrinos les encanta que me ponga a su altura, así que aprendí esa costumbre de ellos.

— ¿Cómo estás hoy, Leila?

Leila tiene cinco años. Tiene cáncer de piel en fase tres y es hija de una madre soltera que regenta un pequeño restaurante en el centro de la ciudad. Es una niña muy dulce.

— Estoy bien. ¿Puedo contarle un secreto?

Le acaricio el gorro y sonrío. — Claro.

Se inclina hacia mí, me tapa la oreja con la mano y me susurra. — Mi nueva amiga me ha dicho que podría irme a casa si me como las verduras.

— ¿Y te las comiste? — le susurro.

Ella dijo que era un secreto.

Ella asiente. — Me las comí todas, y mamá sonrió viéndome comerlas.

— Woah. Eres una buena niña, Leila. Tu mami debe estar muy orgullosa. — Levanto un pulgar hacia arriba. — Aunque estoy un poco dolido, porque pensé que era el único amigo que tenías.

Suelta una risita y su vocecita resuena en la sala. — No se preocupe, Sr. Romano. Usted me agrada más. — Jadea. — Ah, se me olvidaba. También me ha dicho que podría casarme con usted cuando sea mayor, porque es una buena persona.

— ¿Eso te dijo? ¿Quién es tu nueva amiga?

— Ella está parada justo detrás de usted — responde Leila.

Le faltan casi todos los dientes, pero me parece adorable cada vez que me sonrío.

— ¿Detrás de mí? — Isabella me mira fijamente cuando giro la cabeza.

Tiene una sonrisa impresionante en la cara, pero sé que esa sonrisa no va dirigida a mí. Es para Leila y estoy un poco celoso.

— Hola — le digo, poniéndome en pie y metiéndome las manos en los bolsillos.

— Hola — me responde.

Se acerca a Leila y le da unas palmaditas en la cabeza. — ¿Cómo estás hoy, cariño?

— Me siento mucho mejor gracias al Sr. Romano — dice Leila. — Le estaba contando que me habías dicho que es muy buena persona.

— Muy bien, ya basta. Ve a jugar, Leila.

Leila asiente, me saluda con la mano y se va corriendo a su habitación.

— Para que lo sepas — me dice Isabella cuando Leila se ha ido. — Solo se lo dije porque es una niña.

— ¿Y qué le habrías dicho si no fuera una niña?

Isabella pone los ojos en blanco. — Créeme, no quieres saberlo.

Me acerco a ella.

Estoy tan cerca que me elevo sobre ella. — Créeme, quiero saberlo.

— No te lo voy a decir. — Se da la vuelta y se aleja.

Una sonrisa se dibuja en mis labios mientras la veo marcharse. Isabella parece de las que se hacen las difíciles y, por alguna razón, de verdad quiero saber lo que piensa de mí.

Capítulo IV

Isabella

Son las siete de la tarde cuando llego al sitio del acto benéfico, en el salón de uno de los hoteles más grandes de Manhattan.

Me sorprende cuando entro y veo la sala llena con cientos de personas. Habíamos hecho un buen trabajo promocionando el evento en las redes sociales y repartiendo panfletos a todo aquel que quisiera tomarlas.

Además, pronto habrá elecciones y los políticos se escudan tras actos como éste para conseguir votos. No me importan sus motivos, lo único que me importa es que recaudemos el dinero suficiente para los pacientes que no pueden pagar sus gastos médicos.

Sujeto la chaqueta de piel sintética color crema que llevo puesta y miro a mi alrededor buscando a Naomi. Me dijo que estaba por llegar cuando hablamos por teléfono hace quince minutos. Y no la veo por ninguna parte.

Siento un cosquilleo en el cuero cabelludo, como si alguien me estuviera observando. Sé que no es Elio. Es imposible que se arriesgue a que lo vean en un lugar como éste, ya que parece muy retraído. A menos, claro, que haya enviado a alguien a vigilarme.

Me aprieto aún más la chaqueta, con el corazón laténdome con fuerza en el pecho. La sensación de hormigueo no me abandona, así que supongo que quienquiera que me esté observando todavía tiene los ojos puestos en mí.

Dios, necesito un trago o dos.

— Isa.

Me estremezco al oír de repente mi nombre. Reconozco la voz de Naomi, pero estoy tan sobresaltada por la adrenalina que recorre mi cuerpo. Respiro con dificultad y el estómago no deja de revolverse. Creo que voy a vomitar.

Al girar la cabeza en dirección a la voz de Naomi, consigo forzar una sonrisa. Estaba tan entusiasmada con este evento y no quiero arruinárselo haciendo que se preocupe por mí.

— Vaya. Estás guapísima.

— Gracias.

Llevo un vestido negro con mangas y una chaqueta de piel sintética color crema. Mi bolso negro y mis tacones son de Zara. No tengo dinero, así que no puedo permitirme ropa de marca, pero tengo sentido de la moda.

— Tú tampoco te ves nada mal.

Naomi se da la vuelta para que pueda ver su vestido. Naomi siempre se asegura de ir bien vestida a todas partes. A diferencia mía, que gasto la mayor parte de mis ingresos cuidando de mi abuela y pagando los préstamos estudiantiles, Naomi derrocha su dinero en buena ropa y zapatos.

— Gracias.

El director del hospital sube al estrado y da la bienvenida a todos. Explica la importancia este acto y el monto que se pretende recaudar con él.

Tomo dos vasos de vino blanco de una bandeja y le paso uno a Naomi.

— ¿Crees que esta vez podremos superar nuestro objetivo? — Esperamos recaudar al menos doscientos mil dólares con el acto benéfico.

Da un sorbo a su vino. — Creo que lo haremos. Mira a tu alrededor, estas personas ricas probablemente están aquí para competir entre sí sobre quién donará más dinero.

— Tienes razón. — Realmente espero que lo hagan.

No me importa organizarles una competencia si eso los mueve a donar más dinero. Apuesto a que la mayoría de ellos podría donar mil dólares cada uno; sin que eso hiciera un hueco en sus cuentas bancarias.

— Espero que logremos recaudar más.

A continuación, una de las enfermeras jefe sube al estrado y comienza la subasta de material médico antiguo. Algunos de ellos pertenecen al fundador del hospital.

Levanto la copa hasta mis labios y bebo un sorbo de vino cuando Naomi pregunta.

— ¿Has visto al Sr. Romano en algún sitio?

El vino parece golpearme la tráquea porque me atraganto. Coloco el vaso en la mesa detrás de mí, me golpeo el pecho y me tapo la boca mientras toso. Me lloran los ojos e intento no llamar la atención. Todo el mundo está escuchando en silencio a la enfermera jefe, sería vergonzoso si hiciera ruido ahora mismo.

Naomi frunce el ceño. Me mira como si fuera un alienígena de seis cuernos, ojos enormes y piel verde.

— ¿A qué viene esa reacción?

Me aclaro la garganta. Todavía se siente ligeramente irritada.

— ¿Qué reacción?

— Esa reacción. — Naomi me mira con desconfianza, luego frunce los labios y sus ojos se llenan de picardía. — ¿Hay algo entre ustedes dos que yo no sepa?

Resoplo y me encojo de hombros. — No seas tonta, Naomi. Apenas nos conocemos. ¿Cómo diablos podría haber algo entre nosotros?

A menos que esté tratando de atraerlo directamente a las garras de su enemigo y me sienta horrible por ello. Han pasado días desde la llamada de Elio, y aún no me he atrevido a tomar una decisión.

Mi abuela me importa más que cualquier otra persona, pero Vincent es un buen hombre, al menos la parte que conozco de él. Es amable y el mundo se detiene a mi alrededor cada vez que sonrío.

¿Cómo podría hacerle daño? ¿Cómo podría ser la razón de su muerte cuando me hice enfermera para salvar vidas?

— No me mientas, nena. Vi cómo te sonrojabas delante de él esta mañana.

— Eso fue... — Levanto la ceja. — ¿Nos estabas observando esta mañana?

Naomi asiente. — No era mi intención fisgonear ni nada, pero creo que te sientes atraída por él. Somos amigas desde hace años y no te he visto comportarte así con nadie más.

Tomo otro vaso de la nueva bandeja que lleva un camarero que pasa por allí. Estoy decidida a seguir diciéndome a mí misma que Vincent no me atrae, así que prefiero no oírlo de otra persona.

— ¿Y cómo me comporté con él?

— Fuiste grosera sin motivo y lo elogiaste a sus espaldas. ¿Te resulta familiar?

— Por favor. ¿Cómo prueba eso que me gusta?

— ¿No es así? — Naomi me pincha en una costilla y yo suelto una carcajada. — Las chicas actúan así cuando se sienten atraídas por un chico. No te hagas la tonta.

Levanto la cabeza e inhalo. Me ha descubierto y no me atrevo a negarlo.

— Tal vez solo estoy frustrada sexualmente.

Da un sorbo a su vino y asiente con la cabeza. — Puede ser. No has sido sexualmente activa desde... — Hace una pausa y cuenta hasta cinco con los dedos. — ¿Hace cinco años? Sé que no

has tenido sexo desde la escuela de enfermería y estoy bastante segura de que ya te están saliendo telarañas ahí abajo.

— Cielos, Naomi. Gracias por preocuparte tanto por mi vagina.

Me guiña un ojo y se ríe. — De nada.

Nos interrumpen cuando una voz grave al otro lado de la sala dice veinte, levantando una tarjeta.

— Es él — susurra Naomi.

Mi pecho se estremece cuando miro en la dirección en la que ella está mirando y los ojos de Vincent se encuentran con los míos. Son tan intensos y azules que podría pasarme la vida mirándolos fijamente.

Es inhumanamente guapo, lo juro.

Vincent lleva un esmoquin blanco a medida y un jersey blanco debajo. Su cabello tiene un aspecto húmedo y rizado. Si no supiera quién es, pensaría que es un modelo de camino a una sesión de fotos después del acto benéfico.

— Dios, mira su mandíbula — dice Naomi con voz apenas por encima de un susurro.

Sus dientes se hunden en su labio inferior, y sus ojos desnudan a Vincent en el sitio donde está parado.

— Me pregunto cómo será debajo de esas capas de ropa.

También me pregunto cómo será desnudo. Por sus anchos hombros y brazos sé que serán únicamente fuertes capas de músculos. El tipo parece que visita el gimnasio dos veces al día.

Me muerdo el labio y me recorro el cuello y el pecho con los dedos. Cierro los ojos e imagino lo que sentiría si me tocara, si me pasara la lengua por el cuello y si me susurrara guarradas al oído. Imagino mis piernas apretándose en su espalda mientras palpito por el orgasmo que me ha provocado.

Dios, estoy mentalmente jodida y no me importa. Quizá sea la única escapatoria del infierno al que me estoy enfrentando.

Lo deseo.

Lo deseo tanto que me duele el corazón por tanto deseo.

— Deberías ver tu cara ahora mismo — me susurra Naomi al oído y mis ojos se abren de golpe.

— Apuesto a que has tenido dos orgasmos justo donde estás.

Pongo los ojos en blanco. Naomi es muy bocazas y me gusta lo brutalmente sincera que puede llegar a ser. Aunque sé que no, me ruborizo ante sus palabras.

— Dos es un poco exagerado, ¿no crees?

— No lo creo. — Termina su copa y la sustituye por otra llena de champán. — Entonces, ¿vas a acercarte a él o tengo que ayudarte?

— ¿Ayudarme? ¿Qué vas a decirle? — Lo último que quiero es que Vincent piense que soy una de esas chicas que caerán rendidas a sus pies solo porque es guapo y rico.

Quiero decir, ya soy una de esas chicas a las que les gusta porque es guapo, pero no necesito que él lo sepa. Además, no es solo su aspecto lo que me hace actuar como una adolescente cuando estoy con él. También es amable y yo necesito un poco de amabilidad en mi vida.

— Cuando me acerque a él, voy a decirle: «Oiga, Sr. Romano. Mi amiga lleva una hora mirándolo. Está soltera y necesita a un hombre como usted que la haga vibrar. Pero tenga cuidado, lleva tanto tiempo soltera y sin sexo que podría confundirla con una virgen». — Naomi sonríe como si acabara de decir la cosa más inteligente del mundo. — ¿Qué te parece?

Sacudo la cabeza. — Eso es una tontería.

— Probablemente, pero podría conseguirte algo de sexo por esta noche como mínimo.

— O podría hacer que saliera huyendo de este lugar y no volviera a asomarse por aquí. — Me

bebo otro vaso de vino. — Simplemente no hagas nada.

— Bien.

Ambas volvemos a centrar nuestra atención en el podio.

— Pero avísame si...

— Shh — corto a Naomi antes de que pueda terminar.

Nunca sale nada bueno de su bonita boca. Lo siguiente que me pedirá es que le envíe una foto en topless a Vincent. Ni siquiera tengo su número.

Se queda callada, pero solo dura un minuto. — ¿Quién crees que es el tipo que siempre está a su lado? ¿Su guardaespaldas?

Me encojo de hombros. — Creo que es su amigo.

Luca es ambas cosas. Elio me contó todo lo que necesitaba saber sobre él antes de trasladarme a *LifePlus*.

Me dijeron que ha estado junto a Vincent desde que eran unos niños y que es el tipo de persona que arriesgaría su vida por Vincent; para que estuviera a salvo. Con él cerca, nadie podría lastimar a Vincent.

Estuve observando cómo son juntos. Luca nunca se separa de Vincent, así que sé que es verdad.

La desesperación se instala en lo más profundo de mi alma, el peso de todos los secretos que le oculto a Naomi de repente me agobia. Naomi nunca me juzgaría. Caminaría sobre el fuego por mí. Pero, si le cuento lo que está pasando, la pondría en peligro.

Dejo el vaso vacío en la mesa de al lado. — Disculpa, necesito ir al baño.

Hay preocupación en la cara de Naomi. — ¿Estás bien?

— Estoy bien — le miento, porque al parecer es lo único que sé hacer últimamente. — Ahora vuelvo.

— De acuerdo, te espero.

Salgo del salón, giro a la derecha y me dirijo al baño de mujeres que está al final del largo pasillo alfombrado de rojo.

Por suerte, está vacío, así que nadie me ve mientras apoyo un brazo en la encimera del baño, agarrándome el pecho y respirando profundamente.

El pulso se me acelera tanto que siento que el corazón se me va a salir del pecho en cualquier momento. El pánico me revuelve el estómago, pero no sé exactamente por qué.

¿De verdad tengo miedo de que Elio mate a mi Nana? ¿Me siento culpable por mentirle constantemente a mi mejor amiga? ¿O siento pánico porque no me atrevo a hacerle daño a Vincent? Los niños de pediatría no paran de hablar de él. ¿Qué les pasará si no vuelven a verlo?

¿Quizás debería hacerles un favor a todos y saltar de un puente?

Me inclino hacia delante y el cabello me cae sobre la cara. Me lo echo hacia atrás con la mano y miro fijamente mi reflejo en el espejo que tengo delante.

— ¿Qué demonios debería hacer? — murmuro para mis adentros.

— ¿Está todo bien?

Se me hiela la sangre y me doy la vuelta.

Vincent está apoyado en el marco de la puerta; con las manos y las piernas cruzadas, sus ojos azules fijos en mí.

¿Qué hace aquí?

Casi tropiezo con sus piernas mientras salgo a zancadas para asegurarme de que no estoy en el baño de hombres.

Dejo escapar un suspiro de alivio cuando veo el símbolo del baño de mujeres en el exterior: un círculo con una pequeña cruz debajo.

Vuelvo a entrar y con cuidado de no tropezar con la pierna de Vincent, cruzo los brazos sobre el pecho y lo miro con el ceño fruncido.

— ¿Qué haces en el baño de mujeres?

Se encoge de hombros. Su rostro es una máscara inexpresiva, no puedo interpretarlo ni descifrar lo que está pensando.

— Te vi entrar.

— ¿Qué? — ¿Esa es toda la explicación que puede darme? — Sí, entré aquí porque este es el baño de mujeres.

Me hace un gesto cortante con la cabeza. — Lo sé.

Mi respiración se acelera mientras me sube la tensión. — ¿Y?

Espero a que diga algo más, pero no lo hace. En lugar de eso, me dedica una sonrisa ladeada y se me revuelven las mariposas en el estómago.

Es tan guapo cuando sonrío. Ni siquiera puedo enfadarme con él por no respetar las normas básicas.

— Eres tan guapa cuando te enfadas — me dice.

Su voz es tan serena al igual que su aspecto.

Me horrorizaría si otro tipo usara esa frase tan anticuada para ligar conmigo, pero no lo hago, sino que me sonrojo.

Vincent no es «otro tipo». Es simplemente... Vincent.

— Déjate de tonterías, ¿por qué me seguiste hasta aquí? — Espero que no se dé cuenta de mi rabia fingida, porque en realidad me agrada que esté aquí conmigo.

Es una distracción bienvenida a los pensamientos locos que se arremolinan en mi cabeza, a pesar de que él es la causa de ellos.

Estoy en este lío por lo que sea que esté pasando entre su familia y Elio.

— No parecías estar bien hace un rato. ¿Estás bien?

— Yo... — No encuentro ninguna réplica grosera.

Su expresión no cambia ni un ápice, pero noto preocupación en el tono de su voz. No me atrevo a ser una zorra con él ahora mismo.

— Estoy bien.

— ¿Estás segura? — Sus cejas se levantan, su incredulidad es evidente.

Asiento con la cabeza. — Sí. ¿Por eso estás aquí? ¿Porque querías saber si estaba bien?

— Por eso... — Se endereza de la pared y se acerca, mi pulso aumenta con cada paso que da hacia mí. — Y por nuestra conversación inconclusa de esta tarde.

Inclino mi cara hacia la suya. Me quedo helada durante unos segundos mientras sus ojos se clavan en los míos. Este hombre es capaz de encenderme con la cruda intensidad de su mirada.

— ¿Qué conversación? — Me muerdo la lengua.

¡Maldita sea! Casi tartamudeo.

— Sobre por qué crees que no soy un buen tipo.

Intento no sonreír, pero no puedo evitarlo. — ¿De verdad viniste hasta aquí para averiguarlo?

Se detiene frente a mí, pero estamos demasiado cerca. Aspiro su vaporosa colonia y el calor que desprende me abrasa como un dulce veneno.

Mis instintos me hacen retroceder hasta que mi espalda se topa con la pared.

He dado casi cinco pasos para alejarme de él, pero vuelve a estar delante de mí, con solo dos pasos.

Se me cierra la garganta, se me revuelve el estómago y siento que mi cuerpo ya no me pertenece.

— ¿Me tienes miedo? — me pregunta, colocando su mano junto a mi cabeza en la pared.

Sus ojos azules son oscuros ahora mismo, muy oscuros, y podría perderme en ellos.

— ¿Por qué debería tener miedo?

Aprieta la mandíbula y una sonrisa perversa se dibuja en sus labios. — Ni idea. No muerdo, Silver.

— Me llamo Isabella.

— Te llamarás como yo quiera. — Suena muy tranquilo, pero el impacto de sus palabras me golpea.

Vincent tiene cierto aire de autoridad sin tener que levantar la voz. Incluso cuando lo vi dentro, se comportaba de tal manera que todos se fijaban en él.

Nació para dominar, y lo hace bien.

— Te crees demasiado.

— No me creo demasiado. Soy lo que creo que soy.

— De acuerdo. — Asiento con la cabeza. — Y ahora, por favor sal de mi camino o si no...

— ¿O si no qué? — Me interrumpe antes de que pueda terminar la frase.

Tiene el mismo brillo en los ojos que Naomi cuando está a punto de hacer alguna locura.

Me pregunto qué tipo de locuras hará este hombre. ¿Me rodeará el cuello con la mano, me acercará y me besará?

Saco la lengua y me la paso por los labios. Solo cuando sus ojos se clavan en mis labios me doy cuenta de lo seductor que ha sido eso. Espero que no se haga una idea equivocada.

— Tienes unos labios preciosos.

Las mariposas revolotean en mi estómago y el calor acaricia mis mejillas.

Abro la boca, pero no puedo decir nada. Soy una idiota siempre que estoy cerca de él.

— Vincent, alguien podría vernos. — Consigo murmurar.

Suena la alarma de incendios en el salón. Ambos giramos la cabeza hacia la puerta.

— ¿Qué está pasando? — pregunto, intentando apartarlo.

Es como un muro sólido y no se mueve, pero entonces se aparta.

— No lo sé. — Su mano grande y fuerte agarra la mía. — Tenemos que salir de aquí.

— ¿Adónde vamos?

— A un lugar seguro.

Recuerdo a Naomi. Me está esperando en el salón.

— ¡Espera! Naomi está dentro, no podemos dejarla.

— Ella puede encontrar la salida.

— O no. No puedo dejarla sola. — Me libero de su agarre y salgo corriendo, pero es inútil.

Hay un mar de gente corriendo hacia las escaleras y algunos hacia el ascensor. Algunos caen al suelo, pero nadie se preocupa en frenar o de ayudarlos.

Pero yo no, no puedo dejarlos morir. Me apresuro hacia el salón y ayudo a una mujer de unos cincuenta años a ponerse en pie. Tiene las piernas magulladas por los pisotones, pero sonrío y me da las gracias antes de mezclarse con la multitud hasta desaparecer.

Me abro paso entre la multitud intentando ayudar a más gente, pero no puedo cuando alguien me agarra por detrás y tira de mí hacia el otro extremo del salón.

— ¡Vincent, detente! Tenemos que ayudar a esa gente.

— Morirás si lo haces.

— Soy enfermera, no me importa morir. Mi trabajo es salvar vidas. — Todo lo que hago para zafarme de él es inútil.

Su agarre es fuerte.

Más gente corre en nuestra dirección.

— ¡Mierda! — Vincent abre una puerta de una patada y nos empuja dentro.
Está muy oscuro. Busco mi teléfono en el bolso, lo saco y enciendo la linterna.
— ¿Dónde estamos...? — Jadeo al ver las cajas de almacenamiento que nos rodean.
Estamos en un almacén.
— Tenemos que salir de aquí. Debería haber una salida de emergencia en alguna parte.
— ¿Dónde?
— La encontraremos. — Me dirijo a la puerta y giro el pomo, pero no se abre cuando tiro de él.
Forcejeo con el picaporte.
— Vincent.
Intento que no cunda el pánico. Es imposible que la puerta esté cerrada.
— ¿Qué pasa? — Vincent se acerca a la puerta e intenta abrirla, pero sigue sin abrirse.
Las paredes empiezan a cerrarse sobre mí mientras Vincent sigue intentando abrir la puerta.
— Me temo que no podemos abrirla desde dentro.
— ¿Qué quieres decir con que no podemos abrirla desde dentro? — Estoy desesperada, esperando que esto no sea lo que creo que es.
Mi voz se eleva. — ¿Sabes lo que significa? Significa que estamos atrapados aquí.
Mi teléfono emite un pitido. Es un mensaje de texto pidiendo a todo el mundo que mantenga la calma y que al parecer ha sido una falsa alarma.
Me desplomo sobre una de las cajas. El alivio me inunda y mis piernas no pueden sostenerme.
— No ha habido ningún incendio. Ha sido una falsa alarma.
Vincent se pasa una mano por el cabello y suspira. — ¿Cómo ha saltado la alarma?
Me encojo de hombros. — No lo sé. Alguien debió haberla activado. Tenemos que encontrar una forma de salir de aquí.
Tengo que llamar a Naomi y asegurarme de que esté bien, luego le pediré que traiga a uno de los hombres de seguridad para que desbloquee la puerta.
Marco su número. Suena tres veces antes de que finalmente conteste.
— Dios mío, Isa. ¿Estás bien?
Mi alivio se duplica cuando oigo su voz. — Sí, estoy bien. Estaba tan preocupada de que te hubiera pasado algo.
— Yo también. Pude salir del edificio antes de que llegara el mensaje. No puedo creer que arruinaran el acto benéfico con una falsa alarma. Por lo menos habíamos terminado con la subasta y creo que superamos nuestro objetivo.
— Estupendo. — En toda la turbulencia de los últimos minutos, no había pensado en el evento y en por qué estábamos todos aquí.
— ¿Dónde estás, Isa? Vi a Vincent salir del salón después de que te fueras. — Ella baja la voz.
— Esto puede ser difícil de creer, pero su amigo-guardaespaldas, me sacó del salón.
— Genial. Estoy con Vincent ahora mismo. Estamos atrapados en el...
— ¿Hola? ¿Isa? ¿Puedes oírme? — Naomi grita en el teléfono.
En mi pantalla aparece *llamada fallida*. Intento marcar de nuevo el número de Naomi y mi teléfono se cuelga, luego la pantalla se queda en negro.
¡Genial! Otra cosa que añadir al desastre de la noche.
Ahora estoy atrapada en un almacén sin teléfono, y con Vincent. Esta noche no podría ser peor, ¿cierto?
— ¿Llevas un teléfono encima? — Le pregunto a Vincent.
Me mira fijamente en la pequeña habitación como si no le importara que estemos atrapados en un almacén.

— No llevo mi teléfono encima. Creo que lo tiene Luca.

Una sonrisa maníaca se dibuja en mis labios. Tiene que estar bromeando.

— Bueno, ve a pedirselo.

— ¿Cómo? No puedo atravesar las paredes.

— ¿Entonces por qué te molestaste en decirme que tu teléfono lo tenía Luca? — No tenía intención de gritarle, pero tenía que sacar toda mi rabia.

Estoy jodidamente exasperada. — ¿Vamos a pasar la noche aquí?

Por mucho que me gustaría desplomarme en mi cama, no es pasar la noche en esta habitación incómoda lo que me molesta y definitivamente no es el hecho de que mi perra, Oreo, se ponga triste cuando no vuelva a casa. Por suerte, había dejado suficiente agua y comida en su plato antes de irme.

Es el hombre con el que pasaré la noche lo que me asusta, y la oscuridad que no me permite ver si me está mirando y si está tan agitado como yo.

Capítulo V

Vincent

Encontré un interruptor de luz que funciona para que no estemos a oscuras.

Isabella lleva una hora paseándose por la pequeña habitación. Mientras se esforzaba por aceptar nuestra situación, yo la observaba. Su vestido le sienta realmente bien, resaltando sus curvas y la forma de su trasero.

Sus pezones pinchan la tela de seda, suplicando mi atención. Espero que comprenda que no podemos hacer nada más que esperar a que alguien abra la puerta y que mientras debe acercarse a mí para entrar en calor.

Y lo hace.

Finalmente deja de caminar y se dirige hacia mí. Al hacerlo, se deja caer sobre una de las cajas y exhala ruidosamente.

— Me rindo. Es obvio que no saldremos de aquí esta noche. No puedo creer que tenga que pasar la noche contigo.

— Yo sí, y no me importa pasar la noche contigo — le digo.

Pone los ojos en blanco. — Por supuesto que no. Pareces el tipo de hombre que pasaría la noche con cada mujer que se le cruce.

Es una bocazas, y admito que es una de las muchas cosas de ella que me atraen.

— ¿Está mal que me gusten las mujeres? Todo tipo de mujeres.

— ¿Y yo soy una de ellas? ¡Qué divertido!

— Pero nunca me he sentido tan atraído por ninguna de ellas como por ti.

Isabella se ríe. Me gusta cómo brillan sus ojos marrones cuando se ríe.

— Claro, díselo a alguien que se lo crea.

— Una cosa que deberías saber sobre mí, Silver. Nunca miento para seducir a una chica. No necesito hacerlo. — Me paso los dedos por el cabello. — Porque soy apuesto.

— Definitivamente eres un presumiendo.

— Supongo que sí.

Nos sentamos en silencio un momento mientras contemplo su belleza. Es jodidamente adictiva.

— Dime por qué parecías tan triste esta mañana.

Deja caer la cabeza hacia atrás, intentando decidir si lo comparte conmigo o no.

Después de un momento, endereza la espalda. — Estaba pensando en mi abuela.

— ¿Qué le ha pasado?

— Ella está... en algún sitio donde no puedo llegar a pesar de lo mucho que quiero. La echo mucho de menos y es la única familia que me queda.

— ¿Está muerta?

Isabella niega con la cabeza. — No, no lo está. Solo está en un sitio donde no puedo llegar por el momento, como ya te lo he dicho. Tengo que hacer algunas cosas antes de poder verla, y no estoy muy segura de poder hacerlas. Pero tengo miedo de no volver a verla si no lo hago.

No quiero preguntarle qué cosas necesita hacer. Como ella misma no las ha dicho, significa que no está dispuesta a compartirlas y no quiero entrometerme. Pero quiero ayudarla.

— ¿Hay algo que pueda hacer para que te sientas mejor?

Sonríe. Es una sonrisa triste, pero me alegra el corazón.

— Realmente te gusta ayudar a los demás, ¿verdad?

— Soy el tercer hermano Romano. Si has oído hablar de mi familia, sabrás cuánta sangre tenemos en las manos. Me gusta pensar que ayudando a los demás es la única forma que tengo de compensar algunas de las cosas que ha hecho mi familia.

— Eso está muy bien. Ahora veo por qué le agradas a los niños.

— Pero no me confundas, Silver. Sigo siendo como mis hermanos — le digo. — Solo soy un poco diferente, pero por mis venas corre la misma sangre violenta y brutal.

— Estoy de acuerdo en que puedes ser igual que tus hermanos, pero, aún así, es bueno que haya alguna diferencia entre ellos y tú. — Hace una pausa. — ¿Por qué dejaste de ser médico de combate?

Entrecierro los ojos hacia ella. — No recuerdo haberlo mencionado.

Ella baja la mirada al suelo. — Oh. Um ... todos en el hospital hablan de ello.

Nunca he compartido mi pasado con nadie del hospital. Si alguien conoce mi pasado, significa que sabe más de mí de lo que debería. Y tendré que averiguar quién es.

Isabella se remueve sobre la caja en la que está sentada, así que vuelvo a dirigir nuestra conversación en torno a ella. Quiero saber todo lo que pueda sobre ella sin tener que hacerlo a sus espaldas.

— No mencionaste a tus padres.

— Mi madre se fue cuando yo era una niña. Mi padre nos crió a mí y a mi hermano. Y antes de que preguntes, ambos están muertos. — Noto la vulnerabilidad de Isabella cuando dice esto.

Algo cambia en el aire, y me siento atraído por ella, no solo físicamente, sino a un nivel más profundo. Se está formando una auténtica conexión entre nosotros y quiero ofrecerle algo más que palabras.

— Isabella, no tienes por qué enfrentarte a todo sola — le digo, con un tono más suave. — A veces, tener a alguien a tu lado puede hacer el camino un poco más fácil.

Me mira, y veo una mezcla de gratitud y sorpresa en sus ojos.

— No tengo a nadie más.

— No tiene por qué ser así — le digo. — Tienes a tu mejor amiga. Y a mí.

Sonríe cuando le digo que me tiene a mí y, aunque hablo muy en serio, me alegro de haberla hecho sonreír.

En la penumbra, me siento cautivado no solo por su belleza física, sino también por la fortaleza que transmite. Isabella, por su parte, parece apreciar el genuino interés que demuestro por su vida más allá de la superficialidad.

— ¿Te importa si yo...? — Hace girar los labios entre los dientes. — Tengo un poco de frío.

El calor recorre mi espina dorsal, disparándose directamente a mi hombría ante su petición. Noto cómo mi erección se estira mis pantalones.

— Eso podría ser peligroso.

— No me importa el peligro.

Levanto el brazo y me muevo para hacerle un poco de espacio. No mucho. Lo suficiente para que se siente cerca. Es pequeña y frágil, así que quiero protegerla como pueda.

Levanta la vista hacia mí y veo un tipo diferente de vulnerabilidad en sus ojos. Sin pensarlo, me inclino hacia ella y nuestros labios se encuentran en un beso suave y tranquilizador. No está alimentado por la desesperación o la soledad, sino por un profundo anhelo. Si bien la beso con ternura, ahora estoy hambriento.

Quiero acercarme a ella y besarla como si nuestras vidas dependieran de ello.

Su mano recorre mi cuello hasta rodearme con sus brazos y profundiza nuestro beso.

Capítulo VI

Isabella

Vincent me deja sin aliento con cada pasada de su lengua por mi boca. Su beso es voraz y desesperado. Y, sin darme cuenta, siento sus manos sobre mí, bajándose la cremallera del vestido, subiéndome el dobladillo y deslizándose por mis muslos.

Agarro su jersey con fuerza y le devuelvo el beso.

Mierda, qué bien besa. Su lengua roza la mía con necesidad primitiva y sabe a champán y a chicle de menta.

Me recorre una oleada de electricidad cuando su dedo se desliza por mi muslo. Todo mi cuerpo se estremece ante sus caricias, y siento deseos de que me toque de una forma muy íntima.

Vincent rompe el beso y se aparta para mirarme a los ojos. Sus ojos oscuros de necesidad reflejan la desesperación de los míos. Mi mirada se posa en sus labios, hinchados por nuestro apasionado beso, y quiero chupárselos.

— ¿Quieres que esto vaya más lejos? — pregunta con voz áspera y ronca.

Asiento con la cabeza. — Sí. Quiero que esto vaya más lejos. Quiero sentirte dentro de mí.

No me avergüenzo cuando las palpitaciones entre mis piernas se intensifican con cada respiración. Perderé la cabeza si no lo tengo esta noche.

Su mano sale de entre mis muslos y se acerca a mi cuello, rodeándolo con fuerza.

— ¿No vas a arrepentirte?

Me muerdo el labio, con la voz ronca. — No lo haré, así que, por favor, cógeme.

Puede que me arrepienta, pero no puedo preocuparme por las cosas de las que pueda arrepentirme ahora mismo.

— Oh, Dios. ¿Cómo diablos voy a alejarme de ti cuando eres tan jodidamente hermosa? — Se me escapa un gemido cuando sus dedos rozan mis pechos.

Su tacto es eléctrico y me lleva al punto en que puedo notar cómo se me escapa el autocontrol.

Sus labios vuelven a encontrar los míos y esta vez me besa con una necesidad innegable. Me inclina la cabeza hacia un lado y me besa el cuello.

Siento mi cuerpo como un cartucho de dinamita. Este hombre ha encendido la mecha y estoy lista para estallar. Quiero sentir su calor, su tacto y todo lo que pueda ofrecerme esta noche.

Me quita el vestido de los hombros y lo deja caer hasta mis pies. Solo llevo puestas las bragas.

— Vaya. Jadea como si fuera la primera vez que ve a una mujer desnuda, y de repente soy demasiado consciente de mí misma. Mis pezones están duros y oscuros de lujuria y sus ojos me beben como si fuera vino fino.

Las llamas me acarician las mejillas y se me revuelve el estómago.

— ¿Qué?

— Eres perfecta cuando estás desnuda — carraspea. — Tu cuerpo es tan hermoso. Quiero verte así, tendida sobre mi cama.

— Pero estamos encerrados en un almacén — consigo decir mientras todo mi cuerpo se ruboriza ante sus palabras.

Alarga la mano y me agarra de la muñeca, acercándose. — Tienes razón, pero pretendo sacar lo mejor de la situación.

Intento cubrirme el pecho extremadamente sensible, pero él aparta mi mano y la baja para envolver su erección.

Está duro como una roca. Y es muy grande. Mi clítoris palpita frenéticamente.

Mi corazón late con fuerza mientras lo tomo con la mano, sintiendo su calor y su dureza. Apenas puedo respirar, el deseo me nubla los sentidos.

— Sé que no es el lugar adecuado, pero no puedo resistirme — susurro, con la voz temblorosa por la necesidad.

Suelta una risa, un profundo estruendo que me hace vibrar. — No quiero que te resistas. Quiero que sientas lo mismo que yo en este momento.

Me empuja al suelo, con las piernas a horcajadas sobre mis muslos. Sus labios vuelven a encontrar los míos y su lengua se adentra en mi boca, explorando y provocando. Se me corta la respiración al sentir su erección presionándome, la humedad entre mis piernas crece con cada uno de sus besos.

Gimo y me arqueo hacia él mientras sus manos recorren mi cuerpo, dejando un rastro de fuego y hormigueo a su paso. Puedo sentir el anhelo que siente por mí, la desesperación que amenaza con consumirnos a ambos mientras seguimos besándonos y nuestros sentidos bailan un vals apasionado en la habitación en penumbra.

— Te deseo — susurro contra sus labios, mi voz apenas audible por encima de los latidos de mi corazón.

— Yo también te deseo — ronca, con su aliento caliente sobre mi piel.

Sus manos bajan por mi cuerpo, me tocan el trasero, me acercan a él y nuestra piel desnuda se roza.

Siento el calor de su erección contra mi zona más íntima, la fricción me hace gemir de nuevo y mi cuerpo se tensa en respuesta.

— No puedo esperar más — gruñe, con la voz carrasposa por la necesidad.

Con un rápido movimiento, me arranca las bragas, separa mis muslos y se sitúa en mi entrada. Se me corta la respiración al sentir su punta presionándome, sus manos agarran mis caderas y me acercan. Gimo de necesidad mientras me penetra lentamente, mis ojos se cierran al sentir su plenitud llenándome.

Al principio, sus embestidas son lentas y deliberadas, nuestros cuerpos se mueven en sincronía y el calor entre nosotros crece a cada instante. Le rodeo la cintura con las piernas, tirando de él hacia mí, clavándole las uñas en la espalda para que me penetre aún más.

Nuestro ritmo se acelera, nuestros cuerpos se mueven con frenesí, nuestros gemidos y jadeos llenan el almacén. El placer que se acumula en mi interior se asemeja a las olas que golpean contra una costa rocosa, cada una más intensa que la otra; el corazón me late con fuerza en el pecho cuando finalmente me dejo llevar, con el cuerpo temblando por la intensidad de mi orgasmo.

Sigue empujando dentro de mí, intensificando su propia liberación, con las manos agarrándome con fuerza las caderas. Sus labios vuelven a encontrar los míos, su lengua se entrelaza con la mía mientras se libera en mi interior y el cálido líquido me llena.

Nos quedamos tumbados, jadeando, con nuestros cuerpos aún estremeciéndose mientras bajamos de nuestro subidón compartido. Se retira, y su hombría deja un rastro húmedo de semen por mi muslo.

Su mirada es una mezcla de satisfacción y arrepentimiento.

— Lo siento — susurra él, con la voz ronca.

Levanto una mano para apartarle el cabello de la frente.

— No lo sientas. Estuvo increíble. — Hago una pausa intentando recuperar el aliento.

Aún no me he recuperado del todo y siento un hormigueo por todo el cuerpo.

Se inclina y me besa suavemente, mientras su mano recorre la curva de mi cadera.

— Fue mucho mejor de lo que pensaba — dice, con voz firme.

Estamos tumbados, nuestros cuerpos encajan, nuestros corazones laten sincronizados. Levanto la vista hacia Vincent y nuestros ojos se encuentran. Hay algo en la forma en que me mira que me acelera el corazón.

Una voz en el fondo de mi cabeza me dice que esto es algo más que solo sexo, al menos para mí. Me siento increíblemente atraída por este hombre, pero no sé si me ve como un simple botín o si querrá algo más.

Entonces me viene a la cabeza *Elio*. Me pregunto cuál será su reacción cuando descubra que acabo de cogerme al hombre al que se supone que debo llevar a la muerte.

Una cosa es segura, no estará nada contento.

— Hey — susurra una voz.

Es tan gutural y profunda que creo que estoy soñando, así que sonrío y me remuevo en sueños.

Suena como Vincent, y realmente no sé por qué estoy soñando con él, pero tampoco me disgusta estar soñando con él.

— Hey, Silver. Despierta — vuelve a decir la misma voz, mientras una mano cálida me acaricia la mejilla.

Esta vez abro los ojos y me doy cuenta. No estaba soñando, sigo en el almacén con Vincent y se oye... un tintineo de llaves en la puerta, como si alguien estuviera metiendo diferentes llaves en el agujero, intentando encontrar la correcta.

Me levanto sobresaltada, frotándome los ojos y tapándome la boca mientras bostezo.

— ¿Me quedé dormida? — espero que no conteste porque ya sé la respuesta a esa pregunta.

— Alguien está tratando de abrir la puerta. Creo que se han dado cuenta de que hemos desaparecido.

La última llave encaja en el agujero y oigo a quienquiera que esté al otro lado de la puerta girar el pomo. La puerta se abre de golpe y entrecierro los ojos ante la brillante luz. Menos mal que nos hemos puesto la ropa antes de quedarnos dormidos, o esto podría haber sido aún más embarazoso de lo que ya es.

— Isabella. — Me grita Naomi. — Te he estado buscando por todas partes.

— Vincent.

Reconozco la segunda voz como la de Luca. Corren hacia nosotros mientras Vincent me ayuda a ponerme en pie.

— Lo siento mucho. Mi teléfono se apagó y no había forma de contactarte — le digo.

Siento la mirada de Vincent quemarme el costado de la cara, pero el peso de lo que acabábamos de hacer empieza a asentarse en mí y no soporto mirarlo ahora mismo.

Naomi se pone la mano en la cadera y nos mira sospechosamente a Vincent y a mí.

— ¿Cómo es que ustedes dos quedaron atrapados aquí? Quiero decir, todos los demás salieron corriendo por la puerta y... — Hace una pausa y lanza un suspiro. — ¿Saben qué? Olvídenlo. Me alegro de que estén a salvo y eso es lo único que importa.

Me toma de la mano como una madre que sujeta a su hijo pequeño y me arrastra fuera del almacén sin dejar que me despidiera de Vincent. Y se lo agradezco, porque habría sido muy incómodo entre nosotros.

Llegamos a casa una hora más tarde y me doy una ducha rápida para deshacerme de todos los

restos de Vincent, pero su contacto perdura. La forma en que me besó y me cogió es algo que no puedo borrar. Cuando me pongo delante del espejo en forma de luna del cuarto de baño, me paso la mano por los chupetones del cuello.

Independientemente de que no quiera pensar demasiado en ello, lo de esta noche ha sucedido y tengo que encontrar la manera de superarlo. Es la única manera de seguir trabajando en *LifePlus* sin arriesgarme a disgustar a Elio. Necesito recordar que la vida de mi Nana depende de mí.

Naomi está tumbada en el sofá con mi manta beige extendida sobre su regazo y mi husky hembra, Oreó, está acurrucada a su lado. Están viendo un episodio de *The Witcher*, pero ambas inclinan el cuello para mirarme brevemente cuando entro en la sala.

Me dejo caer en el otro sofá, junto al suyo. Tengo los ojos fijos en el televisor, pero no veo ni oigo nada de lo que aparece en la pantalla. Estoy demasiado ensimismada como para prestarle atención.

— ¿Me vas a contar lo que ha pasado entre ustedes o mejor me meto en mis asuntos? — pregunta tras un momento sin dirigirnos la palabra.

Apoyo la espalda en el respaldo. — Tuvimos sexo en el almacén.

Naomi se incorpora inmediatamente y Oreó gimotea como si entendiera lo que acabo de decir.

— ¿Qué? — Naomi me mira boquiabierta como si me acabaran de salir cuernos. — ¿Te acostaste con él?

— Fue un error. Estábamos solos, teníamos frío y simplemente sucedió — le aclaro.

En el fondo sé que nada de lo que pasó fue un error. No debería haber pasado, pero no hubiera hecho nada diferente si hubiera sabido que pasaría, porque ya me había imaginado todas las formas en que me cogería desde que nos conocimos.

— No, no me vengas con que fue un error. — Una sonrisa pícaro se dibuja en sus labios. — ¿Cómo fue? Apuesto a que coge tan bien como parece.

— Bueno... — Me coloco el cabello detrás de las orejas. — No estuvo mal.

El sexo con Vincent fue el mejor que he tenido. No importa que no tuviera la oportunidad de admirar su cuerpo o que no estuviéramos en un ambiente muy propicio para el sexo. Disfruté cada momento.

Naomi parece impresionada. — ¡Lo sabía! Sabía que sería bueno. Entonces, tuvieron sexo. ¿Le gustan? ¿Van a salir juntos?

Sacudo la cabeza. — No, los dos sabemos que fue un error y que no volverá a suceder. — Naomi pone los ojos en blanco. — No es tan sencillo.

Al menos, sé que no volverá a suceder, no porque no quiera, sino porque no puedo arriesgarme a que Elio se entere.

Además, por mucho que me guste Vincent, no creo que esté tan interesado en mí. Tal vez disfrutó del sexo igual que yo, pero dudo que quiera más que eso. Y tampoco hay que olvidar a Elio, Vincent seguramente no querrá mirarme si se entera de mi relación con Elio y que me está utilizando para llegar a él.

Es demasiado complicado.

— Bueno, si dices que no es tan sencillo, significa que hay algo más de lo que puede verse a simple vista, ¿cierto? — dice, enarcando una ceja.

— No hay nada más. Lo que ha pasado esa noche no volverá a pasar — afirmo con una fuerza que sé que debería sentir, como si intentara convencerme a mí misma y no a ella.

Naomi simplemente se encoge de hombros, intuyendo que hay algo más de lo que he dejado entrever. Deja de lado el tema de Vincent y pasa a otros asuntos.

— ¿Quieres pedir algo a domicilio? Tengo antojo de Pho.

— Claro, ¿por qué no? — respondo, intentando que mis pensamientos hacia Vincent no me consuman.

Toma su teléfono de la mesita que tiene delante y empieza a echarle un vistazo. Sé que tiene razón. Hay algo más que solo el sexo en un almacén. Hay algo en él que no puedo explicar. Es como si fuera una pieza de rompecabezas que encaja perfectamente en el lugar que faltaba en mi vida y que ni siquiera sabía que existía.

Pero cuando descubra la verdad sobre mí, si es que alguna vez lo hace, no seré más que una herramienta que el rival de su familia ha utilizado contra él. Y me odiará por ello.

Capítulo VII

Vincent

— Ya no puedes huir de esto, Vincent — dice Marcus con voz ronca. — Es hora de que aceptes que formas parte de esta familia.

Miro a Dominic, pero él se inclina hacia Marcus en señal de acuerdo. Creo que mis hermanos están confabulados contra mí, pero, siendo sinceros, me han dejado en paz todo el tiempo que han podido.

Nacer como el tercer hijo del Capo de la Cosa Nostra significa solo una cosa; que escapar de este mundo es imposible.

La mayoría de los hombres de nuestro mundo se convierten en hombres hechos a los doce años, algunos incluso antes. Es eso o morir. Los cobardes y los débiles no son tolerados, pero Dominic me ha dejado salirme con la mía simplemente porque soy su hermano.

Pero aún no estoy listo. Nunca estaré listo para la brutalidad, el caos y el derramamiento de sangre. Simplemente no soy así.

— No estoy huyendo, hermano. Simplemente no nací para este mundo.

— Eres un Romano, Vincent. Todos los Romano han nacido para este mundo — dice Dominic.

— Nuestra familia te necesita.

— ¿Qué vas a hacer si no lo hago? ¿Matarme?

La mandíbula de Dominic se aprieta y sus ojos se oscurecen. — Eres mi sangre, Vincent. Antes pondría una pistola en mi propia cabeza que matarte. Pero tenemos que hacer lo necesario.

— ¿Y eso es convertirme en parte de la Cosa Nostra? — Me burlo, cierro los ojos y aprieto los puños.

Trato de controlarme, de contener la ira que crece en mi interior.

— Sí — responde Marcus tajantemente.

Él siempre va directo al grano.

— Mi respuesta sigue siendo no. Haz lo que tengas que hacer. — Me levanto de mi asiento. — No me invites aquí si eso es todo lo que tienes para decir.

Estoy saliendo por la puerta cuando la pregunta de Dominic hace que me detenga.

— Esa chica, Isabella. ¿Qué tan bien la conoces?

Aprieto los dientes, se me ensanchan las fosas nasales y me doy la vuelta. — No te atrevas a meterla en esto. Ella no sabe nada de la mafia.

Sonríe. — ¿Estás seguro?

Quiero decir que sí, pero la palabra se me atasca en la garganta. Por mucho que a Dominic le guste el derramamiento de sangre, no es el tipo de persona que juega con la vida de gente

inocente. Si está preguntando por ella, significa que sospecha algo.

— ¿Por qué? ¿Hay algo que debería saber? — le pregunto.

— Ahora ella es tu problema, resuélvelo tú mismo. — Dirige su atención al iPad que tiene sobre la mesa, marcando el final de nuestra discusión.

Asiento a Marcus y salgo por la puerta.

Estoy luchando con mis pensamientos cuando subo a mi Lamborghini Revuelto, no es que no haya estado luchando con mis pensamientos desde aquella noche en el almacén. He estado pensando en Isabella, en cómo se había sentido su cuerpo contra el mío y en cómo se había apretado a mi alrededor.

Desde aquella noche, no he dejado de pensar en ella. Me he vuelto adicto a su sabor a fresa y vainilla y a su aroma. Estoy intoxicado por ella por todas las razones correctas.

Pero tampoco soy estúpido.

Si hay algo que mis hermanos saben sobre ella, entonces necesito averiguar qué es. No sería raro que Dominic estuviera paranoico con una mujer como Isabella, ha sido así desde que nuestros padres fueron asesinados y desde que se convirtió en el Capo de la Cosa Nostra. Él y la confianza no van de la mano.

Pero no lo culpo, su paranoia es la única razón por la que hemos llegado hasta aquí. Él y Marcus. No he sido de ninguna ayuda para ellos, pero hay una guerra y sé que debo ayudar a mi familia en todo lo que pueda.

Coloco el teléfono en la consola, me abrocho el cinturón de seguridad y enciendo el motor del coche, dispuesto a marcharme cuando alguien golpea a mi ventanilla.

Marcus me hace señas para que reduzca la potencia y así lo hago. Se inclina hacia delante, apoyando los brazos en la puerta.

— Me enteré por Luca que hubo un atentado en el acto benéfico.

Ese maldito soplón.

Apago el motor. — ¿Les informa a Dominic y a ti de todo lo que hago?

— Solo lo necesario. — Se limpia la comisura de los labios. — ¿Estuviste encerrado en el almacén con esa mujer?

— Se llama Isabella, y sí, estuvimos encerrados juntos en el almacén. — Me pregunto si pedirá los detalles de todo lo que pasó en el trastero.

Creo que disfrutaría viendo el disgusto en su rostro si se lo contara.

Se queda pensativo un rato, golpeando la puerta con los dedos. — ¿Alguna idea de cómo pudieron haberse quedado encerrados?

— No, aunque podría haber sido solo accidental. — No le digo que me pareció sospechoso que alguien nos encerrara a propósito al mismo tiempo que se producía una falsa alarma de incendio, o que volví al hotel para comprobar las cámaras de seguridad solo para descubrir que todos habían dejado de funcionar simultáneamente.

Pero da igual, es Marcus y lo investigará por su propia cuenta.

Asiente con la cabeza. — Está bien. Puedes irte.

Pongo los ojos en blanco y, con tono socarrón, digo. — Gracias por darme permiso para que pueda irme.

Marcus se aleja del coche y yo subo la ventanilla, el coche ruge debajo de mí antes de marcharme.

Luca está delante del edificio del hospital cuando llego. Está tan ocupado mirando el móvil y sonriendo que no me ve caminar hacia él y colocarme detrás.

— ¿Mirando fotos de traseros?

Se sobresalta y se lleva la mano a la funda de su pistola. Para alguien que se distrae tan fácilmente, sus reflejos son rápidos.

— Aparta la mano de la pistola, no he venido a matarte. — Me muerdo una risita cuando sus ojos atónitos se cruzan con los míos e inhala profundamente.

— Por el amor de Dios, hombre. Podría haberte pegado un tiro. — Se guarda el teléfono en el bolsillo delantero y me mira con el ceño fruncido. — ¿Y si lo hubiera hecho?

Le doy una palmada en el hombro, con una sonrisa en los labios. — Serías hombre muerto incluso antes de amartillar el arma, amigo.

— Puedo apostar mis pelotas a que no.

— Pruébame. — Miro a mi alrededor y luego a él. — ¿Dónde está Isabella?

Frunce el ceño y se encoge de hombros. — No lo sé. No es mi trabajo cuidarla solo por el hecho de que te la hayas cogido en el suelo de un almacén. — Luca se ríe y yo le frunzo el ceño.

— Dónde me la haya cogido no es asunto tuyo. Vuelve a decirlo y te arrancaré la lengua de la boca.

Levanta la mano en señal de derrota. — Para alguien cuyo antiguo trabajo era salvar vidas, eres un hombre bastante violento.

— Soy un Romano, no lo olvides. — Le doy una palmada en el hombro y empiezo a entrar en el edificio.

Luca me sigue.

— Sobre lo que te pedí...

— ¿Lo de los guardias de seguridad?

— Sí. — Después de comprobar las cámaras de seguridad y no encontrar nada, le había pedido a Luca que interrogara a los guardias de seguridad, por si habían visto algo o a alguien extraño.

La expresión de su rostro denota que no fue capaz de sonsacarles nada.

— Ellos juran que no vieron a nadie. Quizá la puerta se cerró sola.

— ¿Las cámaras de seguridad también dejaron de funcionar solas? ¿Y la alarma de incendios? — Tengo la sensación de que quien nos encerró allí es el responsable de la falsa alarma y del fallo en las cámaras de seguridad.

Isabella tuvo la mala suerte de acabar allí conmigo, sé que yo era el objetivo.

Luca niega con la cabeza. — Yo también estoy seguro de que el responsable de todo esto ha sido alguien y quienquiera que haya sido volverá a atacarte. Tendremos que esperar hasta entonces.

— ¿Dónde está la de cabello plateado? — le pregunto.

Mantengo el rostro inexpresivo, intentando que no se note que la he echado de menos.

— Arriba. ¿Quieres ir a verla?

— Sí.

Encontramos a Naomi en una de las salas del piso de arriba. Está revisando a un paciente y sus ojos se iluminan en cuanto nos ve.

— ¡Vincent! — Nos mira a Luca y a mí, y luego al paciente. — Denme un momento — nos dice. Dedicar un minuto más a decirle al paciente lo bien que lo está haciendo y, cuando termina, se acerca a nosotros.

— Hace días que no apareces.

— Tenía asuntos que atender. — Miro a mi alrededor en busca de Isabella. — ¿Dónde está tu amiga?

— Se ha ido a atender una llamada. Creo que está en el balcón — responde Naomi, que se muestra muy sonriente y radiante. — ¿La has echado de menos?

Resoplo. Justo cuando estaba feliz de que Luca no preguntara, ella lo hace.

— Hay algo de lo que necesito hablar con ella.

— Entonces tienes que darte prisa, porque dudo que esté libre para hablar contigo más tarde. — Deja de sonreír cuando su mirada se desliza hacia Luca. — Y tú, ven conmigo.

— No acepto órdenes tuyas — le espeta Luca.

Para ser alguien a quien le gustan las mujeres, siempre está enfadado cuando se trata de Naomi.

Naomi le estrecha los ojos. — Será mejor que me sigas en silencio. — Me sonríe y se marcha.

Para mi sorpresa, Luca la sigue como un cachorro perdido, y sin discutir.

Tardo un rato en encontrar a Isabella en uno de los balcones de la novena planta. Está sujetando el teléfono y parece lejana cuando la encuentro.

— ¿Estás bien? — le pregunto, acercándome con cautela.

Respira hondo y se mete el teléfono en el bolsillo de la bata. — Estoy bien, acabo de hablar con mi abuela.

— ¿Y está bien? — escudriño su expresión.

Parece triste, como si se estuviera derrumbando por dentro y se mantuviera firme para no desmoronarse. Se me oprime el pecho de preocupación.

Isabella asiente, luego intenta esbozar una sonrisa falsa, pero se disipa antes de que pueda formarse, delatando que tengo razón en que está triste.

— ¿Qué sucede? — le pregunto, levantando una mano para acariciarle la cara.

Es tan pequeña, tiene la piel sedosa y suave. En mis manos parece de porcelana.

Saca la lengua y se relame los labios. — Mi Nana es el único familiar que me queda y se está muriendo. Soy enfermera, pero no puedo hacer nada para ayudarla.

Una punzada aguda me atraviesa el pecho y un sentimiento de nostalgia me inunda, trayéndome amargos recuerdos. Conozco bien esa sensación, la de ser capaz de ayudar a todo el mundo menos a la gente que de verdad me importa. Por un momento, vuelvo a aquella noche en la que la luna llena estaba cubierta de humo oscuro y el cielo carecía de estrellas. Puedo oír los gritos, los llantos, las explosiones. Y a mi amigo exhalando su último suspiro, con sus manos apretando las mías, suplicándome que lo salve.

Trago saliva, forzando a bajar el nudo de mi garganta. — ¿Dónde está?

— En una residencia de ancianos. Ojalá pudiera cuidarla yo misma, la echo mucho de menos. — Se le llenan los ojos de lágrimas y aparta la mirada, clavándola en un rascacielos lejano. — Lo siento, no quiero mostrarme sentimental delante de ti.

— Eh... — Coloco mis manos sobre sus delgados hombros y apretando suavemente, la hago girar. — Puedes mostrarte como quieras delante de mí.

Se suelta de mi agarre. — No lo entiendes. No sabes nada.

Me acerco lo suficiente para que nuestras ropas se rocen. — Créeme, entiendo lo suficiente. He visto morir a alguien a quien quería y no pude hacer nada para ayudarlo.

Sus ojos se suavizan al mirarme. — ¿De verdad?

Asiento con la cabeza. — Es un tipo de dolor que no quiero volver a experimentar. Sé lo mucho que duele, pero lo único que puedes hacer por ti y por tu abuela es cuidarla mientras esté aquí.

— Y tú, ¿fuiste capaz de cuidar a ese... alguien?

Mi corazón deja de latir. — No, no tuve la oportunidad.

— ¿Te importaría hablarme de ese alguien? — Ella suelta un suspiro. — Perdona si soy una entrometida, está bien si no quieres compartirlo.

Odio que intente no entrometerse cuando en realidad quiero que lo haga. Quiero que me necesite, que quiera conocerme y husmear en mi vida, sin importarle nada más.

— Ese alguien era muy especial para mí. Han pasado dos años y aún no he superado la muerte de

esa persona.

— ¿Haces obras de caridad y donaciones en memoria de esa persona?

— Sí — respondo con sinceridad, pero omito la parte sobre mi familia.

Los Romano son muy conocidos, así que supongo que averiguará quién soy rápidamente si se muestra interesada por mí, si es que no lo ha hecho ya. Pero no seré yo quien se lo diga.

Ella suspira. — Debiste haber querido mucho a esa persona.

Hay un toque de celos en su tono. Eso me gusta.

— Lo hice.

Abre la boca como si fuera a decir algo, pero la cierra casi de inmediato.

— Sobre lo de la otra noche en el almacén, solo quería que supieras que fue un error que ambos cometimos y que no te lo voy a reprochar.

Me muerdo una sonrisa. — ¿Un error?

Ella levanta los hombros. — Bueno, ¿acaso no fue un error? Yo no te agrado, y tú no me agradas. Nos quedamos atrapados y simplemente sucedió, ¿cierto?

— Te equivocas. — Se pone rígida ante mi respuesta. — Para mí lo nuestro no fue un error, Bella. Y no me desagradas.

Isabella inclina la cabeza. — ¿Entonces te gusto?

— Tal vez. — Me gusta lo suficiente como para seguir interesado en ella después de haber pasado juntos una noche en un frío almacén, y me gusta lo suficiente como para que verla triste remueva algo dentro de mí que nunca había sentido antes.

Ella resopla. — Tú y tus respuestas vagas.

Me quedo boquiabierto cuando una suave brisa acaricia su cabello, agitando la punta de su coleta contra su cara. Parece una obra de arte, literalmente perfecta. Quiero enmarcarla y contemplarla para siempre.

— ¿Tienes planes para esta noche? — me oigo preguntar.

Pedirle una cita a una mujer está en mi lista de cosas que no debo hacer antes de morir, pero incluso ahora que soy consciente de ello, no puedo contenerme.

Su ceño se frunce y sus labios esbozan una sonrisa ladeada. — ¿Qué harás si no tengo planes para esta noche? ¿Pedirme una cita?

Cierro la media pulgada que nos separa, mirándola. — Pienso hacer exactamente eso.

Juro que oigo su respiración entrecortada, luego se pone rígida y el aire crepita entre nosotros.

— ¿Y si ya tengo planes? ¿Aceptarás un no por respuesta?

— No. — Esa palabra simplemente no existe en mi diccionario, y ella es la última persona de la que quiero oírla. — Tendrás que hacerme un hueco en tu agenda de alguna manera.

Sonríe, mostrándome una hermosa dentadura blanca. — Déjame advertirte entonces, tengo gustos muy caros.

— Menos mal que tengo dinero para gastar. — Le guiño un ojo. — Te recojo a las siete.

Sus ojos se entrecierran. — Pero no sabes dónde...

— No hay nada de ti que no pueda averiguar si quisiera. — Me inclino y le planto un beso en la frente.

Se pone rígida y sus pupilas se dilatan.

Una sonrisa se dibuja en mis labios mientras me alejo, sintiendo que su mirada me quema la espalda.

Cuando llego al ascensor, llamo al número de Luca.

— Encuentra a la abuela de Isabella.

Capítulo VIII

Isabella

— ¿De verdad vas a tener una cita con él? — pregunta Naomi, con emoción en la voz.

Una cosa sobre Naomi es que, siempre está más emocionada por mí que yo misma.

Mi vida ha sido la sucesión de una tragedia tras otra. Hay momentos en los que siento que la felicidad es inalcanzable para mí, y que justo cuando intento ser feliz, siempre habrá alguien esperando para arrebatármela.

Como ahora, por ejemplo, que sé que lo mío con Vincent es simplemente una ilusión y nada más. No puedo permitirme bajar las escaleras de la esperanza, no cuando Elio está al acecho en una esquina y la vida de mi Nana está en juego.

Vincent me odiará cuando se entere, y Elio podría matarme si cometo algún error. Aun así, me alegro de que haya alguien a mi lado, apoyándome y esperando por mí.

Rebusco en mi armario en busca de un vestido adecuado para una cita. Como hace tiempo que no salgo con nadie ni tengo interés en salir con nadie, mi armario está lleno de ropa informal y batas, no encuentro nada favorecedor y son casi las siete de la tarde. ¡Maldición!

— Sí, así es — replico, casi gimiendo por la frustración que hierve en mi interior. — Ahora puedes dejar de hacer preguntas obvias y ayudarme a encontrar algo que ponerme.

Naomi frunce el ceño, se levanta de la cama y se cruza de brazos. — Pídemelo por favor.

Pongo los ojos en blanco. — Por favor.

Su ceño fruncido se transforma rápidamente en una sonrisa y da un respingo. — Mucho mejor. Ahora vamos a vestirte, ¿te parece?

Ambas nos quedamos heladas cuando suena el timbre.

— ¿Crees que es él? — pregunta Naomi, mirándome boquiabierta.

Echo un vistazo al iWatch que llevo en la muñeca. — Nos queda media hora antes de las siete.

Vincent es el tipo de hombre que es puntual, pero dudo que llegue treinta minutos antes de la hora acordada.

— Sigue buscando. Yo abriré la puerta. — Sale de la habitación y yo sigo rebuscando entre un montón de ropa inservible.

Mis ojos se llenan de lágrimas a medida que crece mi exasperación.

¿Por qué no encuentro nada decente que ponerme?

Me seco las lágrimas cuando oigo acercarse a Naomi. Entra en la habitación con una bolsa de compras en la mano y una sonrisa de oreja a oreja.

— ¿Qué es eso?

Deja la bolsa sobre mi tocador.

— ¿Qué más? Ropa, obviamente. — Saca una tarjeta de algún lugar de la bolsa de compra. — Creo que es de Vincent — me dice.

Corro hacia ella, le arrebató la nota y la aprieto entre las palmas de las manos. — ¿Por qué has leído eso?

Naomi se cruza de brazos y me mira entrecerrando los ojos. — ¿Acaso hay algo que no debería saber? Estás exagerando.

Me acomodo el cabello detrás de la oreja. Tiene razón, estoy exagerando, como si ella no supiera ya lo que hay entre Vincent y yo, pero estoy paranoica, la verdad.

Por un lado, temo que Elio me esté vigilando y, por otro, temo que Vincent descubra la verdad.

Me estoy volviendo loca.

— Lo siento. — Abro la nota, pero solo hay una palabra escrita en ella. — Póntelo.

Naomi sacude la cabeza. — Es tan poco romántico.

— Dímelo a mí. — Una sonrisa se dibuja en mis labios. — Veamos qué hay en la bolsa.

Naomi se queda boquiabierta cuando sacamos de la bolsa un vestido de noche dorado con cuello alto. No tiene etiqueta, pero sé que cuesta más de lo que he ganado en toda mi vida.

— ¿Un hombre que compra un vestido caro para una cena con su dama? Es la personificación del romanticismo — afirma dramáticamente.

— ¿Y no dijiste que no era romántico? — pregunto, con la cara acalorada.

No esperaba que Vincent diera todo de sí para nuestra cita, y estoy jodidamente agradecida.

— Cambié de opinión. — Naomi rebusca en las dos cajas del fondo de la bolsa, revelando un par de tacones Louis Vuitton dorados y un bolso del mismo color. — Nena, te juro que ese hombre se esforzó al máximo por ti.

Lo hizo, ni siquiera yo puedo negarlo. No me importa cuánto le ha costado, mi corazón se hincha de felicidad por el esfuerzo que ha hecho.

— Naomi, tengo que verme lo mejor posible esta noche.

Minutos después, llevo puesto el vestido y los zapatos que Vincent me envió. Naomi también me ayudó con el maquillaje y el peinado. Sonríe al espejo y me encanta el reflejo que hay en él. Ahora mismo no puedo hacer nada por Vincent, pero al menos puedo lucir lo mejor posible.

— Isa, estás preciosa. — Naomi toma uno de los pinceles de maquillaje y se arrodilla dramáticamente sobre una pierna delante de mí. — ¿Quieres casarte conmigo? Olvida a Vincent y a todo su dinero. Seré buena contigo.

Una carcajada brota de mí, retumbando por toda la habitación. — ¿Por qué te elegiría a ti antes que a un hombre rico?

— Porque lo que importa es el corazón — responde ella, imitando un acento rural masculino.

— No, no me casaré contigo. Ahora levántate y dime qué tal me veo, porque no tardará en llegar.

— Le quito la brocha de maquillaje y la coloco en el recipiente donde guardo mis brochas, luego pongo una cara adorable. — ¿Qué tal me veo?

— Impresionante. — Naomi se levanta, se inclina y me limpia algo de la cara. — Dudo que pueda quitarte los ojos de encima esta noche. No puedo creer que mi mejor amiga tendrá una cita esta noche.

— Yo tampoco.

Lleno el bolso de diseñador con pintalabios, billetes de un dólar y gas pimienta. Siempre llevo conmigo el gas pimienta. Mi abuela insistía en que lo llevara a todas partes cuando era una adolescente, y luego se convirtió en un hábito cuando me hice mayor.

Mi teléfono suena y lo miro.

Vincent: Estoy abajo.

Se me revuelve el estómago. — Ya está aquí.

— Diviértete esta noche, amiga. Llámame si pasa algo o si necesitas ayuda. — Naomi me rodea con sus brazos, abrazándome fuerte.

Yo le devuelvo el abrazo.

Cuando se separa, dice. — He puesto un preservativo en tu cartera, por si acaso.

— No voy... — Me tapa la boca y me empuja hacia la puerta.

— ¡Diviértete! — me grita y me cierra la puerta en las narices.

Vincent está parado delante de un Mercedes blanco. Lleva un traje blanco de tres piezas de Tom Ford y un ramo de rosas en la mano. Sonríe al verme y se me revuelve el estómago, despertando

mariposas.

Esta noche está especialmente guapo. Lleva el cabello oscuro engominado hacia atrás y en una de sus orejas reluce un pendiente de diamantes. Cuando se acerca, aspiro su vaporosa colonia. Es tan adictivo que no puedo ocultar la atracción que siento por él.

Sonríó tímidamente y me ruborizo cuando me entrega las flores. Deja de moverse y me observa de pies a cabeza, como si estuviera saboreando cada centímetro de mí.

— Estás preciosa esta noche, Isabella. — Es una de las pocas veces que no me llama *Silver*. — Ese vestido parece haber sido hecho solo para ti, y me aseguré de que así sea.

Mis cejas se fruncen. — ¿Qué quieres decir?

— Es un vestido nuevo de edición limitada. Y he comprado hasta el último disponible — dice despreocupadamente, luciendo una cálida sonrisa.

Se me cae la mandíbula y me quedo boquiabierta. — ¿Cómo que has comprado hasta el último?

— El vestido parece carísimo y no tiene sentido que los haya comprado todos.

— Significa lo que significa. Nadie debería tener derecho a llevar esto excepto tú. — Me tiende la mano.

Todavía sigo atónita cuando tomo su mano y me lleva al asiento del copiloto, esperando a que suba antes de cerrar la puerta y rodear el coche hasta el asiento del conductor.

Todavía no consigo asimilar lo que ha dicho. — Estabas bromeando cuando dijiste eso, ¿verdad?

Estoy segura de que este vestido es muy caro y es imposible que hayas comprado todos.

— No estaba bromeando. Todos serán enviados a tu dirección, haz lo que quieras con ellos. —

Enciende el motor del coche y se pone en marcha. — ¿Te gustó mi regalo?

— ¿Qué si me gusta? — Empiezo a pensar que le gusta minimizarse. — Me encanta. Gracias.

— Bueno, me alegro de que te haya gustado.

Una hora más tarde, llegamos a un restaurante de lujo en Hudson Yards. Es un gran edificio de acero y cristal. *Eat Bistro* está escrito en negrita en la parte superior. Vincent entrega su llave a uno de los aparcacoches después de que hayamos bajado del automóvil, y luego me conduce al interior del restaurante hasta un sitio que ha reservado en la zona VIP.

Obscenas lámparas de araña brillan desde el techo, un suave vals se oye por los altavoces ocultos. Nuestra mesa está decorada con velas y rosas. Es realmente romántico. Naomi perdería la cabeza si viera esto.

Vincent me acerca una silla antes de acomodarse en la suya. — ¿Te gusta este lugar?

— Me encanta. Nadie ha hecho nunca algo así por mí. — Miro a mi alrededor.

Estoy segura de que esto le habrá costado mucho dinero y esfuerzo.

— Dime si te sientes incómoda y si prefieres ir a otro sitio.

Créeme, no tengo ninguna razón para sentirme incómoda.

Pero no lo digo.

En lugar de eso, asiento y digo. — Lo haré.

Echamos un vistazo al menú y una camarera toma nuestros pedidos. Mientras esperamos la comida, estoy ansiosa por entablar conversación, pero demasiado nerviosa para decir nada.

Los ojos de Vincent permanecen fijos en los míos. Como siempre, puede leerme perfectamente, como si fuera un libro abierto.

— ¿Nerviosa, Silver? — bromea, poniendo su mano sobre la mía, sus dedos trazando delicados dibujos en el dorso de mi mano.

Me río entre dientes, sintiendo cómo se disipan mis nervios. El calor se desliza por mi brazo mientras me quemo por su contacto.

— Un poco. Para ser sincera, no esperaba que hicieras todo esto por mí. Ni siquiera tengo la

menor idea de por qué me pediste una cita.

Vincent se echa hacia atrás, una mirada contemplativa cruza su rostro. — No necesito una razón para pedirte una cita. Lo hice porque quise y quiero que disfrutes cada momento de esta noche.

Aprecio su sinceridad y me pica la curiosidad. — Eres todo un misterio, Vincent. La primera vez que te vi, no parecías alguien tan... atento.

Un destello de sonrisa se dibuja en su rostro. Retira su mano de la mía, pero no deja de mirarme.

— Desde la primera vez que te vi supe que quería ser muy atento contigo.

Esas malditas mariposas revolotean en mi estómago una vez más. — ¿Cómo sabes las palabras adecuadas para dejarme sin palabras?

Se encoge de hombros, sonriendo. — Simplemente lo sé.

Llega un camarero con un cubo lleno de hielo y una botella de champán, y nos sirve dos copas.

— ¿Hay algo sobre ti que debería saber? — pregunto, queriendo mantener la conversación. —

¿A qué te dedicas además de visitar a los niños en el hospital?

— A nada. — Hace girar su copa de champán. — Supongo que ya sabes todo lo que hay que saber sobre mí.

Tengo en la punta de la lengua el deseo de desmentirlo, pero tengo la sensación de que mentirle a Vincent no serviría de nada, no cuando parece que puede ver a través de mí.

— Bueno, sé todo lo que puedo encontrar en internet sobre ti.

Se inclina hacia delante. — ¿Me has buscado en Google?

Me muerdo el labio inferior. — Solo un poco.

— ¿Y qué has encontrado? — Levanta una ceja. — Estoy seguro de que hay mucho sobre mí y sobre mis hermanos en Internet.

— Créeme, así es. Pero no quiero saber lo que hay en internet, quiero saber más sobre ti. — No porque Elio me haya pedido que averigüe todo lo que pueda sobre él, ya que es el eslabón más débil que tienen los Romano, sino porque estoy realmente interesada en conocerlo más.

Quizá no debería, porque cuanto más cercano seamos, más doloroso será cuando descubra que todo esto es falso.

Se pasa los dedos por el botón del traje. — ¿Qué quieres saber?

— He visto que tu familia, ya sabes... — Me detengo.

— ¿Tiene negocios ilegales? ¿Está al mando de la mafia italiana? — sugiere, ambas correctas.

— Sí. — Respiro. — ¿Eres parte del negocio y de la mafia?

— ¿Cambiaría algo si lo fuera? — Ladea la cabeza, y se le escapa la sonrisa. — ¿Pensarías que soy un monstruo si descubres que soy igual que mis hermanos?

— No — balbuceo.

Esta vez soy yo quien toma su mano. — Escucha, Vincent. Yo no me considero perfecta. Pero hay veces que no tenemos elección y que hacemos todo lo que sea necesario por nuestros seres queridos.

— Entonces, ¿me estás diciendo que lo entenderías si yo fuera así? — me pregunta.

— Lo entendería. — Ahora me pregunto si él entendería si descubriera la verdad sobre mi relación con Elio.

Al igual que yo, él pondría a su familia en primer lugar.

— Y si alguna vez yo estuviera en esa posición, ¿crees que podrías entenderme?

¿Por qué te pones tan emocional, Isabella?

Necesito recordarme que no somos nada especial el uno para el otro. Solo porque hayamos tenido un sexo alucinante una vez y que estemos cenando juntos, no significa que pueda haber algo más entre nosotros.

Vincent me mira fijamente. — ¿Hay algo que quieras decirme?

Mis manos están cada vez más húmedas, así que las retiro de las tuyas antes de que se dé cuenta. Me esfuerzo para sonreír, haciendo todo lo posible por ignorar cómo el corazón golpea mi caja torácica.

— No, no hay nada que quiera decirte. Solo te devolví la pregunta.

Entrecierra los ojos. Es obvio que no me cree, pero le agradezco que no insista en el tema.

— Dejemos a un lado las conversaciones serias y divirtámonos, ¿de acuerdo? — Levanta la copa. — Por una noche divertida y por nuestra primera cita.

Choco mi copa contra la suya, sonriendo. — Por la noche más inesperada y maravillosa. Y por nuestra primera cita, por supuesto. — Aunque me temo que será la última.

Llega el plato principal y la conversación fluye sin problemas. La presencia de Vincent es reconfortante, y su genuino interés por mis opiniones y por mis experiencias hace que la velada parezca una exploración compartida del mundo de cada uno.

Después del plato principal, hablamos de los niños del pabellón pediátrico durante el postre. No dejo de mirar a Vincent. Me fijo en el brillo de sus ojos azules cuando sonríe, en lo feliz que parece cuando habla de los niños del hospital y de lo mucho que le importan.

Elio me dijo que era un alcoholico y un mujeriego, pero el hombre que está sentado frente a mí no es nada de eso. Es una buena persona. Quizá si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias, las cosas hubieran sido distintas entre nosotros.

Terminamos el postre y Vincent paga la cuenta.

Me toma de la mano para conducirme hacia la noche, con las luces de la ciudad brillando como estrellas lejanas. El trayecto en coche hasta mi apartamento transcurre en un silencio agradable. Por primera vez en mucho tiempo, soy realmente feliz.

— ¿Disfrutaste de nuestra cita? ¿Te gustaría volver a repetirlo? — pregunta Vincent, conduciendo el coche por una calle solitaria.

La monstruosidad blanca de mi edificio de apartamentos se vislumbra en la distancia.

Quiero tener muchas más citas como ésta, pero alejarme de Vincent es lo mejor que puedo hacer por él. No, mejor dicho, es lo único que puedo hacer por él. Una voz en el fondo de mi cabeza me dice que confíe en él, pero no quiero arrastrarlo a mi desordenada vida.

Elio descubrirá tarde o temprano de qué lado estoy y puede que tenga que pagar por ello con mi propia vida o perdiendo a la única familia que me queda, pero pensando en esos niños del hospital que lo esperan cada mañana y en la cálida sonrisa de Vincent, no me atrevo a hacer nada que pueda hacerle daño.

Pero la vida de mi abuela correrá peligro si no lo hago, y la mía también. Es una cosa o la otra, no hay término medio.

— Estaré ocupada por un tiempo, pero te avisaré cuando disponga de tiempo libre.

Es una mentira descarada. Nunca volveremos a tener una cita romántica, y nunca estaré tan cerca de él, intentando decidir si besarle o no.

Decido no besarle, salgo del coche y me dirijo al porche de mi edificio. Él me sigue.

Cuando llegamos a mi puerta, Vincent voltea hacia mí con una suave sonrisa. — Espero que esta noche haya sido todo lo que esperabas.

— Ha superado todas mis expectativas — admito, con una sonrisa genuina en los labios, a pesar de los revoltijos de mi estómago. — Gracias, Vincent. De verdad.

Me acompaña hasta la puerta y la luz proyecta un cálido resplandor a nuestro alrededor. Vincent me aparta un mechón de cabello de la cara y su tacto me produce escalofríos.

— Que te quede claro que siempre estaré aquí si necesitas algo.

Mi determinación se desvanece y, por un estúpido segundo, me planteo contarle lo de Elio y lo de mi Nana.

— Ya has hecho suficiente, Vincent. Estoy segura de que no necesitaré de tu ayuda.

Sonríe. — Solo por si acaso.

Nuestras miradas se cruzan, el aire está cargado de expectación. Vincent se inclina y nuestros labios se encuentran en un beso suave y prolongado. El tiempo se detiene mientras me abraza.

Me quedo paralizada en el momento, devolviéndole el beso por última vez.

Capítulo IX

Vincent

Me remuevo antes de despertar y echo un vistazo al reloj de mi mesilla de noche. Son las seis de la mañana y solo hay una persona, además de mis hermanos, que tiene el descaro de aporrear mi puerta tan temprano.

Me incorporo, deslizo una mano bajo la almohada y saco la pistola. Puede que no forme parte de la mafia «aún» pero crecí en ella y sé lo peligroso que puede llegar a ser para mí, teniendo en cuenta que mi hermano es el Capo.

Tenemos enemigos en todas partes, traidores esperando para acabar con nosotros. A nadie le importa si formo parte de ese mundo oscuro o no, mi apellido por sí solo es suficiente para ganarme enemigos.

Los golpes en la puerta se hacen aún más fuertes. La pantalla de mi teléfono se enciende y veo el nombre de Luca parpadear en ella.

Definitivamente voy a volarle la cabeza.

Me dirijo a la puerta y, con el arma en la mano, la abro de un tirón. — Tienes solo un minuto para decirme por qué estabas golpeando mi puerta de esa manera.

Mira la pistola que tengo en la mano, suspira y me empuja al entrar, dejando la puerta abierta. Juro que hace toda esta mierda para molestarme.

Cierro la puerta y voy tras él. — ¿Qué diablos quieres?

— Tu hermano quiere cenar contigo. Uno de los almacenes fue atacado y perdimos a diez hombres — dice con rabia, tiene los ojos enrojecidos por la sed de sangre. — Elio Valentes anda perdido por ahí de nuevo.

Desplazando mi peso, pongo una mano en mi cadera. — ¿Cuándo empezaste a informarme sobre asuntos de la mafia?

— Desde que pasé de ser un sicario de la mafia a ser tu maldito guardaespaldas. — Me mira como si fuera a correr en mi dirección, tomar la pistola que sostengo y golpearme la cabeza con ella. — ¿Alguna otra pregunta estúpida?

— Tal vez quieras cuidar tus palabras, Luca. Eres mi amigo, pero eso no significa que no vaya a meterte una bala en la cabeza. — Me dirijo al minibar situada en un rincón de mi sala y tomo una botella de whisky y dos vasos de chupito. — ¿Quieres un trago?

— Como si fuera a rechazar un buen whisky. — Se desploma con un *ruido sordo* en uno de mis sofás de cuero color crema y yo me siento frente a él, dejando la botella de whisky y los vasos sobre la mesita.

— ¿Por qué mi hermano quiere verme? — pregunto, sirviendo nuestras bebidas.

— Seguro tiene que ver con tu iniciación. Cree que ya es hora de que formes parte de la *famiglia*.

— Luca se pasa una mano por la barba. — Con Elio acechando y esperando el momento adecuado para atacar, creo que lo más lógico es que te inicies cuanto antes.

Doy un sorbo a mi whisky y frunzo el ceño cuando el sabor áspero pasa por mi garganta.

— ¿Y eso de qué servirá?

— Es frío y amenazador, pero sigue siendo una guerra, Vincent. — Hace una pausa, probablemente contemplando sus próximas palabras. — Si algo le pasa al Capo o a Marcus, tendrás que hacerte cargo de la *famiglia*.

Sonríó. — Dominic ya tiene un heredero.

— Un heredero de nueve años. — Luca se mueve en su asiento, enderezando la espalda. — Esto no es una broma, Vincent. Tienes que dejar a un lado tu bondadoso corazón y tomarte esto en serio. Tu familia te necesita.

— Lo que mi familia necesita es mi problema, no el tuyo. — Me bebo el resto de la bebida de un trago. — ¿Averiguaste en qué residencia está la abuela de Isabella?

— Lo hice, pero no la encontré.

— ¿Cómo que no la encontraste?

Luca se rasca la nuca. — Mira, pude averiguar en qué residencia de ancianos estaba, pero hasta ahí llegó mi investigación porque ya no está en ninguna residencia de ancianos.

Me recuesto en el asiento y extendiendo los brazos sobre el reposacabezas. — ¿Entonces dónde está?

Levanta los hombros. — Desapareció hace un mes y nadie la ha visto ni ha sabido nada de ella desde entonces. Es como si jamás hubiera existido.

Pienso por un momento. No puede ser. Estoy seguro de que Isabella me dijo que su abuela estaba en una residencia de ancianos. De seguro, me lo habría dicho si hubiera tenido que sacarla por alguna razón. Hay algo que no me cuadra.

— Mientras estaba en ello, hice un descubrimiento interesante — dice Luca.

Suspiro, odio el suspenso. — Ve al grano.

— Ella y su hermano fueron criados solo por su padre. Su padre murió hace tres años, y su hermano hace cuatro meses.

— Dime algo que ya no sepa.

— Su hermano no solo murió, sino que fue asesinado. — Una sonrisa sombría cruza el rostro de Luca.

Es la misma sonrisa sombría que siempre tiene cuando habla de asesinatos y de muerte.

Me quedo atónito, porque Isabella nunca mencionó que su hermano había sido asesinado. Supongo que no pensó que fuera una información útil para compartir, pero teniendo en cuenta el interés de Luca en ello, supongo que no fue una simple víctima de las circunstancias.

— ¿Cómo?

— Por lo que he averiguado, trabajaba para los Valentes hasta hace seis meses, y fue entonces cuando les robó. — Llena nuestros vasos con más whisky.

Es demasiado temprano para beber, pero nunca es demasiado temprano para los hombres en mi mundo.

— Y ya sabes cómo funcionan las cosas, a la mafia nunca se le roba.

— ¿Entonces los Valentes tuvieron algo que ver con la muerte de su hermano? — Me froto la sien.

Esto se está complicando más de lo que esperaba. — ¿Crees que tuvieron algo que ver con la desaparición de su abuela? — Si es así, eso explicaría por qué parecía tan triste.

Una alarma suena en mi cabeza cuando me doy cuenta de algo. ¿Será que Isabella tiene contacto con los Valentes? Estoy seguro de que tomar a su abuela como rehén no pagará la deuda contraída por su hermano. Elio debe querer algo más a cambio de la vida de su abuela, pero no consigo entender qué querría de ella.

— Yo creo que sí — responde Luca. — Creo que deberías alejarte de ella, al menos, por ahora, hasta que estemos seguros de que no es un peligro para ti.

— Ella no es un peligro para mí. — Termino mi bebida y golpeo el vaso vacío contra la mesa. — Si tiene problemas, yo tengo que ayudarla.

— ¿Y cómo piensas hacerlo exactamente? ¿Encontrando a Elio y el sitio donde esconde a su

abuela?

— Eso es exactamente lo que pienso hacer — respondo por encima del hombro mientras me alejo.

Dos horas después, estoy en el despacho de Dominic, acercándome a grandes zancadas hacia una de las sillas frente a su escritorio e ignorando a Dante. Ya es suficiente con que mi hermano tenga en mente el derramamiento de sangre las veinticuatro horas del día, pero ese tipo sigue llenándole la cabeza con aún más tonterías.

— Hola, hermano. — Levanto las piernas, apoyándolas en su escritorio y sin hacer caso a su mirada.

— ¿Qué quieres? — pregunta Dominic.

La sonrisa de su rostro al verme entrar se desvanece.

— Me has invitado a cenar, ¿cierto?

— No es momento para cenar — responde Dominic bruscamente. — Estoy ocupado, así que más vale que tu visita merezca la pena.

— Desafortunadamente, tendré que negarme a cenar con la familia esta noche. Tengo otros planes. — Necesito reunirme con Isabella y averiguar los detalles, es la única forma de poder ayudarla.

Pero, de momento, necesito la ayuda de Dominic.

— ¿Puedes ayudarme con algo?

Dominic mantiene su voz ronca. — Depende de lo que me pidas.

— Creo que puedo encontrar a Elio Valentes, pero antes, hay alguien a quien necesito proteger.

— Intento no sonar emocional.

Dominic detecta las vulnerabilidades como un maldito vidente, y no duda en usarlos cuando eso le favorece.

Frunce el ceño y cruza los dedos frente a él. — ¿Y cómo piensas encontrarlo exactamente?

— Déjame eso a mí, solo necesito proteger a alguien — le digo.

— Es a esa chica, ¿verdad? — La comisura de sus labios se tuerce. — Es a ella a quien quieres proteger.

— Sí — respondo con firmeza.

Ella es una de las personas a las que quiero proteger. Aunque prefiero no demostrarlo, las palabras de Luca me afectaron y necesito proteger también a mi familia. Si mis hermanos están dando su vida, yo también quiero dar la mía.

— A ver si lo entiendo. — Se inclina hacia delante. — ¿No te importa tu familia, pero estás dispuesto a proteger a una mujer de la que no sabes nada?

— Tú no tienes idea si me importa mi familia — replico.

En parte tiene razón, lo hago por Isabella, pero ella no es la única razón. Sin embargo, mi orgullo no me permite ser completamente sincero con él.

— Está más claro que el agua, Vincent — vocifera. — Esa mujer no es la indefensa muchachita que crees que es.

— Sé de su conexión con Elio.

— ¿Y crees que ella te llevará hasta él? — El tono de Dominic es sardónico cuando pregunta.

Me recuerda a cuando era adolescente y tomaba decisiones estúpidas.

— Te doy un consejo, hermanito, no puedes confiar en esa mujer. Mejor ni lo intentes.

La ira arde en la boca de mi estómago. — Si debo confiar o no en ella no es algo que debas decidir tú, hermano.

— El hecho de que confíes o no en ella puede dañar a nuestra familia, Vincent. — Me doy

cuenta por la dureza de su tono que apenas se está conteniendo para no gritar. — No arriesgaré a esta familia por tu fugaz enamoramiento hacia una mujer de la que no sabes nada.

Las palabras de Dominic permanecen en el aire, un pesado silencio se instala en la habitación. Mi mirada permanece fija, clavada en la de mi hermano. La tensión es palpable, tan densa como para cortarla con un cuchillo.

— No necesito tu aprobación, Dominic — rompo finalmente el silencio, con voz firme. — Pero necesito de tu ayuda.

Se echa hacia atrás en la silla y se cruza de brazos. — ¿Ayuda para qué? ¿Para proteger a una mujer que podría llevarte directo a las manos de Elio Valentes?

Asiento, decidido. — Sí. Y necesito información. Cualquier cosa que tengas sobre Elio, sus movimientos, sus escondites. Lo que sea necesario.

Dante se burla, interviniendo por primera vez desde que entré. Casi me olvido de que estaba sentado a mi lado, el perro fiel de mi hermano.

— Estás jugando con fuego, Vincent. Sabes de lo que Elio es capaz, y podría estar usándola para llegar a ti.

— Soy muy consciente de lo que Elio es capaz de hacer — respondo, desviando mi atención hacia Dante. — Pero conozco a Isabella lo suficiente y no es alguien que me traicionaría tan fácilmente. — La sinceridad en sus ojos la última vez que estuvimos juntos no es algo que se pueda fingir.

Dominic me estudia un momento, sus ojos calculadores. — De acuerdo. Te daré lo que necesites. Pero si te matas por una mujer, no esperes que me ponga de luto.

Sonrío. — No esperaré menos de ti.

Dominic rebusca en un cajón, saca una carpeta y la arroja sobre el escritorio. La atrapo a mitad de camino y la abro para encontrar mapas, fotos de vigilancia y documentos que detallan las ubicaciones conocidas de Elio. Es un buen comienzo.

— Usa esto con prudencia, Vincent. Y recuerda, la familia es lo primero — advierte Dominic, con tono severo. — No me importa si eres mi hermano, no te perdonaré si pones en peligro a esta familia.

Ignorando la mirada de desaprobación de Dante, me pongo de pie. — No eres el único que se preocupa por esta familia, hermano. Yo también daría mi vida por esta familia.

Con eso, salgo del despacho de Dominic, dejando atrás la sutil tensión que siempre flota en el aire cuando estoy cerca de mi hermano mayor.

Dante me sigue por el pasillo. — Estás cometiendo un error, Vincent — dice, siguiéndome.

Le devuelvo la mirada, con la mandíbula desencajada. — Puede ser. Pero es mi error.

Deja de caminar. — Solo hay una manera de que puedas protegerla de verdad. Tienes que convertirte en un hombre hecho. — Abro la boca para hablar, pero me corta antes de que pueda completar la frase. — No te apresures en negarte esta vez, piénsalo.

Salgo del rascacielos, vuelvo a mi apartamento y rebusco entre las fotos y documentos de la carpeta. Al parecer, Dominic ha estado tras Elio desde la última pelea, pero Elio desapareció sin dejar rastro.

Necesito hablar con Isabella. Si voy a ayudarla, merezco saber la verdad sobre su familia y el peligro que está corriendo. Si solo se trata de dinero, puedo ayudarla a pagar la deuda y salvar a su abuela. Tomo mi teléfono y envío un mensaje pidiéndole que nos veamos más tarde en un bar. Cuando el sol se pone y la oscuridad cubre la ciudad, me encuentro en el punto acordado, en un bar que he alquilado para pasar la noche, esperando a Isabella.

Se abre la puerta y ella entra. Esperaba que llevara su uniforme habitual y una expresión cansada,

pero lleva una camiseta informal y shorts vaqueros. Lleva el cabello bien peinado hacia atrás y va ligeramente maquillada.

La saludo con la mano, llamando su atención, y se dirige a la mesa.

— ¿Qué sucede, Vincent? — me pregunta, con los ojos clavados en los míos mientras se sienta frente a mí.

— ¿Te apetece una copa o quizás algo de comer? — le pregunto.

Solo han pasado unos minutos de su turno y supongo que aún no ha comido nada.

— Un negroni está bien. Cenaré cuando llegue a casa.

Llamo al camarero y pido dos negronis. El camarero nos pasa las bebidas y luego desaparece de la barra, dándonos un poco de privacidad como había pedido cuando alquilé el local.

Ambos damos un sorbo a nuestras bebidas antes de que empiece a hablar. — ¿Qué tal estuvo tu día en el trabajo?

— Estresante, pero mereció la pena. Los niños de pediatría no paraban de preguntar por ti. — Frunce los labios. — Llevas unos días sin pasar por el hospital.

— He estado ocupado.

Lo cual no es técnicamente una mentira, pero omito la parte en la que he estado intentando averiguar detalles sobre ella a sus espaldas. No estará contenta cuando lo sepa.

— Ah. — Saca la lengua y se humedece los labios. — ¿Quieres decirme por qué me pediste que nos viéramos?

Pienso en cómo sacar el tema. — ¿Conoces a Elio Valentes?

Se queda rígida, con los ojos muy abiertos y la respiración entrecortada. — ¿Por qué? ¿Pasa algo? — Le tiemblan las manos y se las mete entre los muslos.

— Tu abuela no está en una residencia de ancianos, ¿verdad? — pregunto con cautela.

No puedo dejar que piense que me molesta que haya mentido, o si no, será aún menos probable que confíe en mí.

Ella exhala ruidosamente. — ¿Cómo lo supiste? — Sus ojos se entrecierran y rebosan sospecha.

— Espera un segundo, ¿has estado escarbando en mi vida personal sin mi consentimiento?

No me molesto en mentir. — Sí, lo hice, pero solo porque estoy tratando de ayudarte.

Su mandíbula se aprieta y sus fosas nasales se ensanchan. — ¿Ayudarme? ¿Y cómo me ayudarías invadiendo mi vida personal?

— Hey. — Le toco ligeramente la mejilla, pero se aparta de mi contacto. — Dijiste que extrañabas a tu abuela, quise planear una fiesta sorpresa y así es como me enteré. Te juro que no fue por fisgonear.

— No tienes derecho a planear nada para mí ni para mi abuela, Vincent. — Está levantando la voz, menos mal que el bar está vacío. — No eres mi novio. Una noche de sexo no te hace especial.

No puedo negar la aguda punzada de decepción que me apuñala el corazón, pero mis sentimientos no importan en este momento. Los suyos sí.

— Quizás no, pero no hago esto por mis sentimientos. De igual forma, habría intentado ayudar si fuera cualquier otra persona y lo sabes.

Ella suelta un suspiro. — Lo siento, exageré.

— No pasa nada. Isabella, necesito que confíes en mí — le digo, esperando que vea sinceridad en mi mirada. — Quiero ayudarte, pero tenemos que trabajar juntos y necesito saber a qué nos enfrentamos.

Se toma un momento para asimilar la información. — Jamás te pedí ayuda — dice finalmente, con tono defensivo.

— Lo sé. Pero no hace falta que me lo pidas. — Tomo su mano entre las mías, rozando el dorso de su mano con el pulgar. — ¿Es dinero lo que quiere? ¿Cuánto?

Ella aparta la mano. — Escucha, Vincent. Sé quién es tu familia y también quién eres. Pero también debes saber quién es Elio y que es mejor que no haga nada que lo enfurezca. Quiere dinero y le pagaré hasta el último centavo por mi propia cuenta.

— Puedo ayudarte y no hace falta que me pagues — le ofrezco, conteniendo la respiración y esperando que acepte mi ayuda.

Ella sacude la cabeza. — No lo entiendes, no quiero estar en deuda contigo.

— Entonces, ¿prefieres estar en deuda con Elio? ¿Es eso?

— Sí, prefiero estar en deuda con él que contigo. — Se lleva el negroni a la boca, se lo bebe de un trago y aprieta el vaso con la mano. — Ahora que lo pienso, creo que todo fue un error.

Inclino la cabeza. — ¿Qué quieres decir?

— Esa noche en el almacén nunca debería haber sucedido. — Suena como si se ahogara con las palabras. — La cita, este encuentro, no debería haber sucedido.

Se me contrae el pecho y siento que las paredes del bar me aprisionan.

— ¿Estás diciendo que te arrepientes de haberme conocido?

— Sí. — Se pone en pie y veo claramente el tormento en sus ojos. — Olvídame, Vincent. Y olvida todo lo que pasó entre nosotros.

Capítulo X

Isabella

— A ver si lo he entendido bien, ¿se ha enterado de tu deuda con Elio Valentes y le has pedido que te olvide? — pregunta Naomi, paseándose por mi sala con incredulidad. — Eso ni siquiera tiene sentido.

Me encontré llorando en el sofá hace una hora y, tras minutos de implacable interrogatorio, finalmente me sinceré con ella y me alegro de haberlo hecho.

El peso de todo esto ha sido demasiado y tengo la sensación de que habría explotado si no hubiera compartido con ella lo que me preocupaba. Como era de esperar, no me juzgó, pero le cuesta entender el hecho de que haya rechazado la ayuda de Vincent.

Y eso es porque aún no conoce toda la verdad.

Voy a traicionar a Vincent. Voy a entregarlo para recuperar a mi Nana y necesito alejarlo para que no le duela demasiado cuando se entere de todo. Decidí omitir esa parte de la información porque no quiero que Naomi se meta en problemas por mi culpa.

Elio no es el único problema que tengo. Cuando Vincent se entere de mi traición, supongo que sus hermanos también van a involucrarse. No sé mucho sobre ellos, aparte del hecho de que el mayor, Dominic Romano, es brutal y aterrador. También he oído que el segundo hermano es igual de cruel.

Vendrán por mí y saldré huyendo, y no puedo arrastrar a Naomi conmigo.

— No hay nada que entender, Naomi. — Me envuelvo en la manta y me hago un ovillo en el sofá. — Los hombres como Vincent te hacen un favor y luego se creen tus dueños.

Naomi deja de pasearse y se acurruca a mi lado. — Sabes que eso no es verdad. Vincent no es ese tipo de hombre, y digamos que lo es, ¿qué hay de malo en que seas suya?

Absolutamente nada. No me importaría si no tuviera que ser la perdición en su vida.

— Todo. No me gusta.

— Permitiste que te cogiera. — Lo dice como si fuera una acusación.

Niego con la cabeza. — Sí, pero eso fue solo porque estaba excitada y estábamos encerrados juntos en un almacén. No significa que me sienta atraída por él.

— No permitirías que te tocara si no te sintieras atraída por él.

Me ha atrapado, pero admitirlo es lo último que haré. — Por favor. Basta de Vincent. Necesito pensar en cómo recuperar a mi Nana.

— El dinero que le debes a Elio equivale a doscientos mil dólares. ¿Cómo demonios vas a conseguir tanto dinero? Eso es lo que ganamos en cuatro años.

Me muerdo las uñas, me duele la cabeza con todos los pensamientos que se arremolinan en ella. Para Elio, recuperar su dinero no es tan importante como el hecho de torturarme por el pecado de mi hermano.

— Encontraré la manera.

— La manera es un italiano rico de metro ochenta que está locamente enamorado de ti y que está dispuesto a ayudarte. — Apoya la espalda en el sofá. — Creo que deberías aceptar su oferta antes de que sea demasiado tarde.

— Eso no va a pasar. — Mi estómago gruñe.

No tengo ganas de comer, pero necesito mantenerme con vida, es la única forma de traer a mi Nana de vuelta sana y salva.

— ¿Puedes prepararnos algo de comer si ya has terminado de intentar convencerme?

Naomi sisea entre dientes. — Estoy lejos de terminar, pero claro, prepararé algo de comer. — Se pone de pie. — ¿Tienes pollo?

— En la nevera — respondo.

— Prepararé puré de patatas y pechuga de pollo asada. — Desaparece hacia la cocina y me quedo con mis pensamientos.

Mientras Naomi se afana en la cocina, el aroma del pollo asado empieza a llenar el aire. No puedo evitar sentir una punzada de culpabilidad por haberla metido en mi lío. Ha sido mi roca en las buenas y en las malas, y ahora la estoy cargando con el peso de mis secretos y me preocupa mucho su seguridad.

Tal vez debería alejarme de ella hasta que todo esto termine, pero Naomi nunca lo permitiría y tampoco podría sobrevivir ni un día sin ella. Ella es todo lo que tengo ahora.

Obligo a mi cuerpo a levantarse del sofá y me reúno con ella en la cocina, apoyándome en la encimera blanca.

Mientras hierven las patatas, Naomi se pone a mi lado, con cara de preocupación.

— Isabella, sé que intentas no estar en deuda con nadie, pero no puedes manejar todo esto tú sola. Puede que Vincent no sea perfecto, pero se preocupa verdaderamente por ti y, por lo que veo, es mucho menos peligroso que Elio.

La miro, luchando contra las lágrimas que me nublan la visión. — No lo entiendes, Naomi. Y no tienes por qué hacerlo. Este es mi desastre, y lo limpiaré sola.

Suspira, echando los hombros hacia atrás. — Pero no estás sola, Isabella. Estoy aquí para ti. Y por mucho que quieras alejar a Vincent, no puedes negar que te está ofreciendo una salida. Doscientos mil dólares no es algo que se consiga fácilmente.

Bajo la mirada, sintiendo el peso de la verdad en sus palabras.

— No quiero sentir que le debo algo.

La sinceridad en los ojos de Naomi suaviza sus rasgos. — Lo entiendo, pero a veces tenemos que tomar decisiones difíciles por uno mismo y por los que amamos. Esto no se trata solo de ti, tu Nana también está involucrada. Si Vincent está dispuesto a ayudar, tal vez deberías considerarlo. Antes de que pueda responder, mi teléfono suena con un mensaje.

Naomi mira la pantalla y enarca una ceja. — ¿Lo abro?

Asiento con la cabeza.

Se acerca a la isla, toma mi teléfono y lo revisa. Noto un cambio repentino en su expresión.

— ¿Quién es? — le pregunto.

— Elio. — Traga saliva. — Es un número privado, pero su nombre está escrito al final del texto.

Mi corazón se acelera, la ansiedad se anuda en mi estómago. — ¿Qué dice?

Lee el mensaje en voz alta. — Isabella, parece que tienes compañía. Qué pena. Pero necesitamos hablar ahora mismo y esto no puede esperar.

El pánico me invade. — ¿Qué quiere decir con que necesitamos hablar ahora mismo? — Le arrebató el teléfono a Naomi y mis ojos se abren de par en par al leer el mensaje. — ¿Quiere decir... que me está vigilando en este preciso momento?

Suena el timbre y todo mi cuerpo empieza a temblar.

— Voy a abrir la puerta. — Naomi empieza a irse antes de que pueda llamarla de nuevo.

No puedo dejar que abra la puerta. Es imposible, pero existe la posibilidad de que Elio esté al otro lado de la puerta y no puedo arriesgarme a que se involucre en este asunto.

Me apresuro hacia ella y le agarro la muñeca. — Yo abriré la puerta. No salgas pase lo que pase.

— Si es quien creo que es, entonces no puedo dejar que te enfrentes a él sola — argumenta

Naomi. — ¿Y si te hace daño?

— No me hará daño. — Aprieto mi mano alrededor de la suya. — Pero, a ti, si te hará daño si siente que eres una amenaza para él.

Ella asiente a regañadientes. — ¿Puedo al menos llamar a la policía si algo sucede?

— No. Nada de policías. Casi todos trabajan para él. — Me tiemblan las piernas cuando atravieso la sala y abro la puerta.

— *Ciao, ragazza* — me saluda desde fuera.

El corazón me palpita en el pecho y se me hiela la sangre. Reconozco esa voz y... su rostro aparece.

Elio Valentes.

Hay siete hombres con trajes negros delante de mi puerta, pero sé cuál de ellos es él. Es alto y perversamente guapo, sus rasgos italianos son gallardos y más llamativos que los americanos. Es alto, de ojos oscuros y cabello rizado que le cae sobre la cara.

Me llama la atención la cicatriz que cruza uno de sus ojos. Es llamativa y lo hace aún más aterrador, más monstruoso de lo que imaginaba.

Instintivamente doy un paso hacia atrás cuando él y sus hombres entran y cierran la puerta tras de sí.

Elio se toma un momento para mirar a su alrededor, con una oscura sonrisa en el rostro.

Inhalo, tratando de reunir palabras, coraje, lo que sea. — ¿Qué quieres?

— Ya te lo he dicho antes, ¿cierto? Soy el único que puede hacer preguntas. — Se sienta en uno de los sofás y me hace un gesto para que me siente también, como si fuera el dueño del lugar y yo el invitado inesperado. — Veo que estás haciendo un buen trabajo con Vincent, dado que el chico que es incapaz de controlar su hombría te ha invitado a salir.

A pesar de mí misma, a pesar de mi miedo, soy capaz de ponerme una máscara audaz. Si Elio descubre cuánto miedo le tengo, lo aprovechará aún más.

— ¿Cuánto tiempo llevas espíandome?

— Yo no, pero mis hombres sí. — Mira a los guardaespaldas que le rodean con una sonrisa de suficiencia. — Tenían que mantenerte a raya, asegurarse de que no intentarás traicionarme. No tienes ningún problema con eso, ¿verdad?

Me meto las manos sudorosas y frías en la camiseta extragrande que llevo puesta.

— Tienes a mi Nana, jamás te traicionaría.

Se inclina hacia delante, apoyando la cabeza en la mano. — ¿Quieres que confíe en ti? Mi tío confió en mí y ¿adivina dónde está? Muerto. La confianza no existe en mi mundo.

Estoy muy cerca de perder el autocontrol y decirle que no soy un canalla como él capaz de traicionar a alguien, pero estoy traicionando a Vincent. Así que, en el fondo, no soy tan diferente del propio Elio.

— Tienes a mi Nana, ella es lo único que me importa y no te traicionaré mientras esté bajo tu cuidado. — Resoplo, luchando contra las lágrimas calientes. — Pero ¿cómo sé que realmente la dejarás ir después de que todo esto termine?

Se ríe sombríamente, sus ojos brillan con vil diversión. — No hay forma de que lo sepas, *ragazza*. Tendrás que creer en mi palabra, aunque si te soy sincero, que tú y tu Nana salgan con vida depende de mi humor cuando todo esto acabe.

No me extrañaría que un hombre como Elio nos matara a las dos después de salirse con la suya, pero tiene razón, no podré saberlo. Lo único que puedo hacer es confiar ciegamente en él.

Mis manos se cierran en puños. Quiero clavarle un cuchillo en el ojo bueno y verlo sangrar, no sé cómo, pero lo haré si le hace daño a mi Nana.

No me doy cuenta de que le estoy fulminando con la mirada hasta que me pregunta.

— ¿Me odias? ¿Sientes que todo esto es injusto para ti?

— ¿No tengo derecho a sentirme así?

— No lo tienes. Odia a tu hermano, él te metió en toda esta situación.

— ¿Odiar a mi hermano? — Me limpio el sudor de la frente y suelto una carcajada maníaca. — ¿Cómo voy a odiarlo si lo mataste? ¿Acaso su vida no es suficiente para pagar la deuda?

Elio asiente. Dos de sus guardaespaldas se adelantan, me agarran por los brazos y me arrojan a sus pies como si no valiera nada. Espero que todo esto acabe ahí, pero se dirigen a la cocina y, cuando vuelven, tienen a Naomi retenida.

Sacudo la cabeza y se me saltan las lágrimas. — No, por favor. No le hagas daño, ella no tiene nada que ver con esto.

Elio se reclina hacia delante y me sujeta la mandíbula. Su agarre es tan fuerte que siento que el cráneo se me va a romper en cualquier momento.

— Ni por un momento pienses que te dejo vivir porque tu miserable vida tiene algún valor. Te mataría a ti, a tu Nana, que de todas formas está a un palmo de la tumba, y a esa zorra a la que llamas tu mejor amiga, y sus vidas no valdrían nada. Tienes dos meses para guiar a Vincent hacia mí.

— ¿Cómo? — Me tiembla la voz. — ¿Cómo lo hago?

Me mira como si acabara de hacer la pregunta más estúpida del mundo. — Supongo que tu cuerpo al menos sirve para algo, parece que ya le estás dando un buen uso.

— Vincent me ha descubierto. — Hago una pausa, esforzándome por no ahogarme con las lágrimas. — Él... ¿qué pasa si se entera?

— De ti depende que no se entere. — Me aparta de un empujón y se limpia la mano en un pañuelo que le tiende uno de sus guardaespaldas, como si yo fuera repugnante y una inmundicia de la que quiere deshacerse. — Recuerda, un error y esa cosa vieja se muere.

La rabia me invade. Acaba de llamar cosa a mi Nana. Acaba de hablar de ella como si fuera un objeto insignificante. Lo odio. Odio tanto a Elio que no dudaría en matarlo si tuviera la oportunidad. Bastardos como él deberían pudrirse en el infierno y no vagar entre nosotros.

— Lo sé. ¿Cómo está mi Nana? ¿Puedo al menos hablar con ella?

— ¿Por qué debería permitirlo?

— Solo quiero asegurarme de que está viva. Quiero asegurarme de que está bien.

Elio se ríe, la maldad de su tono resuena en la habitación. — Temes que la haya matado y que lo oculto para utilizarte.

Me atrevo a asentir.

Saca el teléfono del bolsillo del pecho de su traje.

El teléfono suena un segundo y alguien responde. — Jefe.

— ¿Dónde está la vieja bruja? — pregunta Elio.

— Aquí, jefe — responde la voz al otro lado de la línea. — ¿La pongo al teléfono?

Elio asiente. Otro de sus guardaespaldas le quita el teléfono y me pone la pantalla delante de la cara.

Mi corazón se llena de tristeza cuando veo a mi Nana, su cabello gris, sus ojos casi grises y lo frágil que parece mientras me sonrío.

— Bella.

— Nana. — Me limpio rápidamente la cara con el dorso de la mano.

Mi abuela tiene ochenta y siete años y padece de Alzheimer. No sabe lo que está pasando. De hecho, soy la única persona a la que recuerda, así que no puedo llorar delante de ella.

— ¿Cómo estás?
— Bella. — Repite mi nombre como si fuera una hermosa canción.
Todos me llaman Isa, pero solo mi abuela y mi padre me han llamado *Bella*.
— Eres preciosa. — Se ríe. — Extraño ver tu hermoso rostro.
— Yo también te extraño, Nana.
— ¿Estás triste porque me echabas de menos? — Su sonrisa decae y frunce el ceño. — Eres más hermosa cuando sonríes.
Me fuerzo a sonreír. — No estoy triste, Nana. Estoy contenta porque puedo volver a hablar contigo.
Nana quiere decir algo, pero Elio suspira. — Está bien, suficiente de tiempo en familia.
Se levanta y el guardaespaldas termina la llamada. — Recuerda, solo tienes dos meses.

Capítulo XI

Isabella

Ha pasado una hora desde que Elio y sus hombres se fueron. Sigo sentada en el suelo de la sala, mirando fijamente hacia la puerta como si Elio fuera a irrumpir de nuevo en cualquier momento. Mi cerebro aún está intentando procesar todo lo que ha pasado, la amenaza de Elio, mi Nana y el hecho de haber puesto en peligro la vida de Naomi. Nunca me lo perdonaría si algo llegara a pasarle.

Naomi entra en la sala con dos tazas de café. Esperaba que saliera corriendo después de que Elio se fuera, pero sigue aquí, intentando calmarme.

— Aquí tienes. — Me toma la mano y me pone una taza de café. — Necesitas algo caliente para calmar los nervios.

— Gracias. — Tomo un sorbo de café, dejando que el sabor amargo se me quede en la lengua antes de tragar.

— ¿Qué piensas hacer ahora? — pregunta Naomi.

La veo mirarme por rabillo del ojo, su cara está marcada por la preocupación.

— No estarás planeando hacer lo que dijo Elio, ¿verdad?

— No tengo elección. — Es Vincent o mi Nana.

No estoy segura de poder soportar si algo le pasa a mi Nana. Ella es demasiado vieja y frágil para todo esto. Está viviendo con el enemigo, pero ni siquiera lo sabe y me da mucha pena que tenga que pasar por todo esto.

Naomi me pone una mano tranquilizadora en el hombro. — Tienes elección, Isa. Siempre la has tenido.

— ¿Qué otra opción tengo? — Las lágrimas caen en cascada por mi cara y mi estómago se retuerce en un nudo doloroso. — ¿Dejar que mate a mi abuela? ¿Llamar a la policía?

— No. He oído que los Romano le siguen la pista. Mató a sus padres y lleva un año escondido.

— Se muerde el labio inferior. — Tal vez Vincent pueda ayudarte si te sinceras con él.

Ella no lo entiende. No entiende lo arriesgado que es traicionar a Elio. Tal vez Vincent pueda ayudarme, pero mi Nana no será más que un cadáver para cuando los Romano sepan dónde se esconde Elio.

— Nadie puede ayudarme, pero yo sí puedo ayudar a mi Nana.

— Isa...

Levanto una mano para detenerla antes de que intente convencerme más de lo que ya lo ha

intentado.

— Por favor, déjame hacerlo. Sabes que no puedo vivir sin mi abuela. Ella es todo lo que tengo. Naomi me toma la mano y me la aprieta. — También me tienes a mí, Isa. Te juro que no me iré de tu lado, prefiero morir antes que abandonarte.

— Gracias.

— Entonces, ¿cómo vas a llevar a Vincent hasta Elio? — pregunta ella. — Dijiste que te estaba investigando, ¿no crees que lo descubrirá pronto?

— Necesito acercarme a su familia y no puedo dejar que sospeche nada. — Pienso un momento.

— Puedo hacerle creer que acepto su ayuda.

— Nena, ¿has considerado el hecho de que traicionar a Vincent tampoco es una buena opción?

— Mi mejor amiga envuelve sus manos alrededor de su taza de café. — Sus hermanos no te lo pondrán fácil si él resulta lastimado. Puede que le gustes a Vincent y que no esté dispuesto a hacerte daño, pero no puedo decir lo mismo de sus hermanos.

Asiento con la cabeza. — Lo sé.

Ella levanta una ceja. — ¿Y aún así estás dispuesta a hacerlo?

Los ojos de Naomi buscan los míos, llenos de preocupación e incredulidad. Percibo la preocupación que irradia, pero no puedo dejar que me influya. La habitación es sofocante, el peso de mis decisiones me presiona, pero sé que debo hacer lo necesario.

Por mí, y por mi abuela.

— Sí — admito, con la voz apenas por encima de un susurro. — Tengo que hacerlo, Naomi. Es la única manera de garantizar la seguridad de mi Nana. Vincent puede ser un buen hombre, pero Elio... es un monstruo. No puedo arriesgar la vida de mi Nana solo por la posibilidad de que Vincent pueda ayudarme.

Naomi sacude la cabeza, la frustración es evidente en sus ojos. — Isabella, estás jugando con tu propio bienestar. ¿Y si Vincent se entera? ¿Y si sus hermanos deciden vengarse? Este es un juego peligroso, y no quiero que salgas herida.

Respiro hondo, intentando calmar la tormenta de emociones que llevo dentro. — Ya te lo he dicho, conozco los riesgos. Sé en lo que me estoy metiendo. Pero no podría vivir conmigo misma si algo le pasara a mi abuela. No dejaré que pague por los errores de mi hermano.

— Tú tampoco deberías pagar por los errores de tu hermano — replica ella. — Aún eres joven. Tienes toda una vida por delante.

— Toda mi vida estaría llena de culpa y arrepentimiento si no intento salvar a la única familia que me queda.

El silencio entre nosotras es pesado, cada segundo que pasa mientras nos enfrentamos a la dura realidad de las opciones que tengo ante mí. Puedo ver la preocupación grabada en el rostro de Naomi, la lucha interna reflejada en sus ojos.

— Isa... — habla finalmente Naomi, con un tono suave pero desesperado. — Tiene que haber otra manera. Podemos pensar en algo, desenmascarar a Elio sin ponerte en peligro. No tienes que hacer esto sola.

La miro y, por un momento, la tristeza de sus ojos marrones me hace vacilar. Pero no puedo tener dudas, no ahora. No con todo lo que está en riesgo.

— Naomi, aprecio tu preocupación. De verdad. Pero no puedo arriesgarme. No puedo arriesgar la vida de mi Nana en base a incertidumbres y posibilidades. Elio es despiadado, y necesito una garantía de que mi Nana estará a salvo. Y esta es la única manera.

Naomi aparta la mirada, con la frustración grabada en el rostro. — Prométeme que tendrás cuidado, Isa. Prométeme que no harás ninguna estupidez.

— Lo prometo — respondo, aunque sé que no podré cumplir mi promesa.
Estoy desesperada y haré todo lo que haga falta. Literalmente cualquier cosa para traer a mi Nana de vuelta a casa.
Ambas sorbemos en silencio nuestro café.
— ¿Cuál es tu plan A? — pregunta Naomi.
— Necesito tomarme unos días libres en el hospital.
Su cabeza gira en mi dirección. — ¿Qué piensas hacer en esos pocos días?
— Necesito encontrar la manera de conocer a los hermanos de Vincent. — Dejo escapar un suspiro exasperado. — Si puedo conocerlos, tal vez pueda hacer que confíen en mí.
Ella resopla. — Sé que estás desesperada, pero no seas ilusa. Los hermanos de Vincent no se parecen en nada a él, dan incluso más miedo que Elio. Nunca confiarán en ti.
— Entonces sus esposas, he oído que están casados. Tal vez pueda... — Me corta antes de que pueda terminar.
— Tienes más posibilidades de acercarte a los hermanos que a sus esposas. — Deja el café. — El hermano mayor, Dominic, su mujer es la directora ejecutiva de una empresa multimillonaria de productos para bebés. El hermano del medio, Marcus, su mujer es una ex detective y ahora dirige una galería de arte. Es la detective que atrapó al antiguo jefe de la Camorra. Te descubrirá antes de que tengas una posibilidad.
— Me arriesgaré con los hermanos y sus esposas. La de la galería de arte parece una buena opción.
— Estás jugando con fuego, pero si te sirve de ayuda, sé cómo puedes reunirte con los hermanos Romano. — Me guiña un ojo. — Es una de las ventajas de salir de fiesta todos los viernes. Conoces gente y también oyes hablar de la gente.
No me interesa salir de fiesta los viernes, pero estoy desesperada por la información que tiene.
— ¿Cómo?
— Los hermanos se reúnen en uno de sus clubes en Hell's Kitchen todos los viernes por la noche.
Sonrío. — ¿Hasta qué punto son accesibles al público?
— Todo el lugar suele estar repleto de seguridad. Tenemos que idear una forma de que se fijen en ti. — Sus ojos se cruzan con los míos y espero que no esté pensando lo que creo que está a punto de decir.
Levanta la mano. — No, eso no. Nunca te sugeriría que intentaras seducirlos. Además, todos son fieles a sus esposas, no tendrías ninguna posibilidad, aunque lo intentaras.
No iba a intentarlo.
Desde aquella noche en el almacén con Vincent, desde la noche en que me besó y que tuvimos sexo, estoy segura de que me daría asco que cualquier otro hombre me pusiera una mano encima.
Vincent.
Mi corazón se hunde y una ola de melancolía me golpea. No puedo creer que esté haciendo esto, no puedo creer que tenga que entregarlo a su enemigo.
Cierro los ojos y su imagen parpadea tras mis párpados. Imagino esos ojos azules no coqueteando ni sonriéndome, sino oscureciéndose por mi traición y con dolor. La idea de que algún día me mirará únicamente con odio en los ojos; me recorre el pecho como un alambre de púas. Odio mi suerte. Odio estar enredada en este lío que no he creado. Abro los ojos, la oscuridad sustituida por la cruda realidad de mi decisión. Tengo que ser egoísta si quiero tener suerte para escapar de este lío.
La mirada traviesa de Naomi no se corresponde con el peso de las emociones que me agobian.

Así que apunto primero a los hermanos. Este plan es arriesgado, pero es el único salvavidas que tengo para mi abuela y para mí.

— Bien, Naomi. Dime cómo podemos entrar en ese club y asegurarnos de que se fijen en mí sin recurrir a la seducción — digo, con interés a pesar de la inquietud que golpea mi cerebro.

Naomi sonríe, su mente ya está maquinando un plan. — Primero, tenemos que reunir información sobre la mafia. Para empezar, hay que saber qué puede interesarles para querer tener una conversación contigo.

Asiento con la cabeza. — ¿Qué sabes del club?

— Está en Hell's Kitchen — responde ella. — Allí conocerás a todo tipo de criminales ricos y a narcos.

— Perfecto. Pero no voy allí por los otros criminales y narcos.

— No, no vas. Solo es un comentario. — Naomi sonríe, sus ojos brillan con picardía. — Pero no deberías bajar la guardia. Porque si sospechan algo, estás muerta.

Pongo los ojos en blanco. — Pensaba que la Cosa Nostra no hacía daño a las mujeres.

— No, no lo hacen. No sin una buena razón. — Bebe un poco de café. — Pero si creen que eres peligrosa, te torturarán hasta sacarte la verdad.

El terror me recorre la espalda. Eso es algo que no quiero contemplar.

— Ahora, una vez dentro, tienes que pasar desapercibida. Busca una oportunidad para captar su atención sin levantar sospechas. Puede ser una pista de baile abarrotada o un rincón más tranquilo donde estén conversando. Evalúa la situación y actúa en consecuencia — aconseja Naomi, con los ojos entrecerrados por la concentración.

— Algo sutil, pero notable. Entendido — repito, imaginándome a mí misma recorriendo el abarrotado club con cautelosa elegancia.

La adrenalina llena mis venas. Desde siempre, la adrenalina me ha dado subidones.

— Y no olvides que estás ahí por una razón. Muéstrate confiada, pero no demasiado efusiva. Debes parecer relajada — añade Naomi. — Además, no te vistas como si fueras una puta que ha salido en busca de sexo por dinero.

— Entonces, ¿debo vestirme como una puta responsable?

Naomi se ríe y me pellizca las costillas. — No, tonta. Vístete con clase, pero lo suficientemente sexy como para no llamar la atención. Tienes que parecer segura de ti misma, como he dicho, y simpática.

— Confianza sin arrogancia. Puedo hacerlo — le aseguro, asimilando los matices de mi papel.

— Entendido.

— Por último, sé muy observadora. Observa sus interacciones, toma nota de cualquier vulnerabilidad o debilidad. La información es poder en este mundo, Isa. Cuanta más información recopilas, mejor posicionada estarás — concluye Naomi, con tono serio. — Estoy segura de que encontrarás algo sobre ellos que a Elio le resulte útil.

Asiento, agradecida por su orientación. — Observar, reunir información. No dejaré que nada se escape.

Naomi se echa hacia atrás, con una sonrisa de satisfacción en la cara. — Aprendes rápido, Isa. Solo recuerda, este plan es un paseo por la cuerda floja. Un paso en falso y todo se viene abajo. Tienes que mantenerte alerta.

— Lo haré — le aseguro, y luego entrecierro los ojos mirándola. — Sabes... sueñas como si hubieras hecho algo así antes. Si no te conociera desde que éramos unas niñas, juraría que trabajas para el FBI.

Ella suspira. — Ojalá, ese es el tipo de habilidad que adquieres viendo *Alias* la mayor parte de tu

infancia. — Su sonrisa cae. — ¿Cómo vas a manejar a Vincent? Sospechará y dudo que le guste que te acerques así a su familia.

Miro a mi mejor amiga. — Como dijo Elio, mi cuerpo puede ser bastante útil cuando se trata de Vincent.

Capítulo XII

Vincent

Esta noche es la habitual reunión de los hermanos Romano. Estoy en el club de Hell's Kitchen, distraído mirando a una stripper mientras doy vueltas a mi vaso de whisky.

Han pasado unos días desde la última vez que vi a Isabella. No estaba en el hospital cuando fui a verla ayer y tampoco hoy. Naomi me dijo que se había tomado la semana libre. Por supuesto, mi primer pensamiento fue visitar a Isabella en su apartamento, pero no había señales de vida cuando fui allí. Ni siquiera respondió a mis llamadas.

— ¿Qué tienes en mente, muchacho? — pregunta Marcus.

Lleva un par de minutos contestando llamadas sobre el envío que debe llegar esta noche a uno de los almacenes.

— Muchas cosas. — Exhalo un suspiro y miro el líquido dorado de mi vaso.

El alcohol es algo a lo que recurrir en días como este, pero esta noche ni siquiera eso me apetece. Mi mente está demasiado ocupada y perturbada para beber.

— Estás pensando en esa mujer otra vez — afirma Dominic, fulminándome con la mirada. — Ya es hora de que empieces a pensar en cosas importantes.

— ¿Cosas como qué? ¿El derramamiento de sangre? — pregunto enfadado.

Estoy harto de que mis hermanos intenten meterme esto de la mafia todo el tiempo. Que acabe convirtiéndome en un hombre hecho o no depende de mí. No creo que comprendan de que soy capaz de tomar mis propias decisiones.

Dominic ladea la cabeza. — Piensa en cualquier cosa menos en esa mujer. Ella no es buena para ti.

— ¿Pero Elena es buena para ti y Jane es buena para Marcus? — Oscilo la mirada entre mis hermanos. — Hermanos, tienen que darme un respiro, dejen de actuar como si los dos no fueran unos dominados.

— Deja de hacer berrinches como un maldito adolescente — dice Marcus, con el ceño fruncido.

— Estoy harto de aguantar tus estupideces. Y Dominic tiene razón, tienes que poner tu trasero a trabajar y dejar de pensar en esa mujer.

Pongo los ojos en blanco, irritado por sus constantes intentos de dictaminar mi vida.

— Actúan como si pudiera pulsar un interruptor y olvidarme de ella. No es tan sencillo.

Dominic se inclina y suelta un gruñido bajo. — Vincent, estás jugando con fuego. Elio es peligroso, y si te involucras con Isabella, nos arrastrarás a todos a una guerra sin que estemos preparados para ella.

Aprieto la mandíbula, reprimiendo la frustración que bulle en mi interior. — Puedo arreglármelas solo, y no voy a arrastrar a nadie a nada. Fuiste a la guerra por Elena y Jane, deberías plantearte en tener esa misma energía cuando se trata de la mujer que me importa.

Marcus se burla, sacudiendo la cabeza. — ¿Qué te importa? Vincent, la mujer que te importa está enredada con el hombre que mató a nuestros padres. Estás dejando que tus emociones nublen tu juicio.

— Me importa una mierda que esté involucrada con Elio. No es culpa suya — replico, con un tono más agudo de lo que pretendía. — Y no se trata solo de Isabella. Se trata de que yo tome las decisiones sobre mi maldita vida.

Dominic estrecha los ojos hacia mí, la intensidad de su mirada es inquebrantable.

— Somos tus hermanos, Vincent. Hemos estado juntos en las buenas y en las malas. No queremos que te hagan daño, en especial por causa de una mujer. No puedes confiar en nadie. Me bebo el resto del whisky de un trago, el ardor que me recorre la garganta me distrae momentáneamente.

— Agradezco tu preocupación, pero sé lo que hago.

La conversación se interrumpe cuando estalla una conmoción al otro lado del club. La gente grita y el ambiente se vuelve tenso. Mis hermanos y yo intercambiamos una rápida mirada antes de dirigirnos en dirección al alboroto.

Al acercarnos, vemos a un grupo de individuos enzarzados en una acalorada discusión. Los guardias intentan intervenir, pero está claro que pronto empezarán a volar los puños. El caos parece haber atraído la atención de todos en el club.

Marcus cruje los nudillos. — No he venido aquí para esta mierda, pero no tendré ningún problema en desatar mi ira sobre estos idiotas.

Pero mis piernas se detienen bruscamente cuando un par de ojos marrones se cruzan con los míos. — ¿Isabella?

Marcus me mira. — ¿Y ahora qué?

— Isabella. — Ella está en medio del caos, y uno de los chicos tiene su mano alrededor de su puño.

La ira me quema por dentro y mis manos se cierran en puños. Me pongo delante de ella antes de darme cuenta. Volteo hacia el tipo y espero que vea la furia en mis ojos.

— Quítale las manos de encima o no tendrás manos para sujetar a nadie más.

El tipo no suelta a Isabella.

Me empuja el pecho con una mano. — ¿Qué demonios vas a hacer, pegarme?

Los otros chicos empiezan a reírse y un rayo de ira recorre mis venas. Se van a arrepentir de haberse reído de mí.

Agarro al tipo que sujeta a Isabella, le retuerzo la mano hacia atrás hasta que gime como un perro adolorido. El crujido de sus huesos me repugna.

Qué debilucho.

— ¿Quieres saber lo que haré? — Le retuerzo aún más la mano, saboreando el sonido de sus gritos.

— Lo siento, amigo. — Su mano suelta la de Isabella. — Lo siento, ¿de acuerdo?

El otro da un paso adelante, pero uno de ellos murmura.

— Es Vincent Romano. — Cada uno de ellos da un paso atrás, temblando de miedo.

— Lo siento, no sabía que ella era...

— No hace falta que sea mi mujer para que la respetes — le digo, interrumpiéndolo antes de que pueda terminar de soltar su endeble excusa. — La próxima vez que te sorprenda acosando a una mujer será la última vez que tendrás tus pelotas. ¿Lo has entendido?

— Sí, sí, lo he entendido.

— Bien. — Liberándolo, lo empujo hacia sus amigos. — Ahora salgan de aquí, todos ustedes.

En menos de un segundo, los cuatro están a mitad de camino del club, dirigiéndose a la salida.

Arrastro mi atención hacia Isabella y el corazón se me agita en el pecho. El vestido negro que lleva es de una belleza sobrenatural. Se ha soltado el cabello esta noche y los ventiladores que traen aire fresco al club hacen que vuele sobre su rostro.

— Estás deslumbrante — me oigo murmurar.

Entrecierra los ojos y sonrío. — ¿Qué?

— Estás deslumbrante — le repito.

Por primera vez en un par de días, puedo respirar libremente sabiendo que está a salvo.

— ¿Qué haces aquí?

Se lleva el cabello detrás de la oreja. — Bueno, me cansé de quedarme en casa y salí a divertirme. ¿Qué haces tú aquí?

— Estoy bebiendo con mis hermanos. — No me gusta cómo se le ilumina la cara cuando menciono a mis hermanos, así que me veo en la obligación de recordarle. — Ellos están casados. Se ríe entre dientes. — ¿Estás celoso? ¿Crees que intentaría seducir a tus hermanos?

Me mofo. — Sí, estoy jodidamente celoso. — La engullo de pies a cabeza. — Tan celoso de que otros hombres puedan ver lo guapa que estás con ese vestido.

Mi hombría se estremece dolorosamente. Me encanta la forma en que el vestido se ciñe a sus curvas y la suave insinuación del escote. Parece una maldita diosa.

— ¿Qué tal si mejor vamos a otro sitio? — le sugiero.

Hace días que no la veo y me gustaría tenerla solo para mí. Y a mis hermanos no les hará ninguna gracia verla, no después de que hayamos pasado los últimos minutos discutiendo por causa de ella.

No son ellos los que me preocupan. No quiero que digan algo que la moleste.

— No. — Pasa por delante de mí hacia la barra y se sienta en uno de los taburetes.

No tengo más remedio que sentarme a su lado, mirando a mis hermanos como advertencia para que no nos molesten ni hagan alguna tontería.

— ¿Qué desea tomar, señorita? — pregunta el camarero, con su marcado acento italiano.

— Algo fuerte. Esta noche quiero emborracharme — dice.

Se remueve en su asiento y sonríe a mis hermanos. — ¿Son tus hermanos?

— Lo son.

El camarero le pasa una copa y ella dice «*Gracias*». — Lástima que me haya tocado con el menos guapo — bromea. — No me lo tomes a mal, no me gustas tanto.

Me sujeto el pecho, fingiendo que sufro. — Qué pena, yo que pensaba que te gustaba tanto como tú a mí.

— Sigue soñando. — Da un sorbo a su bebida y frunce las cejas perfectamente arqueadas. — ¿Vas a tomar algo o qué? Es aburrido beber sola.

Me río ante su respuesta y levanto la mano para llamar al camarero. — Lo de siempre. — Mientras me prepara la bebida, me dirijo a Isabella. — ¿Dónde te habías metido? No respondiste a ninguna de mis llamadas.

— ¿Podemos no hablar de mí esta noche? Solo quiero divertirme.

Intuyo que algo no está bien, pero respeto su deseo de no querer hablar de ello. Puedo averiguarlo en otro momento.

— ¿Qué tan bien puedes soportar el alcohol?

— Bebo mejor que André el Gigante — presume, sonriendo.

— Entonces, ¿estás lista para un desafío?

Levanta una ceja, dando un sorbo a su bebida. — Un desafío, ¿eh? ¿Seguro que quieres hacerlo, Romano?

Igualo su mirada, el aire entre nosotros cargado de una energía magnética. — Oh, no solo me gustan los desafíos. Me encantan. Especialmente cuando se trata de alguien tan interesante como tú.

Isabella sonríe, con un brillo divertido en los ojos. — Yo también te encuentro interesante, Vincent. Pero que no se te suba a la cabeza.

Me golpeo el pecho dramáticamente, fingiendo estar ofendido. — ¿Por qué, Isabella, insinúas

que tengo un gran ego?

Se ríe, el sonido es como música en medio del vibrante ambiente del club. — Tal vez solo un poco.

— Bueno, para tu fortuna, me han dicho que soy muy humilde. — Le guiño un ojo.

Me gusta la fluidez de nuestra conversación y cómo está cargada de energía. Es la primera vez que veo su lado alegre y despreocupado.

Inclina la cabeza, siguiéndome el juego. — Humilde y guapo, qué combinación.

Me inclino aún más cerca, nuestras caras a centímetros de distancia. — Olvidaste... encantador. Es la triple combinación de los Romano.

Isabella sonríe, sus ojos centellean. — Ya veo. Coquetear es tu especialidad, ¿no es así, Vincent?

Asiento con la cabeza, dando un sorbo a mi whisky. — Entre otras cosas.

La comisura de sus labios se tuerce. — ¿Te importaría detallar en qué otras cosas eres bueno? Además de hacer que el corazón de una mujer lata así de rápido.

Me inclino hacia atrás, adoptando una expresión pensativa. — Bueno, para empezar, soy excepcionalmente bueno poniendo una sonrisa en tu bonita cara. Y, por supuesto, soy bueno adorando la forma en que sonríes.

Arquea una ceja y se sonroja. — ¿Te gusta cómo sonrío?

Me encojo de hombros con indiferencia. — Me encanta todo de usted, Srta. Sullivan. Todo. — Trago saliva cuando se lleva el borde del vaso a los labios. — ¿Tal vez me creas si te beso?

Isabella suelta una carcajada contagiosa. — Tranquilo, Romano. Tranquilo. Esa es una forma loca de conseguir que una chica te bese.

— ¿Lo es? — Acerco mi cara a la suya. — Porque realmente quiero besarte ahora mismo.

El aire se tensa a nuestro alrededor, la música se desvanece, la multitud desaparece, como si hubiéramos sido absorbidos por un mundo en el que solo existiéramos nosotros dos y el resto no importara.

A Isabella se le corta la respiración y se relame los labios. — ¿Es malo que yo también quiera besarte?

— ¿Qué tal si nos vamos afuera?

— No tengo ningún inconveniente.

En cuestión de minutos, estamos en el aparcamiento. Apoya la espalda en mi Lamborghini blanco y aprieto mi cuerpo contra el suyo, con mi erección rozándola.

Jadea cuando le sujeto las manos a los costados y me acerco, sus ojos buscan los míos, su cuerpo se tensa y suplica.

— Bésame, Vincent. Dios, bésame.

Le rozo la oreja con la punta de los dedos y ella gime, entonces me inclino hacia delante para lamérsela.

— No tan rápido. No hasta que me lo supliques.

Mueve el muslo, presionándolo contra mi erección, pero no lo bastante fuerte como para causar dolor.

— ¿Por qué tengo que ser yo quien suplique cuando tú me deseas tanto como yo a ti?

— Porque solo así dejaré que me tengas — le susurro al oído.

Le beso la oreja y recorro su cuello con mis besos mientras exploro con la mano la turgencia de sus pechos.

Huele tan rico y se siente tan bien que apenas puedo contener la voraz necesidad que me recorre.

— Me estás volviendo loco, *amore*.

Me mira directamente al alma, con sus ojos llenos de desesperación, y los míos llenos de deseos indomables.

— Entonces bésame.

Capítulo XIII

Isabella

Mi espalda se topa con la pared y mis piernas rodean la cintura de Vincent, que me levanta del suelo y me lleva hasta su dormitorio. Seguimos besándonos, nuestros labios se encuentran con una necesidad primitiva, ninguno de los dos quiere soltarse.

Vincent me tumba suavemente sobre las sábanas frías, con su mirada ardiente clavada en la mía. La habitación está tenuemente iluminada, el suave resplandor de la luna se filtra a través de las cortinas. El aire vibra de expectación mientras vamos retirando lentamente las capas que separan nuestra piel de este deseo arrollador.

Cuando me arranca las bragas rojas de encaje, la única ropa interior que llevo, él gime.

— Mierda, *amore*. Eres una obra de arte. Tan condenadamente hermosa.

Su cumplido me atraviesa como un rayo, encendiendo un pulso entre mis piernas. Tomo su camisa y se la arranco, dejando al descubierto los músculos marcados que hay debajo.

— Si yo soy una obra de arte, tú eres el lienzo — digo recorriendo su cuerpo perfecto con los dedos.

Parece tan fuerte, tan irrompible.

Vincent me levanta la pierna, me besa los dedos de los pies y me explora las piernas hasta los muslos.

Su tacto es electrizante y enciende todas mis terminaciones nerviosas. Sus manos recorren mi cuerpo, sus dedos dejan un rastro de fuego a su paso mientras me besa una vez más. Me estremezco bajo sus caricias y mi cuerpo se arquea en respuesta a las sensaciones que me consumen.

Sus labios se separan de los míos y me recorre con besos abrasadores el cuello. Cada tierno roce de sus labios contra mi piel me produce escalofríos. Me pierdo en el ritmo embriagador de sus caricias, deseando que me toque aún más.

A medida que sus labios descienden, el deseo se enrosca con fuerza en mi interior, mezclado con un exquisito dolor que exige ser satisfecho. El mundo que nos rodea se desvanece en el olvido cuando me separa las piernas y se arrodilla ante mí, hundiendo su cabeza entre mis piernas para olfatearme.

— Hueles tan bien, *amore*. Eres tan intoxicante.

Me presiona el clítoris con un dedo y gimo. Estoy muy sensible y necesitada. No quiero que se burle de mí, solo quiero que me complazca. Que me coja. Entonces siento su lengua y me invade una corriente eléctrica que va de entre mis piernas hasta mi cerebro y me vuelve irreflexiva.

— ¡Mierda, sí! — Me sujeto a su cabello y aprieto el puño para no perder el control.

El placer que siento es demasiado intenso.

Vincent gime su desaprobación, mirándome con ojos sombríos antes de levantarse.

Levanto la cabeza, confusa. — ¿Qué haces?

No contesta mientras se dirige a grandes zancadas al cajón del otro lado de la cama y saca...
¿unas esposas?

— ¿Qué vas a hacer con ellas?

Sonríe perversamente, me sujeta las manos y me esposa al cabecero. No me resisto. Aunque el sexo no ha sido más que un deporte para domar mis ansias sexuales, el sexo con Vincent es diferente.

Desde la primera vez en el almacén, mi cuerpo ansía el suyo. Sus besos y su tacto son más intensos que cualquier otra cosa que haya sentido antes. Él llega a mi alma y, de algún modo, sana lo más profundo de mí.

De alguna manera, nuestra conexión es muy íntima.

Finjo intentar liberarme. — ¿Qué es esto? ¿Tienes fetiches raros? ¿A cuántas mujeres has esposado a esta cama? — La última pregunta era en serio.

Me pesa el pecho al pensar en otra mujer desnuda y esposada aquí, con la respiración agitada por él. Desgraciadamente, me gusta la idea de tenerlo todo para mí.

Vincent desliza sus dedos por mi cabello, y me coloca la cabeza donde quiere. Baja la cara hacia la mía y me roba un beso largo y voraz. Cuando se separa, se relame los labios como si yo supiera a gloria.

— No hagas preguntas, *amore*. Lo único que quiero oír esta noche es que gimas mi nombre o que me susurres palabras sucias.

Santo cielo.

Se me revuelve el estómago, se me acelera el corazón. ¿Cómo diablos se supone que debo actuar cuando este hombre me dice cosas así? Me gano una sonrisa que me deja sin aliento cuando asiento como una buena niña.

Vuelve a ponerse de rodillas, me agarra las piernas con las manos y me las separa antes de aferrarse a mi clítoris; chupándomelo, lamiéndomelo y cogiéndome con la lengua.

Pierdo el control de mi cuerpo y el placer me inunda.

Mis gemidos llenan la habitación y me oigo suplicar por más. — ¡Sí! ¡Más!

Oh, *Dios*, sí. Esto debe de ser el paraíso. El paraíso. Pongo los ojos en blanco y mi cuerpo se tensa.

Me agito y me retuerzo, necesitando liberarme de las esposas antes de que el placer me trague, y lo hace cuando desliza un dedo dentro de mí, con su lengua devorándome.

— Vincent... maldición.

— Gime mi nombre — murmura. — Me gusta cuando gimes mi nombre.

— Creo que voy... voy a... — Solo transcurren dos latidos y un orgasmo estalla en mi interior.

Me sacudo, con un grito electrizado y lleno de placer. Al instante, Vincent me penetra de golpe. No es lento ni suave, sino áspero y profundo.

— Vincent... — Me mete el dedo en la boca y puedo sentir mi propio sabor.

Lo chupo, moviendo las caderas para sentirlo más profundo. — Dios, me encanta esto.

Me manosea el pecho y me retuerce el pezón. El dolor y el placer me suben por la espalda en oleadas iguales.

— No quiero que pronuncies el nombre de Dios cuando te coja, *amore*. Quiero oír mi nombre en tus labios, solo mi nombre — dice con voz profunda y ronca.

Lo siento por todas partes. Me besa los labios y el cuello, me acaricia los pechos y el trasero, y me penetra con fuerza al mismo tiempo. Me penetra tan profundamente que noto cómo golpea mis paredes, y luego me coge cada vez más rápido y con más fuerza, apretándome cada vez más hasta que da una sacudida y se corre con un potente gemido.

Después de un momento, me da un suave beso en la frente y se quita de encima. No sé cuánto tiempo permanece en el baño, pero me quedo dormida antes de que vuelva.

Mi estómago ruge mientras aspiro el aroma del café recién hecho y de las tostadas francesas

mientras sigo acostada. Hago todo lo posible por ignorar el hambre, pero es imposible no percibir el olor a comida deliciosa.

Me doy la vuelta y meto la cabeza bajo la almohada para volver a dormirme. Pero no sirve de nada. Pasan unos instantes antes de que finalmente ceda y me incorpore, abriendo los ojos. La habitación está poco iluminada y es difícil saber si ya ha amanecido. Las cortinas son gruesas y no dejan pasar ni un rayo de luz del exterior, pero el reloj de la mesilla me dice que ya son las ocho de la mañana. Entrecierro los ojos, observo la mullida y suave cama de matrimonio en la que estoy tumbada y la blanca decoración de la habitación.

Vincent tiene muy buen gusto y todo en esta habitación parece caro. Las paredes enlucidas, los suelos de mármol, la lámpara de araña y las obras de arte en las paredes. Todo aquí es caro y blanco, tan blanco que hace daño. Juro que le vendría bien un poco más de color en su vida.

Sacudo la cabeza, me levanto de la cama y me dirijo al baño. Dejo correr el agua caliente y suspiro mientras las cálidas salpicaduras relajan mis músculos tensos. Minutos después, termino de ducharme y encuentro unos shorts y una camisa blanca perfectamente doblados en el sillón reclinable de la esquina de la habitación. Sé que Vincent los dejó allí para mí porque anoche no estaban. No es que haya estado prestando atención a otra cosa que no fuera él.

Vincent me sonríe cuando entro en la cocina. — Buenos días, *amore*. Llegas justo a tiempo. — Deja dos platos de tostadas en la mesa y vuelve a la encimera por café. — ¿Dormiste bien?

— No lo sé. Estaba demasiado ocupada durmiendo. — Camino a paso ligero hasta la mesa del comedor y acerco una silla.

Estoy hambrienta, no estoy de humor para charlas triviales ni para sus bromas. — ¿Lo preparaste tú?

Asiente mientras vuelve a la mesa y me acerca una de las tazas de café. — No necesito ayuda para hacer café y unas tostadas, *amore*.

Me acerco el café a la nariz e inhalo, saboreando su aroma. Me encanta el olor del café recién hecho y me gusta aún más su sabor cuando le doy un sorbo.

— Al menos esto sabe bien.

— Todo lo que hago sabe bien — presume.

Me guiña un ojo y se lleva una tostada a la boca. — ¿Tienes planes para hoy?

— Mi perra lleva unos días con una vecina. La extraño.

Oreo se estará preguntando si estoy muerta y si la Sra. Jackson es su nueva dueña. No puedo imaginar lo triste que estará.

— ¿Tienes que irte por causa de tu perra? — pregunta como si fuera lo más tonto que se me ha ocurrido.

Mi ceño se frunce. — Sí, así es. ¿Algún problema?

Levanta un hombro. — Siempre puedes traerla, ya sabes. Me encantan los perros.

— ¿Ah, sí? — Miro a mi alrededor, intentando oír el sonido de las patas sobre el mármol. — No oigo ningún perro correteando por aquí. ¿Lo dices solo para hacerme creer que eres una buena persona?

Se inclina hacia delante, sus ojos azules brillan con picardía. — No soy una mala persona.

Resoplo. — Pareces de los que ahogan a los cachorros. Perdóname por no confiar en ti, Vincent. Su tenedor cae al plato con un *ruido metálico* y suelta una carcajada gutural. — ¿De verdad piensas tan mal de mí?

No lo hago. Gasta su dinero y su tiempo cuidando de todos esos niños enfermos, sin recibir nada a cambio. En todo caso, Vincent es una de las personas más buenas que he conocido. Tal vez por eso me siento tan atraída por él, y su atractiva apariencia es solo un plus.

— La razón por la que no tengo perros es porque no me he atrevido a tener uno desde que mi perro murió a causa de su vejez. No quiero sustituirlo ni a él ni a los recuerdos que compartí con él.

Lo miro con incredulidad. Vincent Romano, el hermano menor de los Romano, realmente le gustan tanto las mascotas.

— ¿De verdad naciste dentro de la mafia?

Frunce el ceño. — ¿Qué?

— Eres demasiado bueno para el mundo en el que naciste — le digo con sinceridad. — Tienes un corazón demasiado puro.

Sonríe débilmente. — Eso no lo sabes.

— Bueno, te he visto con los niños, eso no se puede fingir. — Doy otro bocado a mi tostada esperando la respuesta de Vincent.

Cuando no lo hace, asumo que no le gusta hablar de su vida privada.

— No estaré en el hospital por un tiempo.

La tostada se convierte en ceniza en mi boca. Le doy un sorbo a mi café para forzarlo a bajar.

— ¿Qué quieres decir? — No lo echaré de menos, pero sería aburrido pasear por ese edificio sabiendo que no estará al acecho en alguna parte solo para molestarme.

Su cara es como aire fresco para mí, y no quiero que eso desaparezca también.

— Tengo asuntos de los cuales debo ocuparme. Solo será por un tiempo.

Su tono no suena tan triste como las voces en mi cabeza. Está claro que no me echará de menos.

— ¿Cuánto tiempo? — pregunto con voz fuerte y algo desesperada.

No me doy cuenta de que había dejado de respirar en el último minuto hasta que mi cerebro se agita por la falta de oxígeno.

Me mira, su mirada inexpresiva desaparece por una vez. — No lo sé.

— Pero puedo verte cuando quiera, ¿verdad? — Siento que estoy negociando conmigo misma.

No importa si ya no puedo verlo en el hospital, estaré bien si puedo verlo en casa o en un restaurante. Todo estará bien mientras pueda verlo en algún sitio.

¿Por qué me importa?

Conozco la respuesta. La razón por la que me importa está mirándome a la cara, y no puedo huir de ella por mucho que lo intente. No puedo ignorarlo ni negarlo. Este hombre, Vincent, me importa mucho más de lo que pretendía y mucho más de lo que debería.

— Puedes llevarte una llave, *amore*. Puedes quedarte aquí y esperarme cuando quieras. — Sus dientes perfectos brillan mientras sonríe y se me corta la respiración.

Una llave de su penthouse. Es todo lo que necesito para saldar mi deuda y liberarme de las ataduras de Elio. Mi abuela será libre y yo seguiré con mi vida como si nada hubiera pasado. Todo lo que necesito hacer es traicionar a Vincent y entregarle la llave a Elio.

Debería estar contenta, aliviada de poder salir finalmente del infierno que estoy viviendo. Pero se me contrae el pecho y las lágrimas me escuecen los ojos porque sé que preferiría morir antes que hacerle daño a Vincent.

Capítulo XIV

Isabella

— Dios mío, Isa. Pareces muerta — dice Naomi, con los ojos marrón dorado muy abiertos y las manos agarrándose las mejillas de forma dramática.

Pongo los ojos en blanco y me alejo de la puerta para dejarla pasar. — Estoy enferma, no muerta. — Parece que vas a morir en cualquier momento si no vas a un hospital. — Entra y cierra la puerta.

Sus ojos me exploran como si fuera un equipo médico nuevo. — ¿Hace cuánto tiempo que estás así?

Intento contar con los dedos. Ha pasado un mes desde la última vez que vi a Vincent. He estado indecisa entre salvarlo a él o a mi abuela. Es difícil, pero sé que tengo que decidirme pronto. Elio no tardará en irrumpir aquí exigiendo su pago.

Pero ni siquiera he tenido tiempo de pensar en eso porque he estado enferma las últimas dos semanas. Al principio pensé que estaba estresada, pero creo que con los vómitos y la intensa fatiga que he sentido ya no es simplemente estrés.

— Desde la última vez que me viste en el trabajo — respondo.

— ¿Dos semanas?

Asiento con la cabeza.

— Mierda. — Naomi me toma de la mano como si fuera una niña pequeña y me arrastra con suavidad hasta la sala.

Nos acomodamos en uno de los sofás más largos antes de que se deshaga de su bolso y centre toda su atención en mí. Sus ojos brillan de preocupación y me estremezco cuando pone su mano sobre la mía.

— ¿Has ido al médico?

— No he tenido la oportunidad de hacerlo. — En realidad, descuidé mi salud a propósito cuando decidí que era mejor morir antes que elegir entre mi Nana y Vincent.

Naomi deja caer la cabeza sobre su mano y suelta un gemido exasperado. — ¿Cómo es que no has ido al médico estando enferma?

Agacho la cabeza cuando me reprende. Ella no lo entenderá, pero intentaré explicárselo.

— He estado pensando en Elio. Pronto serán dos meses y tengo mucho miedo.

— ¿Tienes miedo de que te mate después de que atraigas a Vincent hacia él? — Ella aprieta los dientes, la furia parpadea en su rostro. — Sería un bastardo si hiciera eso.

— No puedo confiar en Elio, pero no es solo eso. — Respiro profundamente. — No creo que pueda traicionar a Vincent de esa forma. Él confía en mí, ¿por qué debería traicionarlo por mis propias razones egoístas?

— Elio tiene a tu abuela.

— Elio debería irse a la mierda. Lo mataré con mis propias manos si se atreve a lastimarla. — No es que pueda hacerlo.

Lo más probable es que muera antes de que pueda dar un paso violento hacia él, pero estoy ardiendo tanto de rabia como de miedo.

— No puedo lastimar a Vincent.

No me importa si Vincent nació en la mafia. He estado con él y lo conozco mejor que nadie. No podré vivir conmigo misma si algo le sucede.

Naomi se queda callada mientras piensa. Me doy cuenta de que no está de acuerdo con mi decisión por la expresión de su rostro, pero agradezco que no intente convencerme de lo contrario.

— Estás enamorada de Vincent.

Sus palabras me bañan como agua helada.

— Por eso no te atreves a hacer nada que pueda hacerle daño. — Suelta un suspiro y me mira. — No voy a convencerme de que hagas algo que no quieres, pero no voy a quedarme sentada viendo cómo te hacen daño. No te veré morir.

— ¿Y qué hacemos entonces? No tengo muchas opciones.

— Hay una opción que no hemos explorado. — Me aprieta las manos. — No le hemos pedido ayuda a Vincent.

Aparto mi mano de la suya. — No podemos hacer eso. Sabrá que todo esto fue una trampa y me odiará.

— No lo hará si está en su sano juicio. Mírame, Isa. — Inclino la cabeza para mirar sus ojos llorosos.

Si hay alguien que puede identificarse conmigo y sentir mi dolor, esa es Naomi. Me odio por haberla involucrado en esto.

— Tenemos que intentar cualquier opción hasta que no quede ninguna.

— ¿Y si me odia cuando se entere? ¿Qué haré entonces? — Resoplo para contener las lágrimas.

Me duele la cabeza y el estómago se me revuelve amargamente. Vomitaré si dejo correr las lágrimas.

— Nos preocuparemos de eso cuando suceda, pero, por ahora, tenemos que preocuparnos de mantenerte con vida y de salvar a tu Nana. — Me pone el dorso de la mano en la frente. — Estás ardiendo.

— Estaré bien. — Me tomaré unos analgésicos y quizá pueda dormir unas horas por primera vez en semanas.

Eso debería mantenerme hasta que este lío se arregle, si es que alguna vez lo hace. ¿O quién sabe? Puede que tenga suerte y muera, entonces nada de esto importará ya.

Naomi me lanza una mirada de desaprobación. — No estás tomando analgésicos. Tenemos que llevarte a un médico.

— Estoy demasiado cansada.

— ¿Tienes ganas de vomitar? — pregunta levantando una ceja.

Asiento con la cabeza. — Me siento así cada mañana y casi todas las tardes.

Lleva la mano a uno de mis pechos y me lo pincha. — ¿Te duele?

Me estremezco al sentir el dolor que me invade. — Sí, duele. Mucho.

Sus ojos se entrecierran sospechosamente. Sé lo que está pensando. Yo he pensado lo mismo, pero he intentado convencerme de que eso no es posible. He tomado píldoras del día después cada vez que Vincent y yo estuvimos juntos. Quiero decir, sé que no son completamente efectivas, pero... no puedo estar embarazada.

— ¿Quizás estás embarazada?

— ¡Claro que no! — No odio la idea de estar embarazada, aunque nunca había pensado realmente en tener hijos.

Me encantan los niños. ¿Pero Vincent? Cada célula de mi cuerpo patatea ante la idea de su posible reacción.

Nunca lo aceptará.

— Has estado teniendo sexo, Isa. ¿Sabes lo que pasa cuando la gente tiene sexo? Se quedan

embarazadas. — Respira hondo. — ¿Cuándo fue la última vez que tuviste la regla?
Pienso. ¿Un mes? ¿Dos meses? No me acuerdo.
— He estado demasiado ocupada para llevar la cuenta.
— Claro — responde con tono socarrón.
Mi mejor amiga se levanta del sofá y se inclina para tomarme de la mano.
Me pone en pie. — Te llevaré al médico y no quiero escuchar nada más.

Una hora más tarde, estoy sentada en un consultorio médico. Naomi sugirió que fuéramos a otro hospital que no fuera *LifePlus* por el bien de mi intimidad y no protesté ante la idea.
Lo último que quiero es que todo el hospital cotillee sobre mí. No dejo de sentir pánico en el pecho mientras espero a que la doctora lea el resultado y se toma su tiempo.
Estoy tan impaciente que apenas puedo contenerme para no ponerme en pie e inclinarme sobre la mesa para arrebatarse el papel.
Naomi debió haber notado mi ansiedad, porque pone una mano tranquilizadora sobre la mía y me da unas palmaditas. Es suficiente para calmar un poco mis nervios, pero sigo estando muy nerviosa.
— Buenos días, Srta. Sullivan — dice la doctora, ajustándose las gafas en el puente de la nariz.
— Siento haberla hecho esperar.
Tengo ganas de gritarle y decirle que se limite a leer el maldito resultado. Pero no lo hago, sino que fuerzo una sonrisa.
— No pasa nada. No tengo ningún problema en esperar.
Sonríe. — ¿Nos conocemos? Me resulta extrañamente familiar.
— Soy enfermera del Hospital *LifePlus*. Quizá nos conocimos en alguna conferencia para profesionales médicos. — Su cara no me resulta familiar, y es difícil tratar de recordar cuando ni siquiera puedo pensar con claridad.
No estoy de humor para charlas cuando toda mi vida está en juego.
— ¿Qué tal el resultado? — le pregunto.
— Claro. — Agarra la carpeta azul con mi nombre escrito en negrita y la abre. — Enhorabuena, Srta. Sullivan. Está embarazada de seis semanas.
Mi cabeza se dirige a Naomi, que está a mi lado, y luego de nuevo a la doctora.
— ¿Qué?
La doctora no debió haber notado la sorpresa en mi rostro porque vuelve a sonreír.
— Está embarazada de seis semanas.
De repente siento como si estuviera cayendo por un túnel oscuro y que todo mi mundo estuviera llegando a su fin. Quiero que esto sea una especie de pesadilla de la que pueda despertar. Esto no puede estar pasando.
Tengo demasiadas cosas entre manos y no puedo tener un hijo hasta que todo esté resuelto.
Los ojos de Naomi se encuentran con los míos. — ¿Qué vas a hacer ahora?
No lo sé, pero una cosa es segura. Tengo que deshacerme de Elio antes de que mi hijo venga al mundo. Tengo que hacerlo.

Capítulo XV

Vincent

— Los Valentes se infiltraron anoche en uno de nuestros almacenes — dice Dante, cruzando una pierna sobre la otra y extendiendo el brazo sobre el respaldo del sofá en el que está sentado. — Perdimos a cinco hombres más.

El rostro de Dominic palidece, sus ojos enrojecen de furia. — Pídele a Alexei que se haga de tiempo para una reunión mañana por la tarde. — Voltea hacia mí. — Averigua dónde se esconde esa rata de Elio Valentes y tráemelo.

Asiento con la cabeza.

Marcus entra con las manos en la espalda. — Hemos encontrado a uno de los hombres de Elio en el almacén. Le dispararon en la pierna y ha perdido mucha sangre, pero el médico dice que sobrevivirá.

Una sonrisa siniestra se extiende en el rostro de Dominic. — Tráemelo en cuanto despierte.

Marcus se acerca a la silla que está a mi lado y se sienta. — Tenemos que actuar rápido y encontrar a Elio antes de que haga otro movimiento — dice, su mirada oscila entre cada uno de nosotros. — No podemos permitirnos que siga ganando más terreno y tampoco podemos perder más dinero.

Dante me mira. — ¿Has venido para ayudar o vas a huir como un niño pequeño?

Lo fulmino con la mirada. — Estoy aquí porque mi hermano quiere que esté aquí.

Levanta la mano en señal de defensa. — No te ofendas, hombre. Siempre que hay problemas eliges huir. No puedes culparme por pensar que huirás de nuevo.

Aprieto los dientes. — Que te jodan, Dante.

— ¡Basta! — Dominic golpea el escritorio con la mano. — Nadie va a huir y nadie va a joder a nadie, ¿entendido?

Dante y yo nos miramos, luego asentimos.

— ¿Qué quieres que haga? — le pregunto a Dominic.

Odio la mafia y el derramamiento de sangre, pero huir no es una opción. No cuando toda mi familia está en peligro. Daría cualquier cosa por mantenerlos a salvo, incluida mi vida.

— No hagas nada por ahora — responde. — Solo mantente a salvo y no confíes en nadie hasta que todo esto termine.

Sé que se refiere a Isabella cuando me dice que no confíe en nadie. No soy idiota como para contarle sobre los asuntos de la mafia, además considero a Isabella demasiado inocente para un mundo como el nuestro. Esa es una de las razones por las que me preocupa su deuda con Elio. Puede que piense que lo único que él quiere de ella es dinero, pero conozco a los hombres como Elio lo suficiente como para saber que no la dejará ir tan fácilmente cuando haya devuelto el dinero que su hermano le robó.

Elio es un maldito sádico, al que le gusta jugar con su presa antes de despedazarla parte por parte.

Tampoco ayuda que la mujer sea tan testaruda y no quiera mi ayuda. Mis pulmones se tensan y el calor me sube por la columna vertebral. Hace días que no la veo y la echo de menos. Necesito verla esta noche.

— ¿Me estás escuchando, maldición? — pregunta Marcus, su voz me devuelve al presente. — ¿En qué diablos estás pensando?

— No es asunto tuyo. — Miro fijamente a Dominic que me mira como si quisiera abrirme la cabeza para poder leer mis pensamientos. — ¿Me has hecho venir hasta aquí solo para decirme que tenga cuidado?

— ¿Esperabas otra cosa? — Me clava los ojos y aprieta la mandíbula. — Eso será todo hasta que me digas que estás listo para formar parte de la Cosa Nostra.

Estoy listo, pero me siento insultado por el hecho de que piense que soy de poca o ninguna ayuda. Pero no se lo digo.

En lugar de eso, me levanto de la silla. — Si ese es el caso, entonces me voy de aquí.

Cuando llego a casa, me quito la chaqueta del traje y la tiro en uno de los sofás antes de tumbarme en él, apoyando la cabeza en el reposacabezas y cerrando los ojos para poder pensar. Si Isabella está en deuda con Elio, quizá pueda utilizarla para encontrarlo. Pero necesitaré su permiso para eso y asegurarme de no ponerla en peligro al hacerlo.

Abro los ojos cuando oigo que alguien intenta abrir la puerta. Me pongo en pie, muevo el sofá y busco mi pistola debajo de él. Mis hermanos me enseñaron a esconder armas en todos los rincones de la casa en cuanto crecí lo suficiente como para vivir solo, y siempre me he asegurado de que estuvieran cargadas. ¿Quién sabe cuándo podría ser el blanco de los rivales de mi familia? *El eslabón más débil de la familia Romano*, como me llama Dante. Sin embargo, se equivoca. Que no haga lo que hacen los demás; no significa que no pueda protegerme.

Amartillando el arma, me dirijo de puntillas al vestíbulo, escondiéndome detrás de una pared y colocando el dedo delante del gatillo. Por si de verdad tenga que disparar.

Segundos después, la puerta se abre y entra una figura femenina. ¿Isabella? Rápidamente escondo mi pistola detrás de la espalda y salgo de mi escondite.

Isabella da un respingo y suelta un pequeño grito. Cuando sus ojos se cruzan con los míos, se inclina hacia delante y se sujeta el pecho, jadeando.

— ¿Te gusta asustar a la gente?

Me acerco a ella y la reincorporo. — Lo siento. No sabía que eras tú.

Me fijo en los pantalones y la camisa que lleva. Es la primera vez que la veo con el cabello recogido en un moño desordenado y los ojos hinchados, como si hubiera estado llorando.

— ¿Estás bien?

— Hmm. — Ella asiente. — ¿Puedo pasar?

— Por supuesto. — Le doy paso y la sigo mientras camina hacia la sala. — ¿Quieres algo de tomar? ¿Café, quizás? O tengo whisky, si lo prefieres.

Parpadea y es difícil no ver la tristeza que nubla sus ojos. — No puedo beber.

Me siento en el sofá a su lado. — ¿Por qué? ¿Por el trabajo?

Se queda extrañamente callada por un momento, el aire entre nosotros crepita de tensión.

— No. Simplemente no puedo beber, Vincent.

Giro mi cuerpo para mirarla y sujeto sus manos entre las mías. Son tan pequeñas y frías mientras las froto.

— Sabes que puedes decirme si te pasa algo. Estaré encantado de ayudarte.

— No puedes ayudarme a salir de esto. — Ella lanza un suspiro. — Nadie puede ayudarme a salir de esto.

Se me hace un nudo en el estómago. Aunque no me dice qué, sé que algo anda muy mal. Isabella siempre es efervescente o contestadora, pero esta noche está diferente. Está fría y retraída, y también triste.

— Dime cuál es el problema.

No me importa si tengo que matar a alguien. Si alguien le hace daño, no vivirá para ver la luz del día de mañana. Nunca había pensado así antes, pero con gusto haría un viaje de ida y vuelta al infierno por esta mujer.

— Vincent... — Murmura mi nombre como si le pesara y cierra los ojos.

Después de respirar hondo, sus ojos se abren, esos ojos marrones se clavan en los míos. — Estoy embarazada.

Se me huela la piel y mi sangre se cuaja. — ¿Qué estás qué?

— Estoy embarazada — repite. — Me he enterado esta tarde y no tengo ni la más remota idea de lo que debo hacer.

Inclino la cabeza y me tomo un momento para ordenar mis pensamientos. Hemos tenido relaciones sexuales, así que sé que no es imposible que esté embarazada, pero... nunca había pensado en ser padre. Ni siquiera había pensado en sentar cabeza o comprometerme con una mujer.

Pero es Isabella, no puedo simplemente desecharla. Ciertamente tengo que asumir la responsabilidad porque sé que esto es aún más duro para ella.

— ¿Qué piensas hacer? Apoyaré tu decisión sea cual sea.

Se frota las palmas de las manos. — Voy a tener al bebé.

— ¿De verdad voy a ser padre? — Parece un sueño.

Es difícil creer que esto esté sucediendo. Me debato entre querer que esto sea real y desear que no lo fuera. Con Elio todavía al acecho y la Camorra aprovechando cualquier oportunidad para atacar, es un mal momento para tener un bebé.

Aun así, le dije que apoyaría cualquier decisión que tomara y lo dije en serio. Tengo que mantenerlos a salvo, tanto a Isabella como al bebé.

— Sé que no estás preparado para esto — dice desesperada. — Solo te lo estoy contando porque eres el padre y mereces saberlo. No pasa nada si no quieres formar parte de la vida de este niño. Puedo criar al bebé...

— No harás tal cosa. — La interrumpo, rebosante de rabia por el hecho de que pensara que la abandonaría a ella y a nuestro bebé. — Hicimos este bebé juntos y no dejaré que lo críes sola.

Isabella abre los ojos, sorprendida, y entreabre los labios como si no esperara mi reacción. Su vulnerabilidad me atraviesa y me doy cuenta de lo mucho que le está costando aceptar esta noticia.

— Vincent, no quiero arrastrarte a esto — insiste, con voz vacilante. — Sé lo peligrosa que es tu vida, y no te culparé si no quieres formar parte de esto.

Extiendo la mano y le acaricio suavemente la cara, apartando con el pulgar una lágrima perdida.

— Isabella, puede que no esté preparado para esto, pero no voy a irme a ninguna parte — le aseguro con voz firme y decidida. — Lo resolveremos juntos, te lo prometo.

Me mira a los ojos, con un destello de incertidumbre en su mirada. — Pero ¿y tu familia, tus hermanos? No aceptarán...

— Aceptarán lo que me haga feliz — la interrumpo, mi tono no deja lugar a discusiones. — Y tú, y nuestro hijo, me hacen más feliz que nunca.

Isabella se queda sin aliento y su expresión se suaviza por la emoción. — Vincent, no sé qué haría sin ti — confiesa, con la voz apenas por encima de un susurro.

— Eso nunca tendrás que averiguarlo — le aseguro, estrechándola entre mis brazos.

En ese momento, con ella acurrucada contra mi pecho, sé que mis sentimientos por esta mujer no son algo pasajero. Me importa más de lo que yo mismo podría admitir.

Cuando se aparta, baja la mirada y le pregunto. — ¿Hay algo más que deba saber?

Se le llenan los ojos de lágrimas. — Lo siento mucho, Vincent. Te juro que nunca quise traicionarte.

Estoy perdida. Realmente perdida.

— ¿Qué quieres decir?

— Se trata de Elio. — Vuelve a respirar hondo. — Te mentí sobre mi relación con él.

— ¿Qué quieres decir con que mentiste?

Mi paciencia se agota a medida que el miedo se despierta en mi interior. Lo que sea que tenga que decir, espero y rezo que no sea lo que estoy pensando. Cualquier cosa menos eso.

Se mete las manos temblorosas entre los muslos. — Prométeme que no te enfadarás conmigo cuando te lo cuente.

Ahora mismo no puedo prometer nada porque sé que lo que la tiene tan alterada no puede ser nada bueno. *Pero está embarazada*, me lo recuerdo. Tengo que tomármelo con calma, independientemente de lo que esté a punto de decirme.

— No me enfadaré.

Ella asiente. Un pequeño sonido sale de su garganta mientras traga saliva.

— No te mentí cuando dije que estaba en deuda con Elio.

— ¿Pero?

— Él no quería que le devolviera el dinero, quería algo más de mí.

¿Sexo? Si eso es lo que él quería, si tan siquiera le puso una mano encima para tomarla por la fuerza, entonces me aseguraré de encontrarlo y arrancarle las pelotas, lo juro.

— ¿Qué quería?

Ella inclina la cabeza, nuestros ojos se encuentran. — A ti.

— ¿A mí? ¿Te importaría explicarte mejor? — Tengo la sensación de que realmente es lo que estaba pensando.

— Elio quería que te llevara hasta él. Me transfirió a *LifePlus* con ese mismo propósito. — Su voz se quiebra, sus ojos brillan con lágrimas que está esforzándose por contener. — Acepté hacerlo porque no te conocía y la vida de mi Nana corría peligro.

El hielo corre por mis venas ante su confesión. Nada de esto era real. Para Isabella, yo solo fui el medio para un fin. Mi vida a cambio de la de su abuela y nada más. ¡Genial!

— ¿Por qué me cuentas esto ahora? ¿Porque estás embarazada?

— No. — Se pone nerviosa. — No es porque esté embarazada. Yo...

— Lo que vayas a decir no es más que una excusa, Isabella. — Suelto una carcajada sin gracia, pero no sirve de nada para calmar el intenso dolor que siento en el pecho.

Me están destrozando el corazón y no puedo hacer absolutamente nada para salvarme.

— ¿Me habrías contado esto si no te hubieras enterado de que esperabas un hijo mío?

Echa la cabeza hacia atrás e inhala. Las lágrimas ruedan por sus mejillas y caen en cascada por su hermoso rostro. Lo único que puedo hacer para no extender la mano y secarle las lágrimas es apretar los puños. No puedo dejar que mis emociones me dominen ahora. Antes de perdonarla, necesito estar seguro de que no me está engañando. Necesito saber de qué lado está.

Mi pensamiento se desvía hacia mis hermanos. Dominic había mencionado una vez que Isabella no era de fiar. ¿Él y Marcus ya sabían sobre ella y Elio? Si es así, ¿por qué no dijeron nada? Claro, no sería raro que mantuvieran la boca cerrada solo para darme una lección. Soy un maldito idiota.

Isabella tarda un momento en responder a mi pregunta. — Sí, lo habría hecho. Tomé la decisión de decírtelo antes de enterarme de que estaba embarazada.

Una risita sardónica retumba en mi garganta. — ¿Cómo sé que lo que dices es cierto? Tuviste semanas para decirme la verdad y aun así no lo hiciste.

— Mentí porque tenía miedo. No sabía si podía confiar en ti y además la vida de mi abuela estaba en riesgo. — Me rodea con el brazo.

Ya no lucha contra las lágrimas, las deja correr libremente. — Tienes que entenderme, por

favor.

A pesar de la rabia, consigo mantener la calma. — ¿Por qué me cuentas esto? Podrías haberme llevado hasta él y recuperar a tu Nana.

Mis ojos se dirigen a su estómago. Me cuesta creer que haya un pequeño humano creciendo ahí dentro. Un humano que me convertirá en padre.

— ¿Tienes miedo de que nuestro hijo te odie por el hecho de haberme matado?

— Sí, tengo miedo. — No lo niega ni intenta aplacarme con palabras. — Pero esa no es la única razón, Vincent.

— ¿Y entonces por qué?

— Porque me importas — dice, con un tono lleno de sinceridad y los ojos clavados en los míos.

— No puedo quedarme de brazos cruzados y ver cómo te hacen daño, porque me importas.

Capítulo XVI

Isabella

No sé qué esperaba cuando le dije a Vincent que me importaba, al menos no es una risa espeluznante lo que ahora retumba en la habitación.

No me cree y la verdad es que no lo culpo. Está en todo su derecho odiarme e incluso decidir no volver a verme. Lo he traicionado, y eso será poco comparado con el precio que tendré que pagar.

— Deberías irte a casa, Isabella — me dice, y la tranquilidad de su voz me produce escalofríos.

Sinceramente, preferiría que me gritara, que se enfadara o que le diera puñetazos a la pared.

Pero no hace nada de eso. La única señal de que está enfadado es esa risa estridente y desquiciada. Una punzada de culpabilidad me atraviesa como una espada afilada.

— Vincent, no hemos terminado de hablar.

No quiero estar sola esta noche. No quiero estar lejos de él. Siento que realmente lo perderé si me voy.

— No podemos terminar todo así.

— Vete a casa, Isabella. — Esta vez gruñe, con los ojos enrojecidos y sus ojos azules fríos como piedras cuando se fijan en mí. — Necesito tiempo para pensar y procesar todo esto.

Me pongo en pie y de mala gana arrastro los pies hacia la puerta, cuando la abro, lo miro por última vez, absorbiéndolo, por si sea la última vez.

Naomi sigue en mi apartamento cuando vuelvo. Se incorpora en cuanto entro, con cara de preocupación.

Oreo corre hacia mí, moviendo su cola blanca y chillando de emoción. Me arrodillo, le froto la cabeza y le sonrío. Es lo máximo que puedo hacer, ya que ahora no puedo compartir su emoción.

Me arrastro hasta el sofá donde está sentada Naomi y me dejo caer en él. Estoy agotada. Oreo sube al sofá y se acomoda en mi regazo, la televisión llama su atención.

— Te traeré un vaso de agua — me ofrece Naomi.

— Gracias — murmuro.

Mis pensamientos vuelven hacia Vincent cuando ella se marcha. En este momento, preferiría que Elio entrara aquí y me disparara. Morir sería mucho más soportable que el dolor que siento ahora.

Vincent probablemente me odia y sus hermanos me odiarán aún más. No importa que esté embarazada, nunca me aceptarán ni a mí ni a mi bebé.

O quizá quieran al bebé y no a mí.

Mis ojos recorren la sala hasta que se posan en un retrato mío y de mi abuela que está sobre el mueble del televisor. Dios, la extraño tanto. Extraño su sonrisa.

¿Qué hago, Nana?

Se suponía que debía cuidar de ella, pero ni siquiera pude hacer eso bien. No merezco nada. Ni a Nana, ni a Vincent, ni al niño que llevo dentro. Si sobrevivo a esto, tal vez sea mejor entregarle el bebé a Vincent y mudarme lejos de Nueva York.

Mis pensamientos me han absorbido y no me percaté de que Naomi había vuelto a la sala hasta que me tiende un vaso de agua.

— Cuidado con tus pensamientos — dice. — Estás embarazada. No es bueno para el bebé que estés sometida a mucho estrés.

Agarro el agua y envuelvo el vaso frío con las palmas de las manos para relajarme.

— ¿Qué hago, Naomi?

Se sienta a mi lado. — ¿Cómo te fue con Vincent? ¿Estaba muy enfadado?

— No lo demostró mucho, pero definitivamente lo estaba.

Oreo levanta el cuello, saca la lengua de la boca y la acerca al vaso. Lo quito de su alcance.

— No sé qué va a hacer ahora.

— Si tiene algo de sentido común, te ayudará. — Se aparta un mechón de cabello rizado de la cara. — Estás embarazada de él. Y seamos sinceras, nada de esto es culpa tuya. Cualquiera habría hecho lo mismo.

— Pero lo traicioné.

— Elegiste no traicionarlo — me corrige. — No lo traicionaste. Lo elegiste a él antes que a tu Nana.

— Dudo que él piense eso. — Bebo un sorbo de agua, saboreando el frío que se desliza por mi garganta. — Ahora me encuentro entre el diablo y el profundo mar azul. Elio matará a mi Nana si se entera de esto. Necesito la ayuda de Vincent y él está enfadado conmigo.

— ¿Hablaste de tu Nana con él?

— Le hablé de ella. Si me ayudará o no, no sabría decirlo.

Naomi suelta un suspiro. — Esto es un desastre, Isa. Tenemos que hacer algo.

— ¿Qué? — Aunque encuentre a Elio y le diga que libere a mi Nana, y que en lugar de ella me tome como rehén a mí, probablemente acabe matándonos a ambas.

Ella piensa por un momento. — ¿Te parece bien si yo misma hablo con Vincent?

— Será inútil. Él ya lo sabe todo.

— No basta con saberlo, tiene que comprender el aprieto en el que estás metida. — Se levanta del sofá. — Tengo que hablar con él. Te veré cuando vuelva.

— Naomi...

Levanta la mano para detenerme. — Ni una palabra más. Soy tu mejor amiga y estamos juntas en esto. Es lo menos que puedo hacer por ti.

Desaparece en el dormitorio. Cuando vuelve a entrar en la sala, lleva un pantalón de chándal y una sudadera.

Me tiende la mano. — ¿Dónde está tu teléfono?

Dudando, lo saco del bolsillo trasero y se lo doy. — ¿Qué estás buscando?

— Su dirección — dice. — Sé que la tienes por aquí. — Hay un silencio total los siguientes dos minutos, y entonces ella dice. — ¡Lo tengo!

Me devuelve mi teléfono y veo la aplicación de localización abierta en mi teléfono. Las dos tenemos esa aplicación y hemos compartido nuestras ubicaciones desde que éramos unas adolescentes. Había olvidado por completo que la aplicación registra automáticamente los lugares en los que he estado.

— No acabas de hacer eso.

— Lo hice. — Me guiña un ojo mientras sonrío. — No vayas a ninguna parte. Volveré tan pronto como le diga a ese gilipollas lo que pienso.

Le da un beso a Oreo y se va.

Me acabo el agua y voy a la cocina a limpiar el vaso. No tengo hambre, pero tengo que comer por el bien de mi bebé, así que me hago un bocadillo de pollo y le doy a Oreo comida para perros.

Me siento en el taburete de la isla y empiezo a comer. Casi he terminado cuando oigo unos golpes en la puerta.

Oreo corre hacia la sala, y se pone a ladrar. Un escalofrío de miedo me recorre la espalda. Naomi no puede haber regresado aún y, si así fuera, no estaría aporreando la puerta de esa manera. ¿Tal vez sea Vincent o alguno de sus hermanos?

El corazón se me sube a la garganta. Tiene que ser uno de ellos, nadie aporrearía mi puerta así a menos que fuera alguien muy enfadado.

Considero a Elio, pero él es presuntuoso. Tampoco haría eso.

Coloco los cubiertos usados en el fregadero y me apresuro hacia la puerta. En cuanto se abre, veo a tres hombres trajeados que me miran con el ceño fruncido desde afuera. Me doblan en tamaño y estatura, y me aterrorizan.

Mi corazón estalla a un ritmo vertiginoso que hace que el vómito me suba por la garganta. Oreo se acerca corriendo, y empieza a ladrarle a los hombres. Uno de ellos la mira con asco.

— ¡Cállate de una maldita vez, perro! — Su orden tiene el efecto contrario, ya que Oreo empieza a ladrar aún más fuerte.

— ¿Quiénes son? — Maldita sea, estoy tartamudeando.

Nunca he tenido tanto miedo como para tartamudear delante de nadie. — ¿Qué quieren?

El que está mirando a Oreo me mira a mí, con ojos sombríos y llenos de odio. Es aterrador. Y puedo ver que es el que manda por la forma en que los otros están callados detrás de él.

— El jefe nos pidió que la lleváramos, Srta. Sullivan. — Me dedica una fea sonrisa y se me contrae el pecho.

Doy un paso atrás. — ¿Quién es tu jefe?

Gruñe, y su sonrisa se desvanece en un ceño fruncido. — Lo sabrás cuando te lleve con él.

Tengo que pensar rápido. No puedo irme con él cuando nadie sabe que alguien me está llevando. Aunque huyera, me atraparían antes de que pueda enviar un mensaje a Naomi. ¿Pero tal vez pueda dejar alguna señal para que ella sepa que algo pasó?

— ¿Puedes darme un momento para cambiarme?

Me examina de pies a cabeza y la expresión de su cara dice todo lo que necesito saber.

No se cree mi endeble excusa. — Te queda bien lo que llevas puesto.

Me estremezco. ¿Ahora recibo cumplidos sobre mi aspecto de un matón? ¡Estupendo!

— ¿Al menos permíteme darle un poco de agua a mi perro?

Se ríe como si acabara de escapar de un manicomio. Todo en este hombre es perverso, incluso su risa. Saca una pistola de atrás y le apunta a Oreo.

Me entra el instinto y me pongo delante de Oreo, interponiéndome entre ella y ese enfermo. Tendrá que pasar por encima de mí para hacerle daño.

— Puedo ayudarte con el perro. Basta con una bala. — Le dirige una sonrisa a Oreo, que sigue ladrándole desde atrás mío.

— De acuerdo. Iré contigo. — Me arrodillo delante de Oreo y le doy unas palmaditas en la cabeza. — Oreo, adentro. Ahora.

Deja de ladrar y chilla, con sus ojos de cachorro triste.

— Adentro. ¡Ahora! — le repito.

Ante mis severas palabras, corre hacia dentro.

Bien. Ahora es mi oportunidad.

Sin pensármelo dos veces, corro a la cocina, tomo los platos del fregadero y los tiro al suelo, la cerámica se hace añicos al estrellarse contra las baldosas. Luego tomo la sartén, pero unas manos firmes me agarran antes de que pueda tirarla al suelo.

— ¡Zorra estúpida! — Uno de los hombres gruñe antes de abofetearme y tirarme al piso.

El sabor a cobre me llena la boca, las mejillas me arden de dolor.

Le escupo en el pie. — Vete a la mierda.

El cabecilla se pone en cuclillas delante de mí y me agarra del cabello, apretando la mano hasta que me arda el cuero cabelludo. El dolor me atraviesa y suelto un fuerte grito.

— Escucha, muchacha. Podemos hacerlo por las buenas o por las malas. ¿Qué prefieres?

Mis ojos arden con el escozor de las lágrimas. — Yo digo que puedes irte al diablo.

Una sonrisa se dibuja en sus labios. — Eres bastante bocazas para alguien que está a punto de morir. Tienes suerte de que sea el jefe quien quiere verte o te habría matado aquí y ahora.

— Pero no puedes matarme... — le gruño.

Me haría un favor a mí misma al no provocarlo, pero estoy demasiado enfadada para no hacerlo. Si tengo que morir, no lo haré sin luchar.

— Porque eres un perro. No, incluso un perro es mejor que tú.

Levanta la mano para abofetearme de nuevo y yo me estremezco, pero antes de que pueda golpearme, alguien le sujeta por detrás.

— El jefe se enfadará cuando se entere — dice el que lo sujeta. — Deberíamos irnos.

Ya sea por miedo a su jefe o por respeto, el cabecilla de los matones me fulmina con la mirada. Siento un pinchazo en el cuello y se me nubla la vista. En este momento estoy segura de una cosa: estos hombres no son de Vincent. Son de Elio.

— Vincent — murmuro antes de que mi mundo se desvanezca en la oscuridad.

Capítulo XVII

Vincent

— ¿Qué haces aquí? — pregunto enfadado.

Aunque ya es tarde, he quedado con mi hermano y lo último que necesito es que alguien se interponga en mi camino.

Estoy demasiado enojado para esto ahora mismo.

Naomi cruza los brazos sobre el pecho, dando golpecitos con el pie en el suelo de mármol. Ambos estamos en la entrada de mi penthouse. Es increíblemente oportuna, porque estaba a punto de irme a casa de Marcus cuando llega.

— ¿Tienes un momento? Necesito hablar contigo — me dice.

Me lo pide amablemente, pero sus gestos demuestran que no tengo más remedio que hablar con ella.

— No, no tengo tiempo para esto. — Paso rozándola, cierro la puerta tras de mí y me alejo de ella lo más rápido que puedo.

Si fuera un hombre, probablemente tendría la cara destrozada por atreverse a interponerse en mi camino.

Mierda, cada vez me parezco más a mis hermanos.

— Se trata de Isabella.

Sus palabras bastan para que me detenga frente al ascensor. Estoy enfadado con Isabella por haber ocultado algo tan grave como que Elio secuestró a su abuela y que le ordenó que me traicionara. Pero eso no significa que no me preocupe por ella o por nuestro bebé.

— ¿Qué pasa con Isabella?

Naomi suspira y sus manos caen a los costados. — Sé que estás enfadado porque crees que iba a traicionarte, pero te juro que no iba a hacerlo. Planeó decirte la verdad incluso antes de saber que estaba embarazada.

— No me importa.

No importa cuál fue la razón por la que decidió decirme la verdad o por qué me lo ocultó todo este tiempo, ahora tengo que protegerla a ella y a nuestro bebé. Tengo que encontrar la manera de devolverle a su abuela.

Naomi se acerca, con los ojos llenos de lágrimas. — Ella te necesita. Por favor, ayúdala.

— No te corresponde decidir si la ayudo o la perdono, Naomi. — Me recuerdo a mí mismo que debo contener mi ira.

Sé que Naomi la ayudó a guardar su secreto, pero es amiga de Isabella. No puedo hacerle daño. No hago daño a gente inocente. Considero que las mujeres y los niños son demasiado frágiles para siquiera gritarles.

Ella asiente. — Lo sé. Solo digo que Isabella se preocupa mucho por ti. Eres todo lo que tiene, Vincent.

Puedo sentir cómo se desvanece parte de mi rabia. — Ella te tiene a ti.

— Pero yo no puedo protegerla de Elio, ni tampoco salvar a su abuela. Por eso acudí a ti. — Me mira. — Sé que tú también te preocupas por ella. No te lo perdonarás si le hacen daño.

— No te preocupes, jamás le daría la espalda. — El ascensor se abre y entro.

Lo último que veo son los ojos llenos de lágrimas de Naomi, la súplica en ellos es tan obvia que no puedo pasarla por alto. Me dirijo al aparcamiento, subo a una de mis motos y salgo a la

carretera en cuestión de minutos. Me gusta lo tranquilas que están las carreteras a estas horas de la noche. Avanzo rápidamente y llego a casa de Marcus en un santiamén.

Cuando llego, me encuentro con mis hermanos en el estudio de Marcus. Jane, la mujer de Marcus, también está aquí. Es la única de mis dos cuñadas que participa activamente en los negocios de la mafia y eso solo por sus cualidades de detective.

Es lista, ingeniosa y sabe protegerse.

Ahora es artista y, por lo que he oído, mis hermanos utilizan su galería para blanquear dinero. No me gusta nada esa idea, pero cuando se trata de la mafia no existe el bien ni el mal.

Me consuelo con el hecho de que la Cosa Nostra no hace daño a las mujeres ni a los niños. Al menos tienen un límite.

— Mira a quién tenemos aquí — me dice Dominic cuando entro.

Él está sentado en una silla giratoria y Marcus está sentado en un sofá al otro lado de su escritorio, con las piernas cruzadas y los codos apoyados en los muslos.

— Pero si es el idiota de los coños.

Pongo los ojos en blanco. Necesito su ayuda, así que me contengo para no mandarlo a la mierda. Me siento al lado de Marcus, me aclaro la garganta, y le dirijo una rápida sonrisa a Jane que está sentada a su otro costado.

— Necesito de su ayuda, hermanos.

— ¿Para qué demonios? — pregunta Marcus, girando la cabeza en mi dirección.

No me gusta la mirada asesina de sus ojos.

— Dejaste que te engañara.

— Ella no tenía muchas opciones — argumento. — Estamos hablando de Elio. Podría haberla matado si se negaba.

— ¿Y entonces qué? — Dominic deja caer las manos sobre el escritorio y cruza los dedos frente a él. — Envío a mis hombres para protegerla. ¿Así nada más?

La vergüenza me cubre como una húmeda noche de invierno. Pero son mis hermanos y no hay nadie más a quien pueda pedir ayuda.

— Ayúdame a salvar a su abuela.

La risita sardónica de Dominic hace que mis fosas nasales se agiten.

— ¿Ayudarte? ¿Bajo qué argumentos? Ni siquiera eres un hombre hecho.

— Soy tu hermano.

— Bueno, como tu hermano —dice— te aconsejaré que te ocupes de tu propia mierda. Puede que seas mi hermano, pero también lo son aquellos hombres que me han jurado sus vidas. No puedo pedirles que arriesguen sus vidas por alguien que los mira con asco.

Debo haber olvidado lo inteligente que es Dominic. Lleva intentando que me una a la Cosa Nostra desde que cumplí catorce años. A pesar de haberlo considerado recientemente, he estado indeciso. Debe ver esto como una oportunidad para tenerme donde quiere.

No me importa. Daré un paseo hasta el infierno por Isabella y por nuestro hijo no nacido si es necesario.

— Bien.

Las cejas de Marcus se disparan. — ¿Qué?

Ignoro a mi segundo hermano, clavando mi mirada en Dominic. — Me uniré a la Cosa Nostra si eso es lo que hace falta para salvarla. Me importa una mierda lo que tenga que hacer. Estoy listo.

— Interesante — ronronea mi hermano mayor. — Llevo años intentando convencerte de que te unas a la Cosa Nostra y te has negado, ¿pero ahora no hay problema porque hay una mujer de por medio?

Se me forma un nudo en la garganta. Trago saliva con fuerza y me duele.

— Ella está embarazada.

Los ojos de mis dos hermanos se abren de par en par.

— Está embarazada — repito. — Lleva a mi hijo dentro.

El silencio llena el aire.

— ¿Dónde está? — pregunta Jane, rompiendo el silencio y hablando por primera vez desde que entré en la habitación. — ¿Está bien?

He estado conteniendo la respiración y no me he dado cuenta hasta ahora. Su pregunta me llena de esperanza porque sé que, si hay alguien que puede ayudarme, es ella.

— Está en su casa. Le pedí que se fuera de la mía porque necesitaba tiempo para pensar.

— ¿Ella tiene alguna idea de dónde podría estar escondido Elio? — pregunta. — Ella podría llevarnos hasta él, pero, en primer lugar, tenemos que asegurarnos de mantenerla a salvo.

— Dudo que sepa dónde se esconde ese cabrón, pero tienes razón, tenemos que ponerla a salvo.

No debería haberla dejado ir. Debería haberla obligado a quedarse en mi apartamento hasta que yo volviera.

— Elio no sabe que lo he descubierto.

— No puedes estar muy seguro de lo que sabe y de lo que no sabe. — Jane consulta su teléfono un momento. — Tenemos que llevarla a casa de Dominic.

Dominic frunce las cejas. — ¿Por qué?

Jane lo mira. — Porque tu casa es el lugar más seguro que se me ocurre en este momento. Allí estará a salvo.

Dominic piensa mientras espero desesperadamente que no rechace la sugerencia de Jane.

— Tendré que informar a mi mujer y podrás traer a Isabella si Elena está de acuerdo. Eso sí, solo lo hago porque está embarazada de mi sobrino.

— Jane también irá — dice Marcus.

Jane pellizca el bíceps de Marcus y éste tuerce el cuello hacia ella. — Si nos llevamos a Isabella, Elio sabrá que vamos por él. Y no se quedará sentado a esperar que lo atrapemos.

Jane asiente con la cabeza. — Estoy de acuerdo. Además, si no le damos otro rehén, probablemente no le hará daño a la abuela de Isabella, ya que tendrá que usarla como cebo.

Cada segundo que pasa, siento una sensación de urgencia cada vez mayor dentro de mí. Solo puedo pensar en la seguridad de Isabella, de nuestro hijo nonato y de su abuela.

Cada segundo que pasa parece una amenaza potencial que se cierne sobre nosotros, y no puedo evitar la sensación de que algo está a punto de salir terriblemente mal. No puedo ignorar el miedo de no ser capaz de protegerla a ella y a nuestro bebé.

— No perdamos más tiempo — dice Jane, su voz corta la tensión de la habitación. — Tenemos que actuar rápido si queremos mantener a Isabella a salvo y encontrar a Elio antes de que haga alguna estupidez.

Dominic asiente, con una expresión seria. — Haré los arreglos necesarios para la seguridad de mi casa después de hablar con Elena. Vincent, ve a buscar a Isabella. Marcus, asegúrate de que todo esté listo para Jane. Yo me encargaré del resto.

Me pongo de pie, listo para entrar en acción. — Me quedaré con ella hasta que tengas confirmación de Elena. — Volteo hacia Jane. — Gracias. — No habría sido tan fácil sin ella.

Mientras me dirijo hacia la puerta, mi teléfono suena en mi bolsillo, indicando una llamada entrante. Miro la pantalla y veo un número que no reconozco. Ignoro la llamada, salgo del despacho y cierro la puerta tras de mí.

Recibo un mensaje del mismo número y lo abro para leerlo.

Hola, Vincent. Soy Naomi. Por favor, contesta.

Se me contrae el estómago y me apresuro a contestar cuando mi teléfono vuelve a sonar.

— ¿Hay algún problema?

— Vincent, creo que algo le pasó a Isabella. No la encuentro por ningún lado y Oreó está desesperada.

— ¿Quién es Oreó?

— Su perra.

Me paso los dedos por el cabello. — Estaré allí en cinco minutos.

Marcus se levanta, notando la preocupación en mi rostro. — ¿Quién era?

— La mejor amiga de Isabella. Isabella ha desaparecido. — Intento respirar hondo. — Creo que Elio se la llevó. Tenemos que encontrarla.

— No tan rápido — dice Dominic con calma. — Si tienen un trato entonces no es extraño que se la haya llevado. Si damos un paso en falso y se entera de que conocemos su plan, entonces solo estaremos poniéndola a ella y a su abuela en más peligro.

Mi mandíbula se aprieta. — Entonces, ¿qué hago? ¿Simplemente debo esperar?

— Sí, debes esperar — responde. — No tomarás ninguna decisión precipitada si quieres que ella y el bebé sigan a salvo. ¿Lo entiendes?

No puedo responder porque ya estoy fuera de la habitación, corriendo hacia mi moto.

La casa de Isabella está hecha un desastre cuando entro en su apartamento. Hay trozos de platos rotos por todas partes. Naomi está acurrucada en un rincón, con la cabeza hundida entre las piernas mientras llora.

— ¿Estás bien? — pregunto, pisando los platos rotos mientras camino hacia ella.

Levanta la cabeza. Tiene los ojos rojos e hinchados de tanto llorar.

— Elio se la llevó. Sé que fue él. ¿Qué vamos a hacer?

— Esperaremos a que regrese.

— No podemos esperar. ¿Y si la mata? — grita ella. — ¿Y si ya sabe de ti?

— No la matará ahora, pero seguro que lo hará si damos un paso en falso. — Miro todas las piezas rotas en el suelo. — Limpiaré este lugar.

Tardo unos minutos en ordenar la cocina y deshacerme de la basura. Me siento en uno de los sofás de la sala, intentando idear un plan por si Isabella no regresa, cuando Naomi se une a mí.

— Recibió un mensaje de Elio esta tarde.

Mi mirada se dirige al teléfono de Isabella en la mano de Naomi. — ¿Qué dice?

— Dijo que le haría una visita. Parece que ella no vio el mensaje. — Me pasa el teléfono. — También dice que tiene una semana hasta que él mate a su abuela.

Capítulo XVIII

Isabella

Me despierto con un intenso dolor de cabeza. Entrecierro los ojos y miro a mi alrededor. Nada en esta habitación en penumbra me resulta familiar. Ni los barriles de la esquina ni los hombres que están junto a la puerta. Ni siquiera el olor.

Tardo un minuto en recordar y me doy cuenta de dónde estoy. Los hombres de Elio me dejaron inconsciente y me raptaron. Malditos idiotas.

El dolor me recorre el cuerpo cuando intento sentarme y suelto un gemido que llama la atención de los dos hombres que están junto a la puerta.

— Mira quién se ha despertado finalmente — dice uno de ellos mientras camina hacia mí.

Lo reconozco. Es el que evitó que su cabecilla me golpeará.

— ¿Dónde estoy?

Sus labios esbozan una sonrisa. — En un lugar seguro. — Voltea hacia el otro tipo. — Dile al jefe que ya ha despertado.

El otro asiente y sale de la habitación. Viendo que no estoy atada ni nada, supongo que Elio no me tiene de rehén. Al menos aún no.

— ¿Por qué me trajo aquí el jefe? — me atrevo a preguntar.

Este tipo parece el más amigable de los que me he encontrado hasta ahora. No me importa tentar a la suerte si eso me prepara para lo que sea que estoy a punto de experimentar con Elio.

Abre la boca para contestar, pero antes de que pueda hacerlo, se abre la puerta. Elio entra y el tipo se aparta rápidamente. Detrás de Elio, alguien trae a mi Nana.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

— ¡Nana! — Me pongo en pie con dificultad, ignorando el dolor que recorre mis músculos agarrotados, y me dirijo hacia ella dando tumbos hasta arrodillarme frente a mi Nana y abrazarla.

— Te he echado mucho de menos.

Siento que la mano de mi Nana me acaricia la cabeza antes de acariciarme suavemente la mejilla.

— Mi dulce, mi dulce niña. Yo también te he echado de menos.

Me aparto y la miro con los ojos muy abiertos. — ¿Puedes reconocerme?

Ella asiente. — ¿Cómo estás?

Llevo su mano a mi mejilla, desesperada por su tacto y su calor. Me reconforta de una forma que me llena el pecho de un resplandor que solo ella puede proporcionarme.

— Estoy bien — le miento.

No estoy bien, me estoy desmoronando. Me estoy haciendo añicos, pero no puedo decírselo.

— Tu abuela ha estado recibiendo tratamiento de uno de los mejores médicos de Nueva York. — La mira y luego vuelve a mirarme. — Te dije que cuidaría de ella mientras fueras una buena chica.

Lo ignoro. — ¿Alguien te ha hecho daño, Nana? ¿Alguien te ha hecho algo?

Ella sonríe. — Estoy bien, mi niña.

— Prometo traerte pronto a casa. Cuenta con eso, ¿de acuerdo? — No sé cómo, pero debo encontrar la manera.

No me importa si tenga que ser con la ayuda de Vincent, o la de sus hermanos.

Antes de que pueda seguir hablando con mi Nana, Elio hace una señal para que se la lleven. Sé muy bien lo que está haciendo. Si algo he aprendido tras mis interacciones con Elio, es que a ese

bastardo le gusta la manipulación.

Probablemente se percató de mi inacción para atraer a Vincent hacia él, entonces organizó este pequeño espectáculo para hacerme más cooperativa. ¿Qué fue lo que dijo? ¿Que tenía al mejor médico de Nueva York tratando a mi Nana? Eso es una mentira.

El dinero que gasta en su tratamiento no significa nada para él y no dudaría en meterle una bala en la cabeza si le diera una razón para hacerlo.

Mi corazón se inunda de tristeza mientras veo cómo se llevan a mi Nana, pero no lloro. Lo último que voy a darle a Elio; son mis lágrimas.

— ¿Qué es todo esto?

Hace una mueca, como si no tuviera ni idea de lo que estoy hablando. — ¿No estás feliz de ver a tu abuela?

— Déjate de tonterías. Sé que no te tomaste la molestia de raptarme y de traerme hasta aquí solo para darme la oportunidad de ver a mi Nana. No eres tan generoso.

Se lleva una mano al pecho y frunce los labios. — Realmente estás hiriendo mis sentimientos, ¿sabes?

A la mierda sus sentimientos.

— Tus deseos son órdenes para mí. Déjame decirte por qué te he traído hasta aquí. — Uno de sus hombres le trae una silla y se sienta. — Estás embarazada, ¿cierto?

Se me corta la respiración. — ¿Qué?

— Tendrás que escuchar con atención, querida. No me gusta repetir las cosas. — Me dedica una sonrisa arrogante.

No me molesto en negarlo. No lo diría si no estuviera seguro.

— Lo estoy, pero no pienso tener al bebé. — Mantengo la cara tan inexpresiva como puedo.

Estoy muerta si se da cuenta de que miento.

— ¿Qué tal si te hago una oferta? — Se inclina hacia delante.

Detesto su olor. A vino agrio y a sangre.

— ¿Qué?

— Tráeme a Vincent en una semana y no solo liberaré a tu Nana, sino que también te daré suficiente dinero para empezar una nueva vida. Si te quedas con el bastardo o no, es cosa tuya.

La ira corre por mis venas, pero no dejo que se note. En lugar de eso, aprieto los dientes con tanta fuerza que me duele. Algún día le arrancaré la lengua.

— ¿Vas a darme dinero para que vaya a otro sitio a empezar una nueva vida?

— Por supuesto. — Se pasa un dedo por la barba. — Pero tu abuela morirá si fallas y tú también morirás.

— Lo haré. — No lo dudo.

Solo quiero alejarme de este hombre y de sus untuosas palabras.

— Bien. — Se levanta de la silla y se alisa el traje. — Entonces esta conversación ha terminado. Haré que mis hombres te dejen en casa. No olvides que tu vida y la de tu abuela dependen de ello.

Cuando sale de la habitación, dos hombres que no había visto antes entran y me ponen de pie. ¿Cuánta gente trabaja para él? Me vendan los ojos y me sacan de la habitación.

Siento la suave brisa que me despeina mientras me sacan afuera y me meten en un coche. Se me enfrían las manos de lo nerviosa que estoy mientras arrancan el coche. Como me han dejado con los ojos vendados, sé que Elio no quiere que sepa dónde está su escondite.

Lo siento por él, pero tengo que averiguar dónde está este lugar. Necesito una pista que me ayude a volver aquí.

Presto atención. Oigo ruidos lejanos, ruidos de maquinaria y un pitido de alarma. Huelo el aire. Huele a polvo, a gasóleo y a tierra recién excavada. Siento que estamos en una mina o en algún lugar cercano a una mina.

El motor del coche ruge y oigo chirriar los neumáticos mientras nos alejamos. Pasa un rato antes de que el coche se detenga finalmente. Aquí el aire huele a limpio y hay mucho silencio.

Uno de los hombres abre su puerta y pronto, se abre la mía también. Me saca del coche.

— No te quites la venda hasta que nos hayamos ido — me ordena.

Murmuro. — De acuerdo.

En cuanto los oigo marcharse, me quito la venda y me desplomo en las escaleras de mi edificio. Cierro los ojos y respiro hondo varias veces.

Pienso en todo lo que podría haber pasado. Elio matándome y enterrando mi cuerpo en algún lugar donde nunca podrían encontrarme. Naomi pasando meses o años buscándome antes de finalmente darse por vencida. Y mi abuela, muerta antes de tiempo. Se me sube la bilis a la garganta.

Solo tienes una semana para traerme a Vincent.

La amenaza de Elio me produce escalofríos. Tengo que hablar con Vincent.

Me pongo en pie, y tambaleándome entro a mi apartamento.

— ¡Isabella!

Estoy tan asustada que casi salgo corriendo del apartamento cuando una mano me sujeta. Reconozco su colonia antes de darme la vuelta y encontrarme con los ojos de Vincent.

— ¿Vincent?

Me faltan fuerzas y me tiemblan las rodillas. Me desplomo sobre su cuerpo y rompo a llorar. Doy unos fuertes sollozos.

Vincent me rodea con sus brazos. Es el lugar más seguro del mundo en este momento y me aferro a él desesperadamente, empapando su camisa con mis lágrimas. Las reconfortantes palmaditas de Naomi en mi espalda me tranquilizan y me consuela saber que no estoy sola.

— Isabella — la voz de Vincent es suave, sus dedos acarician mi cabello mientras habla. — ¿Qué ha pasado? ¿Estás herida?

Sacudo la cabeza, incapaz de encontrar las palabras para describir el miedo y el dolor que me invaden en este momento. ¿Cómo puedo explicarle el terror de haber estado en manos de Elio, aunque solo fuera brevemente, la incertidumbre sobre la seguridad de mi abuela y el peso de la inevitable decisión que me he visto obligada a tomar y que todos podríamos pagar con nuestras vidas?

Vincent se aparta, me sujeta la cara con las manos y me mira a los ojos. — Isabella, ahora estás a salvo. Estás conmigo — me dice con firmeza, con voz tranquilizadora. — Sea lo que sea, lo resolveremos juntos. No tienes que afrontar esto sola.

Respiro entrecortadamente, tratando de serenarme mientras lo miro a los ojos. — Elio... me ha dado una semana para que te entregue o matará a mi abuela — consigo atragantarme, con un sabor amargo en la lengua.

Vincent aprieta la mandíbula y su expresión se endurece. — No dejaré que les pase nada ni a ti ni a tu Nana, *amore* — jura con voz firme y decidida. — Encontraremos la forma de encargarnos de Elio.

Antes de que pueda protestar o discutir, Vincent voltea hacia Naomi, y dice con tono firme.

— Lleva a Isabella a su habitación. Necesita empaacar, luego la llevaré a casa de Dominic. Se quedará allí por el momento, estará más segura.

Lo miro sorprendida, la confusión se arremolina en mi mente. — ¿La casa de Dominic? Pero...

Vincent me agarra por los hombros y me mira fijamente a los ojos. — Confía en mí, Isabella. La casa de Dominic está fuertemente custodiada, y Elena está dispuesta a recibirte. Ya ha aceptado que te quedes. Me aseguraré de que no les pase nada ni a ti ni a tu Nana.

La casa de Dominic.

Los hermanos de Vincent probablemente me odien por lo que casi le hice. ¿Cómo puedo estar cómoda recibiendo su protección? No soy más que una traidora y sé que me odian. Yo también me odiaría, si fuera ellos.

Quiero discutir, protestar contra la idea de ir a casa de Dominic, pero en el fondo sé que tiene razón. Elio no dudará en secuestrarme de nuevo, y no puedo arriesgarme a poner a Vincent o a alguien más en peligro por mi culpa. Solo seré una carga para Vincent si Elio vuelve a encontrarme. Con el corazón encogido, asiento en silencio, dejando que Naomi me aleje del abrazo de Vincent y me lleve a mi habitación.

Ella toma mi bolso y yo saco la ropa del armario. No sé cuánto tiempo voy a quedarme allí, así que necesitaré ropa suficiente para una temporada.

— ¿Pudiste ver a tu Nana? — me pregunta Naomi en voz baja mientras me ayuda a meter la ropa en el bolso.

Asiento con la cabeza. — Está mucho mejor que la última vez. Incluso me ha reconocido.

Naomi me toma de la mano y me la aprieta con fuerza. — Sé que todo esto es muy duro, pero prométeme que aguantarás hasta que todo acabe.

Sonrío a mi mejor amiga. No sé qué habría hecho si no la tuviera.

— Lo haré. — Oreó entra en la habitación y se sube a la cama.

Menea el rabo y empieza lamerme con entusiasmo.

— Una cosa más...

— Lo que quieras.

— ¿Cuidarías a Oreó por mí? — No quiero llevármela ya que por ahora me mudo a casa de otra persona.

Si no les gustan las mascotas, entonces solo será un inconveniente.

Una sonrisa se dibuja en sus labios. — Claro. Cuidaré de Oreó hasta que todo esto termine.

— Gracias. — Le doy un fuerte abrazo porque no sé cuándo será la próxima vez que la vea. — No te olvides de comer y cuídate.

Me devuelve el abrazo. — Lo haré. Tú también deberías hacer lo mismo. No pienses ni llores demasiado. — Se aparta y me frota la barriga. — No dejes que le pase nada a mi sobrina o sobrino. Realmente espero que sea una hermosa niña.

Me río. — ¿Una chica más para nuestro equipo? No puedo protestar.

Volvemos a abrazarnos, esta vez durante más tiempo. Oreó empieza a ladrar y a saltar, la abrazo también. Naomi y yo rompemos a reír de todo el pelo que tengo encima cuando mi preciosa perra sale corriendo hacia la sala. Terminamos de empacar mis cosas y ella lleva mi bolso a la sala.

— ¿Estás lista? — pregunta Vincent, agarrando el bolso de Naomi.

— Sí.

Hay una camioneta blanca afuera que no estaba cuando llegué. Mirándolo, sé que es de Vincent. No conozco a nadie que esté más obsesionado con el blanco que él.

Se da cuenta de que estoy mirando el todoterreno y sonrío. — Le pedí a Luca que lo trajera. Espero que no te importe.

Le devuelvo la sonrisa. — Claro que no. — Miro el edificio de mi apartamento por última vez antes de que Vincent me abra la puerta del coche.

Mientras nos dirigimos hacia la casa de Dominic, no puedo evitar la sensación de miedo que me carcome por dentro, pero me aferro a la esperanza de que la promesa de Vincent se cumpla y que, de alguna manera, todo salga bien. No veo la hora de despertarme un día sabiendo que mi Nana está a salvo y que no hay ningún Elio en el mundo para atormentarme.

Capítulo XIX

Isabella

— Isabella, hemos llegado — susurra Vincent desde el asiento del conductor.

Cuando abro los ojos, su cara está a escasos centímetros de la mía.

Levanto una mano para taparme la boca mientras bostezo. Dios, estoy agotada.

— ¿Hemos llegado?

Cuando miro por la ventana, no puedo evitar quedarme asombrada por la grandeza de la propiedad. El extenso terreno está inmaculadamente ajardinado, con un césped bien cuidado y exuberantes macizos de flores que se extienden ante mí. La mansión en sí es grande e imponente, su gran fachada adornada con intrincados detalles arquitectónicos. Puedo decir que Dominic es increíblemente rico con solo mirar este edificio.

Cuando salgo del coche, Vincent lo rodea y se acerca a mí, guiándome hacia las puertas dobles negras.

Miro el coche. — No he traído mi bolso.

— Alguien lo traerá — dice mientras entramos.

El vestíbulo está decorado con muebles modernos y caros. Los suelos son de mármol blanco y las arañas de cristal cuelgan de lo alto. Hay una enorme escalera bordeada de retratos que supongo que son antepasados de los Romano, que conducen a la siguiente planta. En el vestíbulo hay dos hermosas mujeres, cada una con una amplia sonrisa en el rostro. Una tiene el cabello rubio ceniza y la otra; oscuro, que se refleja en el resplandor amarillo del vestíbulo. Ambas están vestidas con lo que puedo deducir que es ropa muy cara. Deben ser las esposas de Dominic y Marcus, pero no sé quién es quién.

Naomi me habló de ellas, estoy bastante segura. ¿Por qué no puedo recordar nada de lo que me dijo? Me devano los sesos, pero no sirve de nada.

Les sonrío. — Hola, soy Isabella.

Me avergüenzo porque es obvio que me estaban esperando, así que ya saben quién soy. Soy una idiota.

La del cabello rubio ceniza sonrío. — Sabemos quién eres. Bienvenida a la mansión Romano.

— Eres más guapa de lo que pensaba — dice la de cabello negro. — Soy Jane, la esposa de Marcus y ella es Elena. Encantada de conocerte.

— Encantada de conocerte a ti también. — Extiendo la mano para estrechársela, pero ella me abraza.

— Has pasado por mucho — dice Elena. — Me alegro de que al menos tú, y el bebé, estén a salvo.

— Elio, ese maldito — dice Jane mientras aprieta los puños. — Debería haberlo matado cuando tuve la oportunidad.

Mis cejas se disparan. — ¿Lo conoces?

— ¿Conocerlo? — Se mofa. — Trabajé con ese bastardo durante años. Éramos muy amigos. Hizo un buen trabajo engañándome después de haber matado a mi padre.

Me quedo boquiabierta. — Estás bromeando, ¿verdad?

— Ojalá fuera así.

— ¿Eres Isabella Sullivan? — Dice una voz ronca y profunda.

Cuando levanto la vista, hay dos hombres de más de dos metros junto a Elena y Jane.

Mandíbulas afiladas, ojos azules penetrantes, rasgos apuestos. Parecen versiones mayores de Vincent, solo que creo que Vincent es más guapo.

Aún así, son la perfección. Y me intimidan muchísimo.

— Sí, soy Isabella Sullivan — respondo, bajando la cabeza.

Estoy demasiado avergonzada para enfrentarme a ellos, y tengo demasiado miedo. Han salido en la prensa sensacionalista, así que sé quién es quién.

Dominic es el mayor y el jefe de la Cosa Nostra. He oído muchas cosas brutales y violentas sobre él. No me atrevería a enfrentarme a él ni a faltarle el respeto.

Marcus no es muy diferente a Dominic. Es igual de cruel. Había oído que se encarga de dirigir los negocios.

— Bienvenida — dice Marcus.

Su voz es tan fría que me estremezco y no puedo evitar sentir que solo se obliga a ser cortés conmigo por Vincent.

Ninguno de ellos me dice otra palabra.

Dominic me evalúa un momento antes de decir. — Vincent. Al despacho. Ahora.

Ambos se alejan antes de que Vincent pueda responder.

Vincent me frota la espalda. — ¿Estás bien?

Parpadeo y asiento con la cabeza.

— Elena y Jane te ayudarán a instalarte. Volveré enseguida. — Me planta un beso en la coronilla.

Cuando se va, Elena sonríe. — Creo que está profundamente enamorado de ti.

Mis mejillas se ruborizan. — Solo es amable conmigo.

Jane levanta la mano. — Por favor, está enamorado de ti. Probablemente no conoces la historia de Vincent y por eso piensas que es amable. Nunca creí que ese tipo se enamoraría. Pero aquí estamos.

— ¿Qué historia? — Inmediatamente me muerdo el labio.

No estoy en posición de hacer preguntas como esa.

— Lo siento, no debería haber preguntado.

— Tranquila — dice Elena, enlaza su brazo con el mío. — Vamos a buscarte algo de comer y luego puedes refrescarte mientras te contamos todo lo que necesitas saber sobre Vincent.

Asiento y las sigo sin protestar.

La cocina es tres veces más grande que la mía, con armarios blancos y una isla. En la cocina hay una señora de unos cincuenta o sesenta años preparando una salsa. El dulce aroma de su comida me revuelve el estómago.

Se endereza y sonríe cuando me ve.

— Esta es la Sra. Ajello — dice Jane — se encarga de preparar toda la comida de esta casa.

— Hola, Sra. Ajello. Soy Isabella. — Le devuelvo la sonrisa.

— Encantada de conocerla, Srta. Sullivan. Prepararé todas sus comidas. — La Sra. Ajello se frota la mano en el delantal. — Soy muy buena cocinera.

— Por favor, dime Isabella. Me parece bien. — Me resulta vergonzoso que me llamen por mi apellido cuando no estoy en el trabajo.

— De acuerdo, Isabella. A cambio, tendrá que llamarme Maria. — Asiento con la cabeza.

Señala uno de los taburetes junto a la isla de la cocina. — Por favor, siéntese, enseguida tendré algo listo para que pueda comer — me dice. — ¿Quiere beber algo mientras espera?

— Agradecería un vaso de jugo.

Maria sonríe. — Lo tendré listo en un momento.

Nos sentamos y, unos minutos más tarde, Maria me tiende un vaso de zumo de naranja natural. Se lo acepto y le doy las gracias. Ella sonríe y vuelve a preparar su salsa.

Dando un largo trago al zumo, dejo el vaso y dirijo mi atención a Jane. — ¿Me estabas diciendo algo sobre Vincent?

Elena y Jane intercambian una mirada cómplice antes de que Jane hable.

— Isabella, deberías saber que antes de conocerte, Vincent no era de los que sentaban cabeza. Él era... ¿cómo decirlo con delicadeza? Las citas y el amor no eran lo suyo, prefería salir con varias mujeres.

Mis mejillas se sonrojan de vergüenza al darme cuenta de lo que están insinuando.

— ¿Quieres decir que solía ser un mujeriego?

Jane asiente. — En cierto modo, sí. A Vincent siempre le ha gustado la vida nocturna, los clubes, las fiestas... Le gustaba pasarla bien, y nunca ha sido de los que dicen que no a una mujer bonita.

— Y tuvo muchas aventuras — añade Elena, con un tono suave pero objetivo. — Pero nada parecía durar. El compromiso lo asustaba. Comparaba el hecho de establecerse con una mujer con estar enjaulado.

Trago saliva, sintiendo una punzada de decepción e incertidumbre. — Entonces, ¿nunca ha tenido una relación seria?

Jane niega con la cabeza. — No que sepamos nosotras, hasta que te conoció. Vincent siempre ha mantenido su vida personal muy en privado, y por lo que hemos visto, nunca ha mantenido a una mujer el tiempo suficiente como para que pudiéramos conocerla.

Elena extiende la mano y me la aprieta. — Pero eso no significa que sea incapaz de amar, Isabella. Vincent puede tener sus defectos, pero también es un hombre de buen corazón. Es leal a su familia y a sus amigos, y siempre ha estado ahí para nosotros cuando lo hemos necesitado.

Respiro hondo, intentando procesar todo lo que me están contando. La reputación de Vincent como donjuán no es precisamente algo reconfortante, pero al mismo tiempo no puedo negar la conexión que siento con él, la forma en que me hace sentir segura y protegida.

Y el hecho de que se preocupe por mí y por mi bebé a pesar de lo mucho que le he hecho daño, simplemente no puedo ignorarlo.

— Contigo es diferente, Isabella — continúa Elena, ahora con un tono más suave. — Podemos verlo en la forma en que te mira, en la forma en que habla de ti. Puede que Vincent no haya tenido una relación estable en el pasado, pero eso no significa que no sea capaz de tenerla. Tal vez seas tú quien finalmente logre cambiarlo.

Les ofrezco una pequeña sonrisa, agradecida por sus palabras de ánimo. — Gracias, Elena, Jane. Agradezco su sinceridad. Están pasando muchas cosas ahora mismo y no creo que esté en el estado mental apropiado para tener una relación.

Jane pone una mano sobre la mía. — No digo que debas salir con él ahora, pero espero que le des una oportunidad cuando todo esto acabe.

— Lo tendré en cuenta. — Me gusta Vincent, pero necesito estar segura de que quiere sentar cabeza antes de tomar ninguna decisión.

No quiero atarlo con mis problemas o con el bebé que estoy esperando. Seré feliz mientras él lo sea.

Ambas me devuelven la sonrisa, su calidez y amabilidad me tranquilizan.

— Como sea, Isabella. Ahora, debes comer algo. Debes estar hambrienta después de todo lo que has pasado.

Elena camina hacia donde Maria está sirviendo la comida en un plato. Cuando vuelve, lleva un plato de pollo al curry con arroz y me lo pone delante.

Aspiro el aroma de la comida y se me hace la boca agua. — Gracias.
— Te traeré más zumo.

Capítulo XX

Vincent

La tensión de todo lo que ha pasado con Isabella y Elio pesa sobre mis hombros mientras nos reunimos en el estudio de Dominic.

Él está sentado detrás de su escritorio, con expresión estoica e ilegible, mientras Marcus camina de un lado a otro con el ceño fruncido. Dante se sienta en el sillón reclinable a su lado.

Me siento en uno de los sillones de cuero, con la mente acelerada pensando en Isabella y en el peligro al que se enfrenta. Pero ahora no es el momento de pensar en mis problemas personales. Tenemos un enemigo común al que enfrentarnos, uno que se ha atrevido a desafiar a la familia Romano.

— Todavía no tenemos ni idea de dónde se esconde Elio — dice Marcus, con la voz cargada de furia. — Elio Valentes ha cruzado una línea, atacando nuestros almacenes y matando a nuestros hombres. Si no lo encontramos pronto, podríamos perder más de lo que ya hemos perdido.

Dominic asiente con la mandíbula apretada. — Tenemos que enviar un mensaje claro de que no toleraremos que nos siga atacando. ¿Se ha despertado de su sueño reparador el desgraciado del sótano?

Marcus niega con la cabeza. — No lo ha hecho.

Me inclino hacia delante, mi mirada oscila entre mis hermanos. — ¿Cómo vamos a hacer para encontrarlo? Elio es astuto y ha conseguido evadirnos durante demasiado tiempo. Necesitamos un plan.

Marcus deja de caminar y me dirige una mirada severa. — Empezaremos por reforzar nuestro control dentro de la ciudad. Reuniremos información, aprovecharemos nuestras conexiones y no dejaremos ninguna piedra sin remover hasta localizarlo.

Dante interviene con voz tranquila. — También debemos anticiparnos a su próximo movimiento. Elio no se echará atrás tan fácilmente. Volverá a atacar, y tenemos que estar preparados.

Asiento con la cabeza, mi mente se llena de posibilidades. — Aumentaremos la seguridad en los almacenes, crearemos equipos de vigilancia y mantendremos bien vigilados a sus socios conocidos. Tenemos que ir un paso por delante de él en todo momento.

Dominic se echa hacia atrás en su silla, con una expresión pensativa en el rostro. — ¿Y qué pasará con Isabella? Es un objetivo mientras siga vinculada a nosotros. Tenemos que garantizar su seguridad.

Siento una oleada protectora al oír el nombre de Isabella. — Cuidaré de ella — digo con voz firme. — No dejaré que nada le suceda.

Dominic asiente con la cabeza, un atisbo de sonrisa se dibuja en la comisura de sus labios. — Bien. Pero recuerda, Vincent, estamos en guerra. Y en la guerra no hay nada garantizado. Tenemos que estar preparados para todo y tú no eres un hombre hecho. No sabes cómo funciona la mafia.

Me encuentro con su mirada, con la determinación ardiendo en mis ojos. — Lo entiendo, Dominic. Pero crecí en la mafia, así que sé cómo funcionan las cosas y no descansaré hasta que Elio Valentes pague por lo que ha hecho.

Hay un breve momento de silencio.

— Serás iniciado mañana por la noche — dice Marcus, rompiendo el silencio. — Es la única manera de que los otros hombres confíen en ti y acepten trabajar contigo.

Lo pienso, pero pensar no me servirá de mucho en este momento. Isabella lleva en su vientre a mi hijo nonato y necesito protegerlos a ambos, no me importa lo que me cueste.

Mirando a mi hermano mayor, asiento. — Está bien.

La preocupación se abre paso en la expresión de Marcus. — Sabes que no hay vuelta atrás una vez que pasas a formar parte de la Cosa Nostra, ¿verdad?

— Lo sé — respondo.

Aunque la vida de Isabella no corriera peligro y no estuviera embarazada de mí, lo haría para proteger a mi familia. Pero saber lo que podría perder si algo sale mal me hace estar aún más decidido a proteger lo que es mío.

— Está decidido entonces. Te convertirás en un hombre hecho mañana por la noche. — En lugar de la expresión de felicidad que esperaba en el rostro de Dominic, sus hombros se hunden, como si cargara con el peso del mundo.

Para ser honesto, así es. Dominic siempre ha sido el que cuida, lidera y se sacrifica por mí y por Marcus, ya es hora de que haga algo por él. Algo para aliviar parte de la carga que le pesa.

— He concertado una reunión con Alexei — dice Dante.

Se levanta de la silla y se dirige hacia la nevera del bar que está en un rincón del despacho de Dominic. Toma una botella de vodka y un vaso de chupito, vuelve a su asiento y se sirve un trago.

— Ese bastardo sigue siendo tan engreído como siempre.

— Bien. Podríamos necesitarlo si las cosas se ponen feas. — Dominic golpea su escritorio con los dedos.

Se queda pensativo durante un par de segundos. — Necesito hablar con Mikhail.

Mikhail. El nombre no me suena.

— ¿Quién es Mikhail?

— El hermanastro menor de Alexei. — Marcus aprieta la mandíbula. — Ese idiota nos tuvo dando vueltas por Nueva York buscándolo hace meses.

He oído hablar de Alexei. Es conocido por ser el hijo pródigo que confabuló con los enemigos de su padre, o sea, con mis hermanos. Hizo que mataran a su padre y le robó el trono como jefe de la Bratva.

Por lo que he oído, el padre de Alexei había matado a su madre y se había casado con otra mujer. Este Mikhail del que hablan debe ser uno de los hijos que el padre tuvo con su segunda mujer.

— Por eso necesito hablar con él — dice Dominic. — Ha trabajado con Elio Valentes. Debería poder contarnos algunas cosas sobre él.

— ¿Cómo podría saber algo de Elio si los de la Bratva también son rivales de la Camorra? — pregunto.

Necesito saber cómo funcionan las cosas en este mundo en el que he vivido al margen.

— El cabrón huyó de casa tras la muerte de su padre — responde Marcus. — Probablemente pensó que Alexei lo mataría.

— Pero eso no era cierto. Aunque son medio hermanos, Alexei quiere a sus hermanos a muerte.

— Dominic mueve la cabeza y me mira de una manera que me llena de culpa. — Los mayores siempre tienen que sufrir. En resumen, lo atrapamos y lo hice pasar una semana en mi calabozo antes de devolvérselo a su hermano. Me habría encantado tenerlo más tiempo.

— Eres realmente una bestia, hermano. — No quise decir eso, pero mi hermano es realmente retorcido.

— Los jóvenes necesitan disciplina. — Dante bebe su vodka y frunce el ceño. — Mírate, convirtiéndote en un hombre hecho a estas alturas de la vida. Es una verdadera vergüenza.

Lo fulmino con la mirada. Ser molesto es el mayor talento de Dante. Estoy seguro de que Marcus piensa lo mismo. Me sorprende que Dominic aún lo tenga como amigo sin haberle arrancado la lengua de la boca. Dominic tiene mal genio y Dante habla demasiado para su propio bien. Son una combinación extraña. Realmente.

Dante me mira con desconfianza, dando vueltas al vodka en su mano. — ¿Has intentado preguntarle a Isabella qué sabe de Valentes? Puede que sepa dónde está.

— Ella no sabe nada que él no querría que supiera. No es tan estúpido. — Sé que estoy siendo más emocional que lógico, pero casi la pierdo hoy.

No sé qué habría hecho si le hubiera pasado algo. Hubiera quemado el mundo y me hubiera importado una mierda a quién hubiera hecho daño.

Habría buscado a Elio por todos los rincones del infierno hasta encontrarlo. Entonces... entonces le habría hecho sufrir un destino peor que la muerte.

— No estoy de acuerdo con eso. El hombre es estúpido — dice Dante con una risa sardónica. — Pero bueno. Lo que tú digas, hombre. Es tu chica. Pero si ella nos traiciona, no dudaré...

— Te sugiero que tengas cuidado con la manera en que terminas esa frase, Dante — gruño, interrumpiéndolo.

Dante me frunce el ceño. — ¿Qué vas a hacer? ¿Meterme una bala en la cabeza? — Su risa retumba en el estudio. — Ni siquiera pudiste controlar a tu chica y mira el desastre que has causado.

Me pongo en pie y me acerco a él. — Dilo una vez más.

Dante abre la boca para repetir la estupidez que acaba de salir de ella, pero es la voz de Dominic la que me detiene.

— Basta de estupideces. Los dos.

Cierro los dedos en puños y respiro con dificultad para no acercarme a Dante y darle un puñetazo en la cara. Es un maldito con suerte.

— Esta reunión ha terminado — dice Dominic, sentándose en su silla y entrelazando los dedos frente a él. — Continuaremos esta discusión después de la iniciación y de que todos ustedes se comporten mejor. Ahora, fuera todos.

Respiro hondo mientras miro a mis hermanos y salgo del despacho antes de hacer algo de lo que luego pueda arrepentirme.

Isabella está en la ducha cuando entro en su habitación. Puedo oler el champú de fresa y el jabón de baño. Estoy tentado a acompañarla, pero supongo que se asustaría y no quiero hacer nada que la incomode. Ya es bastante duro para ella pensar que mis hermanos la odian.

Camino hacia la cama, me siento en ella y dejo que mis pensamientos vaguen hasta mañana por la noche. Me convertiré oficialmente en un hombre hecho tras derramar la sangre de uno de nuestros enemigos. Pienso en mis días en el ejército, en todas las vidas que salvé y en el trauma de no haber podido salvar a la persona que más me importaba. Mi mejor amigo.

No pasará una segunda vez. Mantendré a mi familia a salvo, tengo que hacerlo. Mañana cobraré una vida para asegurarme de ello.

El agua deja de correr e Isabella sale un minuto después. Lleva una toalla alrededor del pecho y otra cubriéndole el cabello. Está hermosa. Tan hermosa que mi hombría se agita y chispas de electricidad hormiguean en mis venas.

— Hola — me dice al verme.

Está nerviosa, me doy cuenta por cómo sus dedos juegan con el borde de la toalla.

— No esperaba que volvieras tan pronto.

— ¿Te sientes incómoda con mi presencia? — Debería ser un caballero y salir de la habitación si

es que lo está, pero no puedo.

Necesito abrazarla, consolarla y hacerla sentir segura. Es lo que ella necesita después del día que ha tenido.

Una leve sonrisa se dibuja en sus labios mientras se desenrolla la toalla alrededor de la cabeza y su cabello plateado cae sobre sus hombros. *Es una maldita diosa.*

— No, no me siento incómoda cerca de ti. Solo estoy avergonzada.

— Hey. — Me levanto y camino cautelosamente hacia ella. — No tienes nada de qué avergonzarte.

Su mirada cae al suelo. — Te he traicionado. Soy una cobarde y una maldita idiota. No te merezco.

— Mírame, *amore*. — Acerco mi mano a su cara, le acaricio la mejilla e inclino su rostro hacia el mío. — Has pasado por mucho. Hiciste lo que tenías que hacer y te mereces todo lo mejor del mundo. Ahora es mi trabajo protegerte y te prometo que no dejaré que les pase nada ni a ti ni a nuestro hijo.

Sus ojos se empañan al mirarme. — ¿Nuestro hijo? ¿No estás enfadado por mi embarazo?

Sonrío. — ¿Por qué iba a estarlo? Claro, al principio estaba aturdido porque no esperaba ser padre, pero tú y este bebé son lo mejor que me ha pasado en la vida.

Se le llenan los ojos de lágrimas. — Gracias. Tenía tanto miedo de ser madre soltera. Tenía tanto miedo de pasar por esto sola.

Dios, odio ver sus lágrimas.

La atraigo hacia mí y le doy un abrazo. — Ahora nunca estarás sola, *amore*. Estaré contigo en cada paso del camino. Todo lo que tienes que hacer es apoyarte en mí.

No la suelto hasta que deja de llorar. Cuando se aparta, se pone un camisón rojo. La ayudo a secarse el cabello y se lo cepillo antes de meternos juntos en la cama. Apoya la cabeza en mi hombro y la abrazo con fuerza mientras nos quedamos dormidos. Por esta noche, me permitiré soñar con una vida con ella y con nuestro hijo, una vida en la que no haya peligro ni derramamiento de sangre.

Capítulo XXI

Isabella

En cuanto abro los ojos, me arrepiento al instante. Un sol cegador entra en la habitación por los grandes ventanales. Las cortinas están abiertas, aunque las habíamos cerrado antes de dormir anoche.

Cierro los ojos y busco a Vincent en su lado de la cama, pero no lo siento. Espero un momento antes de volver a abrir los ojos, y presto atención a ver si escucho el sonido del agua corriendo por si estuviera en el baño. Pero no oigo nada.

— ¿Vincent? — Suenan las alarmas en mi cabeza y no puedo respirar mientras lo busco. — ¿Vincent?

Se me llenan los ojos de lágrimas. Antes de darme cuenta, salgo corriendo de la habitación y bajo las escaleras gritando su nombre con todas mis fuerzas mientras el pánico me consume.

— ¿Isabella?

Me doy la vuelta y encuentro a Elena mirándome desde el vestíbulo. Tiene el ceño fruncido y una expresión confusa en el rostro.

— ¿Lo has visto?

— ¿A quién? ¿A Vincent? — pregunta como si aún no estuviera segura de lo que me pasa.

Asiento con la cabeza. Siento una opresión en el pecho y estoy a punto de desmayarme.

— Estaba en la cama conmigo y cuando me desperté ya no estaba. ¿Pasó algo mientras dormía?

— Vincent salió con Dominic y Marcus esta mañana. Se fueron temprano — dice ella. — ¿Está todo bien contigo?

Me sujeto el pecho y lleno mis pulmones de aire por primera vez desde que desperté. ¿Por qué tenía tanto pánico? ¿Qué me sucede?

— Estoy bien. Siento si te he preocupado, es que... temía que algo hubiera... — Paro de hablar antes de decir algo que me haga parecer aún más estúpida de lo que ya parezco.

— Isabella, puedo asegurarte de que lo que sientes es normal. Se avecina una guerra y está bien tener miedo. — Una sonrisa se dibuja en sus labios. — Yo también tengo miedo de que le pase algo a Dominic. Obviamente no quiero perder a mi marido y al padre de mis hijos. Tampoco quiero estar sola.

Me tranquiliza saber que ella también tiene miedo. No soy la única.

— ¿Qué haces en días así?

Su sonrisa se desvanece un poco. — No hago nada. Solo me mantengo fuerte por mis hijos y espero que vuelva a casa conmigo cada noche.

— Gracias por compartir eso. Me hace sentir mejor.

Me froto la barriga, necesito el contacto con mi bebé. Tengo que mantenerme fuerte por él. Debo hacerlo.

— Ven, haré que Maria te prepare el desayuno. — Elena se dirige a la cocina y yo la sigo.

En la cocina está un niño de ojos azules y cabello oscuro. No parece mayor de nueve años y está atiborrándose de tostadas. ¿Es su hijo o de Jane? Lo único que sé es que tiene rasgos de los Romano, hasta un ciego podría verlo.

Maria me mira a los ojos y sonríe.

— Buenos días, Maria — saludo mientras acerco un taburete junto al niño.

— Buenos días — me contesta, con el acento italiano que se me había escapado anoche.

Está ocupada poniendo piñas en el exprimidor.

— ¿Pudo descansar bien anoche?

Asiento con la cabeza. — Así es. Gracias por preguntar.

El niño gira la cabeza hacia mí como si acabara de darse cuenta de mi presencia.

— Hola, tú debes ser la tía Isabella. Yo soy Lucas.

Me quedo helada. ¿Cómo sabe mi nombre? ¿Y me llama «tía»? Siempre había deseado que Naomi tuviera bonitos bebés que me llamaran tía, pero esto es demasiado repentino y realmente no sé cómo responder.

— Hola, Lucas. Encantada de conocerte.

Me escruta y luego voltea hacia Elena. — Mamá, es aún más bonita que en la foto.

¿Así que es el hijo de Elena y Dominic? Anotado. ¿Pero de qué foto está hablando? No me atrevo a preguntar.

Elena frunce el ceño. — No seas grosero, Lucas. Termina tu comida o llegarás tarde a la escuela.

Lucas se inclina hacia mí y me susurra. — No se lo digas a nadie, el tío Vincent es mi tío favorito porque juega conmigo a los videojuegos. Mi madre me ha dicho que eres su novia, así que me agradas más que la tía Jane.

— ¿He oído a alguien decir que la tía Jane es su menos favorita? — dice Jane mientras entra en la cocina. — Lucas, eso no es justo. Acabas de herir mis sentimientos.

— No te preocupes, tía Jane. A ti te quiero más que al tío Marcus. — Se ríe, mostrando el diente que le falta en la mandíbula inferior.

Elena sacude la cabeza y lanza un suspiro. — No puedes tener favoritos cuando se trata de la familia, Lucas. Ahora termina tu comida.

Lucas parece querer decirle algo a Elena. En lugar de eso, vuelve a inclinarse hacia mí.

— Mamá dice eso, pero yo sé que miente. A ella le gusta más papá que todos los demás de la familia.

— Lucas — advierte Elena.

Me río sin poder contener la risa. Es tan simpático.

— Bueno, pues tú eres mi sobrino favorito.

Maria le trae un vaso de zumo a Lucas y él se lo agradece mientras lo toma. Es un niño muy educado. Estar sentada a su lado me hace aún más feliz por el hecho de que pronto seré madre.

Lucas frunce el ceño. — No puedo ser tu sobrino favorito cuando soy tu único sobrino. — Se bebe el zumo de un trago.

Baja del taburete y toma una mochila de Bob Esponja de la silla de al lado.

— Adiós mamá. Adiós tía Jane y tía Isabella. Adiós Maria.

Sale por la puerta antes de que ninguna de nosotras pueda replicar.

— Ese chico está lleno de energía. Ojalá las cosas fueran diferentes para mí y para Marcus — dice Jane, poniendo una taza delante de la cafetera.

Su expresión se vuelve triste.

Elena se acerca a ella y le pone una mano en el hombro. Sé lo que eso significa. Como ella y Marcus no tienen hijos, ella está triste por eso, probablemente lo están intentando, pero no funciona.

No estoy segura de qué decir, teniendo en cuenta que somos básicamente extrañas. No quiero decir algo y acabar disgustándola.

— ¿Hay algo divertido que hacer por aquí? — pregunto, con la esperanza de aligerar la tensión en la cocina.

Elena camina hacia la isla y se sienta frente a mí. — Sí. Pero primero tengo que enseñarte el

lugar y luego podrás conocer a tus guardaespaldas.

No estoy segura de haberla oído bien. — ¿Guardaespaldas?

— Sí, guardaespaldas. No me digas que Vincent no te lo dijo.

Sacudo la cabeza con tanta fuerza que podría haber caído rodando al suelo. — No me lo dijo.

— Cada una de nosotras tiene dos guardaespaldas que nos siguen si salimos de la mansión. La casa está rodeada por más guardias. — Debió notar lo incómoda que me siento con eso, pues sonrío y dice. — Al principio no es fácil tenerlos cerca, pero pronto te acostumbrarás.

No estoy segura de que lo haga, pero está bien.

Jane se une a nosotras. — No te sientas tan mal por eso. Elena dirige una empresa multimillonaria y yo tengo una galería. Créeme cuando te digo que es bastante fastidioso no poder ir a trabajar sin guardaespaldas. Mis habilidades de combate no significan nada para Marcus.

— ¿Sabes pelear?

— Fui detective durante años. Claro que sé pelear. — Cruza los brazos sobre el pecho. — Fui una de las mejores detectives de Nueva York. Y también la más joven — añade.

— ¿Entonces por qué elegiste dirigir una galería? — pregunto, interesada.

— Solo me hice detective para encontrar a la persona que mató a mi padre. — Hace una pausa.

— Entonces lo dejé y elegí perseguir mi sueño luego de haber descubierto que fue Elio.

Miro a Elena. — ¿Y tú? ¿Tienes alguna historia loca con Elio?

Elena se encoge de hombros. — No, pero tuve una con David Peterson. El tío de Dominic. Es una larga historia.

Apoyo el brazo en la isla. — Tenemos todo el día.

Elena sonrío. — Él quería el puesto de Dominic como jefe de la Cosa Nostra y cuando se enteró de mi existencia y la de mi hijo, me secuestró e intentó secuestrar a Lucas luego de financiar mi empresa para un proyecto.

— Eso es enfermizo — me oigo decir.

— La mafia es mucho más enfermiza y oscura de lo que crees, Isabella. Pasé años intentando acabar con la mafia italiana.

Una señora entra en la cocina y lleva de la mano a una niña idéntica a Elena. La niña suelta una risita al ver a su madre.

— Mamá. — Corre hacia Elena y levanta los brazos para que Elena la cargue.

Elena la levanta en brazos y la coloca sobre su regazo. — ¿Cómo estás, cariño?

La niña sonrío. — Estoy bien — dice entusiasmada. — Te extrañé, mamá.

Sus palabras aún no son muy claras, pero puedo entenderlas habiendo trabajado con niños durante años.

— Tu hija se parece mucho a ti. Es muy bonita.

— Gracias. — Elena mira a su hija con cariño. — Todos dicen que se parece a mí. Pero realmente quería que se pareciera a Dominic. Se llama Sophia.

Maria nos sirve la comida. Tortitas de manzana con arándanos y frambuesas. Les sirve a Elena y a Jane una taza de café a cada una y a mí un vaso de zumo de naranja natural. Ella insiste en que no puedo tomar café porque estoy embarazada y no discuto con ella.

Después del desayuno, Elena, acompañada de sus guardaespaldas, lleva a Sophia a la guardería, mientras Jane me enseña los alrededores y me presenta a mis guardaespaldas.

Ambos son altos y grandes como montañas. Nico tiene el cabello largo, oscuro y rizado y una espesa barba que le cubre casi todo el cuello. Abramo es más delgado. Lleva el cabello recortado y no tiene barba, pero es bastante alto.

¿Cómo se supone que van a ser mis guardaespaldas si me dan miedo?

— No, me niego a que estos hombres me sigan a todas partes — digo tajantemente. — No necesito guardaespaldas.

— No puedes negarte. Vincent los eligió personalmente. — Jane se acerca a Nico y le hinca la barriga.

Nico ni siquiera se inmuta ni se ríe. Su rostro es ilegible, pero sus ojos son asesinos.

— ¿Ves? Es sólido como una roca.

Finjo una sonrisa. — Gracias, eso ayuda. Pero no puedo dejar que esa monstruosidad sea mi guardaespaldas. Parece que me va a retorcer el cuello hasta matarme si me atrevo a hacerlo enojar.

Jane se ríe. — No se atrevería. Estaría muerto en cuanto lo hiciera. No te preocupes.

Miro a Abramo. Él me devuelve la mirada. Le sonrío, pero no me devuelve la sonrisa. Sus manos se ciernen sobre la culata de la pistola que lleva en la funda.

— Esto es una locura.

— Dímelo a mí. Después de que Elio casi me matara, Marcus ni siquiera me dejaba ir sola al baño. — Sus ojos se abren de par en par como si acabara de recordar algo importante. — Van a entrenarte en cuanto los muchachos tengan algo de tiempo libre.

Levanto las cejas. — ¿Entrenarme para qué?

— Para pelear. — Le da la espalda a Nico y yo me mantengo alerta por su bien.

No me fío de estos tipos.

— No es nada del otro mundo. Solo defensa personal básica y cómo disparar.

— ¿Llegaré a empuñar un arma?

Es curioso como acabo de pasar de sostener jeringuillas para salvar vidas a sostener armas para defenderme. ¿Qué tal esa contradicción?

Jane asiente. — Si te hace sentir mejor, yo pasé de atrapar criminales a trabajar con ellos. — Se dirige a la puerta y yo la sigo.

Cuando estamos dentro, me dice. — Dominic te entrenará, o Marcus. Tú decides.

Se me huela la sangre. — Me basta con que Vincent sea mi entrenador.

Se ríe de una manera que pareciera que se está burlando de mí. — Vincent será muy indulgente contigo. Tu enemigo no lo será. Por eso uno de los hombres al que le temes será tu entrenador. Además, son buenos en eso.

— ¿Y si me niego? — le pregunto.

Me mira fijamente a los ojos, su risa se desvanece hasta que lo único que oigo es el zumbido de la sangre en mi oído.

— Dominic gobierna la Cosa Nostra y Vincent es parte de la Cosa Nostra. ¿Sabes lo que eso significa si vas a ser la pareja de Vincent?

No contesto. No sé lo que eso significa. Pero sé que el tono de su voz me está asustando. Suena demasiado seria. No la había oído tan seria desde que la conocí.

— Significa que Dominic también es tu Capo. Y no puedes decirle *que no a partir de ahora*.

Capítulo XXII

Vincent

— ¿Estás bien? — le pregunto mientras me quito la ropa.

Hoy he tenido un día duro. Mis hermanos y yo, y algunos de nuestros hombres de confianza, nos hemos pasado todo el día rastrillando la ciudad en busca de alguna pista sobre el paradero de Elio.

Estoy jodidamente agotado, pero eso no es importante cuando Isabella está sentada en su tocador dándome la espalda.

Está absorta en sus pensamientos y no se ha dado cuenta de mi presencia, o ha decidido ignorar que he vuelto a casa. Si es lo último, entonces está molesta por algo.

Isabella gira la cabeza hacia mí. No se le ilumina el rostro ni esboza una sonrisa.

— No me dijiste nada acerca de los guardaespaldas.

— Sabía que te negarías. Pensé que sería mejor que Elena y Jane se encargaran de eso. — Camino hacia el tocador y la rodeo con mis brazos por detrás. — ¿Por eso estás molesta?

Me mira a través del espejo. — ¿Hay algo más que no me estés contando?

A duras penas, la palabra sale de mis labios, pero consigo forzarla. — No. No puedo decirle que esta noche me iniciaré en la Cosa Nostra. Que derramaré sangre.

Sé que ella ya es consciente de lo oscuro que puede ser nuestro mundo y de las cosas que debo hacer para protegernos de Elio. Aun así, no me atrevo a decírselo.

— Jane me dijo que recibiré entrenamiento. Aprenderé a pelear y a empuñar un arma para poder protegerme de ser necesario.

Eso se me pasó por completo. — Sí, así es.

Isabella se suelta de mi agarre y se da la vuelta para mirarme. Me mira a través de sus gruesas pestañas.

— También dijo que Dominic es mi Capo ya que ahora soy tu pareja.

— Eso también es cierto. — Me arrodillo delante de ella y le pongo la mano en el muslo. — ¿Tienes algún problema con eso?

Su mirada se desvía hacia mi mano en su pierna. — Tu hermano me aterra. Creo que me odia. ¿Cómo se supone que va a ser mi Capo si es así?

— No digas eso, *amore*. — Tomo su mano entre las mías y la aprieto suavemente. — Dominic no te odia. Ahora eres parte de la familia y daría su vida por ti. Créeme.

Ella moquea, conteniendo las lágrimas. — Eso es difícil de creer.

Rozo suavemente con el pulgar los nudillos de Isabella, intentando ofrecerle el poco consuelo que puedo. — Sé que es difícil confiar, en especial teniendo en cuenta lo que has pasado — digo suavemente, con la voz teñida de pesar. — Pero Dominic... puede parecer intimidante, pero en el fondo es un buen hombre. Siempre ha velado por los intereses de la familia, y ahora eso te incluye a ti.

Los ojos de Isabella parpadean con incertidumbre mientras me mira, en busca de consuelo.

— ¿Y si no soy lo bastante buena ante sus ojos? ¿Y si no estoy a la altura de sus expectativas?

Le quito un mechón de cabello de la cara con suavidad. — No tienes que ser perfecta, Isabella. Dominic es consciente del mundo en el que vivimos, y sabe que cada uno de nosotros tiene fortalezas y debilidades. Él te guiará, te protegerá y te ayudará, aunque yo no esté aquí. Así de importante es la familia para él.

Sus labios tiemblan mientras se esfuerza por contener sus emociones, y me duele el corazón verla así.

— No quiero decepcionar a nadie — murmura, con la voz apenas por encima de un susurro. — Solo quiero estar contigo y con nuestro bebé.

Inclinándome más hacia ella, le doy un suave beso en la frente, esperando que pueda sentir todo el amor y el apoyo que le profeso en ese simple gesto.

— Nunca podrías decepcionarme ni a mí ni a mis hermanos, Isabella — susurro, con palabras sinceras. — Eres fuerte, tenaz y más capaz de lo que crees. Y no importa los retos que tengas por delante, yo estaré aquí a tu lado, en cada paso del camino.

Sus ojos se llenan de lágrimas y brillan de emoción cuando me mira. — Gracias, Vincent — dice, con la voz quebrada. — Necesitaba oír eso.

— Me alegro de haberte hecho sentir mejor. — Le paso los dedos por el cabello. — Voy a darme una ducha rápida y luego podemos cenar juntos. ¿Qué te parece?

— Está bien.

Son casi las once de la noche.

Isabella duerme cuando salgo de la cama y me visto con un traje negro de tres piezas. Es la primera vez que visto de negro desde que dejé el ejército. Hoy me convertiré en un hombre nuevo. Uno del que Isabella probablemente no estará muy orgullosa, pero al menos podré proteger a mi familia: a Isabella y a nuestro bebé.

Sentado en el borde de la cama, observo a Isabella dormir durante unos minutos. Está tan serena mientras duerme. Podría quedarme así mirándola para siempre. Me inclino hacia ella y le beso la coronilla antes de levantarme y salir de la habitación.

Dominic y Marcus ya están en el vestíbulo cuando bajo las escaleras. También van vestidos de negro de pies a cabeza.

Dominic lleva su anillo y Marcus también lleva joyas en los dedos.

— ¿Estás listo? — pregunta Dominic mientras bajo las escaleras.

— Más listo que nunca.

Tardamos una hora en llegar hasta aquella monstruosidad que parece un hotel abandonado. Es donde se celebran las reuniones secretas de la Cosa Nostra. Mis hermanos y yo salimos del coche y entramos en el hotel.

Al contrario que el descolorido exterior, el interior está bien decorado. Por lo cuidado que está, puedo decir que no es un edificio abandonado. Alguien lo cuida.

Los suelos de mármol rojizo brillan, reflejando el resplandor de las lámparas de araña. En la pared hay retratos de antiguos líderes de la Cosa Nostra y la foto de mi padre es una de ellas.

Me detengo ante él, junto las manos e inclino la cabeza en señal de respeto. Mis hermanos hacen lo mismo detrás de mí.

Siempre pensé que ya había superado el asesinato de mis padres hasta este momento, pero ver la foto de mi padre me llena de rabia. Elio los mató, y pagaré por ello con su propia vida.

Pagará por todo lo que me ha quitado.

Marcus me pone la mano en el hombro. — Entremos — dice, con voz grave. Triste.

Asiento con la cabeza y echo un último vistazo al retrato de mi padre antes de seguir a mis hermanos hasta una habitación poco iluminada. Hombres con trajes negros rodean una mesa, cada uno de ellos con una pistola en la mano. Reconozco a Dante y sonrío cuando nos miramos.

Bastardo arrogante.

No presto mucha atención a lo que sucede hasta que uno de los hombres de Dominic mete a un hombre en la habitación y lo tira al suelo.

— Es uno de los hombres de Elio — dice Dominic. — Lo capturamos después de que atacaran el almacén. Lo torturamos y aún se niega a hablar. Acaba con su vida.

Otro de los hombres se acerca y me tiende una pistola. No lo pienso dos veces. Y aprieto el gatillo.

Capítulo XXIII

Isabella

Es mi primer desayuno con toda la familia Romano y me resulta extraño.

El comedor es tan lujoso de ese tipo que solo se ven en las películas. La mesa es larga y tiene capacidad para veinte personas. La araña de cristal emite un cálido resplandor dorado que se refleja en la fina porcelana de la mesa.

Y esto no parece el desayuno de una familia normal, es un festín.

Todo el mundo se pasa la comida a lo largo de la mesa y detrás hay criadas que retiran los platos innecesarios y traen más comida. Todo se ve apetitoso, pero no me atrevo a servirme el plato. Hubiera preferido quedarme en mi habitación y enterrarme bajo una manta.

Los ojos de Vincent se clavan en los míos, y una expresión de preocupación hace que se le arrugue la frente. — ¿Estás bien? — Mira mi plato y luego vuelve a mirarme. — No estás comiendo.

— No tengo hambre. — Todos en la mesa giran la cabeza hacia mí y rápidamente añado. — Náuseas matutinas.

Es mentira. No estoy comiendo porque anoche oí a Vincent salir de la habitación y escuché la conversación sobre su iniciación. Me pregunto cuándo pensaba contármelo.

Vincent toma un plato vacío del centro de la mesa y lo llena con unas rodajas de manzana, beicon y huevos revueltos.

Se levanta y me pasa el plato. — Tienes que comer algo.

Quiero rechazarlo, pero una rápida mirada a Dominic y a Marcus me hace fingir una sonrisa y clavar un tenedor en una de las manzanas. Ya he pasado un par de días con los Romano, pero aún no me acostumbro al hecho de vivir con dos de los hombres más crueles de Nueva York.

No sé si alguna vez me acostumbraré.

El silencio es premonitorio y, por suerte, Elena dice algo para interrumpirlo. — ¿Has comprado ya ropa para el bebé?

Giro la cabeza hacia ella. Me inquieta que saque el tema con Dominic y Marcus cerca. Probablemente no tiene ni idea de que esos hombres me aterran.

— ¿Cómo?

— ¿Has comprado ya ropa para el bebé? — repite. — Deberías empezar ya. El tercer trimestre es agotador. Créeme cuando te digo que entonces no tendrás todo el tiempo del mundo para comprar.

Me recojo el cabello detrás de la oreja y suelto una carcajada nerviosa. Creo que me sube la tensión.

— ¿No es demasiado pronto para hacer eso? Ni siquiera sé el sexo.

Sus ojos se abren de golpe. — ¿Al menos te has apuntado a clases prenatales?

Intento evitar la mirada de Vincent. — No, no he tenido tiempo para eso.

Un día me entero de que estoy embarazada y que debo confesárselo a Vincent, y al siguiente los hombres de Elio me meten en su coche como si fuera un saco de patatas. Y, como si eso no fuera suficiente, tengo que mudarme con los Romano.

— ¿Qué tal si tenemos un día de chicas el fin de semana? — Elena dirige su atención hacia Jane.

— ¿Qué te parece?

Jane engulle medio vaso de agua. — Me parece bien. Es deprimente estar encerrada todo el

tiempo.

— Nos apuntaremos a clases prenatales y luego iremos de compras. Sophia también necesita ropa nueva. Deja sus ropas muy rápido.

Dominic se aclara la garganta y el corazón me da un vuelco en el pecho. — Puedes hacer lo que quieras, pero debes tener a tu seguridad contigo en todo momento y llamarme si algo sucede.

Elena sonrío a su marido, con los ojos llenos de tanto amor. — Por supuesto.

Miro a Vincent, esperando que se ofrezca llevarme. También es su hijo y quiero que tomemos juntos las decisiones sobre el bebé, pero no lo hace.

Casi salto de mi asiento cuando Marcus me llama por mi nombre.

— Isabella, ¿por casualidad tienes alguna idea de dónde puede estar escondido Elio?

Jane le da un codazo. — Ya te lo había dicho, nada de hablar de asuntos de la mafia en el desayuno.

— Ella no sabe nada — responde Vincent rápidamente.

Me doy cuenta de que está enfadado por el tono de su voz.

— Déjala en paz.

Marcus lo ignora. — Si sabes algo, ahora es el momento de decirlo. Solo así podremos salvar a tu Nana.

Se me encoje el pecho de tristeza.

Nana.

La extraño tanto. Me siento culpable por estar aquí sentada, comiendo mientras ella está con ese monstruo.

— Nunca me dijo dónde se estaba quedando.

— Te has reunido con él varias veces, ¿cierto? — pregunta Dominic.

— Sí, así es. La primera vez fue en un almacén abandonado en medio de la nada. Hablamos casi siempre por teléfono hasta que me hizo una visita. La última vez... —y quiero darme una patada al recordar lo que quería contarles a estos hombres...— *la última vez...* cuando me raptó, creo que me llevaron a una mina.

Vincent se endereza en su asiento. — ¿Una mina?

Asiento con la cabeza. — O al menos a algún lugar cercano a ella. Podía oler los gases del gasóleo y había mucho ruido. Ruidos de maquinaria, pitidos de alarmas y estruendos.

Los hermanos intercambian miradas.

— ¿Crees que ese bastardo se esconde en una mina? — pregunta Marcus, con la mirada fija en Dominic. — Tendría sentido. Es el último lugar donde esperaríamos que estuviera y por esa razón ha sido imposible encontrarlo hasta ahora.

— Es imposible que haya estado viviendo en una mina durante más de un año. — Dominic se da golpecitos en la sien mientras piensa un momento. — A menos que se haya estado moviendo a medida que vamos cubriendo más zonas.

— Tenemos que explorar las minas cercanas. Seguro que encontraremos algo — dice Vincent.

Sus ojos están ensangrentados por la rabia.

— Lo haremos. — Dominic señala a Marcus. — Haz que Antonio explore las minas, todas las que estén cerca de la ciudad. — Luego le dice a Vincent. — Tú y yo visitaremos a Alexei esta noche.

Vincent asiente. — ¿Y Dante?

— Dante se asegurará de que no haya forma de que ese bastardo pueda salir de la ciudad o del país, hasta que lo encontremos. — Dominic añade más comida a su plato. — ¿Qué planeas hacer después de que todo esto termine, Isabella?

Trago saliva y vuelvo a tragar saliva. Me tiemblan las manos.

— No estoy segura.

Ni siquiera estoy segura de que todo esto vaya a terminar algún día. ¿Y si le pasa algo a mi Nana? No sería capaz de seguir viviendo; sabiendo que no pude protegerla.

— ¿Sabes qué es lo más difícil de pasar por esto? — pregunta Jane.

Tiene una mirada muy amable.

Cuando niego con la cabeza, me dice. — Tener esperanza. Es tan difícil tener esperanza de que los malos momentos pasarán, pero necesitas algo a lo que aferrarte hasta que todo esto termine.

Me pica la curiosidad. — ¿Qué te dio esperanza después de perder a tu padre?

— Tenía que cuidar de mi hermana y necesitaba encontrar al asesino de mi padre. — Sonríe, y sus ojos bajan hasta mi estómago. — Para ti, podría ser un sueño que quieras perseguir, o tu hijo.

¿Una esperanza?

¿Un sueño?

Tengo unos cuantos. Quiero cuidar de mi Nana sin preocuparme de Elio ni del dinero. Quiero abrazar a mi hijo y... si las cosas funcionan, quiero ver adónde me lleva mi relación con Vincent.

Tengo tantas cosas a las que aferrarme y a las que no puedo renunciar. Mis ojos se llenan de lágrimas, pero no lloro. No lo haré.

Todo esto pasará y volveré a ser feliz, me digo.

— Ella tiene razón. — Dominic me mira a los ojos y, por primera vez, siento algo de calidez al mirarlo. — Ahora eres de la familia y cuidaremos de ti. Hazme saber si hay algo que necesites y me ocuparé de ello.

Asiento con la cabeza, con una sonrisa en los labios. — Gracias.

— No me des las gracias, es mi responsabilidad. — Continúa comiendo su comida como si no acabara de decirme las palabras más tranquilizadoras.

— Encontraremos a tu Nana — me dice Marcus. — Y te la devolveremos viva, cueste lo que cueste. Es una promesa.

Puede que no sea capaz de cumplir esa promesa, pero aun así me siento más tranquila sabiendo que los hermanos Romano no me odian tanto como temía. Me quita un peso de encima saber que al menos intentarán salvar a mi Nana y traérmela de vuelta.

Tal vez no todo sea tan malo y me haya asustado por nada. Me siento más tranquila y empiezo a comer.

Después de desayunar, vuelvo a mi habitación y veo mi teléfono vibrando en la mesilla de noche y el número de Naomi parpadeando en la pantalla. Me apresuro a contestar antes de que se detenga.

— Nena, ¿dónde diablos tenías el móvil? — me grita cuando le contesto. — Estaba muy preocupada por ti.

¿Había llamado muchas veces antes de que yo entrara?

— Lo siento. Estaba abajo desayunando. Acabo de volver a la habitación y vi tu llamada.

— Está bien. — La oigo jadear e imagino que se lleva una mano al pecho. — Estaba preocupada, eso es todo. Habría conducido hasta allí si no hubiera tenido noticias tuyas.

Sonríe. — Ni siquiera sabes dónde estoy.

— Cierto. Aunque no habría parado hasta encontrarte. — Ella lanza un suspiro. — Casi me da un infarto.

— Lo siento, nena. — Me siento en el borde de la cama. — ¿Y cómo estás?

— Estoy algo deprimida. Te echo tanto de menos y solo puedo soportarlo porque tengo a Oreó conmigo. — Hace una pausa y vuelve a suspirar. — ¿Qué tal estás tú? Imagino que no es tan

fácil vivir con gente a la que no conoces.

— Al principio no fue fácil, pero son muy amables y poco a poco estoy acostumbrándome a vivir con ellos.

— ¿Incluso con Dominic Romano y Marcus Romano? — Detecto un matiz de sorpresa en su voz.

— Sí. Sus esposas también son muy buena gente. No son tan terribles como pensé que serían después de que me hablaras de ellas.

— Nena, solo han pasado un par de días. No te atrevas a sustituirme por otra. — Imagino que pone los ojos en blanco y frunce los labios. — Soy la única mejor amiga que puedes tener por el resto de tu vida.

Se me escapa una risita. — Y yo que pensaba que también seríamos mejores amigas en nuestra próxima vida.

— Eso depende de tu actuación en esta vida — bromea. — Mantente a salvo. Y dame una sobrina. Gana mucho dinero para que puedas comprarme todos los bolsos de diseñador que quiera y lo tendré en cuenta.

— Estás loca — digo juguetonamente.

— Lo sé. Por eso me quieres. — Se hace un breve silencio al otro lado del teléfono. — ¿Seguro que estás bien, Isa? Sabes que puedes contarme si algo sucede.

Apoyo la palma de la mano en la frente mientras contemplo si decírselo o no. — Creo que Vincent se inició en la mafia anoche.

— ¿Cómo lo sabes?

— Se escabulló de la cama casi a medianoche y lo escuché hablando con sus hermanos antes de que salieran de la casa. Además, llevaba un traje negro. Y Vincent nunca lleva trajes negros.

— ¿Has intentado hablar con él?

— No tengo valor para sacar el tema.

— No puedes saberlo con seguridad a menos que hables con él al respecto — dice Naomi.

Alguien abre la puerta antes de que pueda responder. Vincent entra en la habitación y me sonrío.

— Um... Vincent está aquí. Te llamaré más tarde. — Cuelgo y me levanto mientras Vincent se acerca.

Me examina el rostro. — ¿Estás bien?

— Estoy bien. — Camino hacia mi tocador y me siento en la silla. — ¿Hay algún problema?

— No. — Se para detrás de mí y nuestros ojos se encuentran en el espejo. — Hoy pareces un poco distante. ¿Hay algo que te molesta? Dime qué es y lo arreglaré.

Cierro los ojos y respiro profundamente.

Cuando abro los ojos, volteo y lo miro a la cara. — ¿No hay algo que debería saber?

Se encoge de hombros, con los ojos entrecerrados. — ¿Algo como qué?

— Como tu iniciación en la mafia. — Las palabras salen de mis labios antes de que pueda detenerlas.

No estoy de humor para andar con rodeos.

Vincent se paraliza, sus ojos azules se vuelven más fríos. — ¿Quién te ha dicho eso?

— Te oí escabullirte de la cama anoche — le digo. — Y te oí hablar de ello con tus hermanos. ¿Vas a negarlo?

Le tiembla la mandíbula y suelta un suspiro. — No quería ocultártelo. Solo intentaba protegerte.

— ¿Protegerme? ¿Cómo puedes protegerme ocultándome algo tan importante? — Frunzo el ceño. — Eres el padre de mi hijo nonato, Vincent. Merezco saber cuándo tomas decisiones importantes.

— No fue una decisión importante. La mafia siempre ha sido mi destino, Isabella — dice, con las venas del cuello abultadas. — Era inútil seguir intentando huir de ella. Simplemente acepté convertirme en quien realmente soy.

— ¿Y quién eres? — me mofo.

Esto no tiene sentido.

— Eso no es lo que eres para mí.

— Pero es la única forma de protegerte a ti y a nuestro hijo. — Se acerca, llenando mi nariz con su aroma a madera. — No importa si me odias por ello, esto es lo que soy ahora. Puedes elegir aceptarlo o no.

De acuerdo, respira hondo, Isabella.

— No te odio. No te odio a ti ni en lo que te has convertido — digo suavemente. — Solo me disgusta que hayas intentado ocultármelo.

— Lo siento. Es que ya has pasado por mucho y no quería disgustarte.

— Está bien. Si esto es lo que debes hacer para atrapar a Elio, entonces está bien. — Le tomo la mano. — Solo prométeme que pase lo que pase, nunca te pondrás en peligro. Ni siquiera para atrapar a Elio.

Vincent me roza el dorso de la mano con el pulgar. — No puedo prometerte eso. No me importa si tengo que arrastrarme hasta el infierno sobre fragmentos de cristal, pero me aseguraré de encontrarlo porque es la única forma de mantenerte a salvo.

Los ojos de Vincent se oscurecen. Ya no parece el mismo hombre que le compraba flores a niños enfermos y les contaba chistes. El hombre que tengo delante se nutre de la necesidad de violencia y lleva el asesinato corriendo por sus venas.

Y no lo odio ni un poco. Lo entiendo, yo también haría cualquier cosa para mantenerlo a salvo. Porque, por primera vez, me he dado cuenta de que no solo me gusta.

Yo lo amo.

Capítulo XXIV

Vincent

Alexei es tan arrogante como me lo imaginaba. Es tan alto como mis hermanos y yo, sus ojos son tan fríos y oscuros, y su expresión, inexpresiva.

No delata nada, e incluso cuando sonrío, su aura está llena de pura oscuridad. Igual que mi hermano mayor.

— Así que tú eres Vincent del que tanto he oído hablar — dice de un modo que parece una burla. Tomo asiento junto a Dominic, manteniendo el contacto visual con el diablo ruso que tengo enfrente.

— Y tú no te pareces en nada a lo que he oído de ti.

Dominic había dicho que, aunque Alexei tenía ciertas carencias, tenía potencial. Pero el hombre que tengo enfrente no parece que tenga ninguna carencia. Se comporta como debería hacerlo un jefe de la mafia. Cruel y arrogante. Creo que me simpatiza.

Se encoge de hombros y sonrío. — Me lo dicen todo el tiempo. — Desvía su atención hacia Dominic. — Viendo que has venido hasta aquí a pesar de tu inminente guerra con Elio, supongo que necesitas de mi ayuda.

— Necesito hablar con tu hermano — dice Dominic.

Siempre va directo al grano.

— Debe saber algo útil sobre Elio.

— Hmm. — Alexei se echa hacia atrás en su asiento, y sus cejas se levantan hasta la línea del cabello. — El chico no era más que un infiltrado de Elio Valentes, dudo que sepa algo.

Dominic frunce el ceño, claramente poco impresionado por la respuesta de Alexei.

— Eso lo decido yo.

— Todo lo contrario, Mikhail es mi hermano y me corresponde a mí protegerlo. — Mete la mano en el bolsillo de su traje y saca un paquete de puros. — Además estás en mi territorio, así que te sugiero que cuides la forma en que me hablas.

Dominic ríe burlonamente. — ¿Tu territorio? Toda esta ciudad me pertenece, Alexei. El trono en el que estás sentado te fue concedido gracias a mí, no te atrevas a olvidarlo. Puedo derribarte tan rápido como te puse ahí arriba.

Alexei enciende su puro e inhala, luego exhala un anillo de humo. — Sin embargo, no puedes encontrar a un simple hombre escondido en tu territorio sin mi ayuda. — Frunce los labios. —

Eso me parece algo gracioso, Dominic.

— No tenemos tiempo para esta mierda, Alexei. ¿Vas a traer al chico o no? — Es obvio que Alexei se alimenta con la ira.

Dominic no parece entenderlo aún, pero no dejaré que logre alterarme.

— Piénsalo bien antes de contestar.

Los ojos sombríos de Alexei parpadean con diversión mientras da otra calada a su cigarro, con el humo enroscándose a su alrededor como un halo siniestro. Se inclina hacia delante, apoyando los codos en la mesa mientras observa a Dominic con mirada calculadora.

— Tienes razón, Dominic. Tenemos una larga historia juntos y preferiría no convertirme en mi enemigo — dice Alexei, con una voz cargada de sarcasmo. — Te traeré a Mikhail, pero con una condición.

Dominic frunce el ceño. — ¿Y cuál sería?

Alexei sonríe, las comisuras de sus labios se curvan en una sonrisa fría y depredadora. — Ahora me debes un favor, Dominic. Y pienso cobrártelo algún día.

Resisto el impulso de poner los ojos en blanco ante la arrogancia de Alexei. Por supuesto, aprovecharía esta oportunidad para hacer valer su poder sobre Dominic. Pero si gracias a eso podemos acercarnos a Elio y encontrar una forma de detenerlo, entonces le seguiré el juego.

— Bien — dice Dominic apretando los dientes. — Tienes mi palabra. Ahora, ¿dónde está Mikhail?

Alexei se ríe, un sonido que hace que una ola de furia me recorra la espina dorsal.

— Haré que te lo traigan en un minuto. — Toma el teléfono y hace una llamada en ruso.

Minutos después, la puerta de su despacho se abre de golpe y entran dos hombres. Reconozco a Mikhail por sus rasgos. Tiene el cabello y los ojos oscuros. Su mandíbula es afilada y su mirada está llena de veneno.

El chico parece tener al menos veinticinco años. Está en buena forma, como si hubiera estado entrenando para el combate.

— Hermano — dice, mirando directamente a Alexei. — Me has mandado llamar.

Alexei asiente. — Nuestros buenos amigos quieren saber si recuerdas algo sobre Elio Valentes. ¿Quizás su paradero?

Mikhail y Dominic se miran fijamente.

— Tienes mucho mejor aspecto que la última vez que te vi — dice Dominic.

— Está recibiendo entrenamiento. Mi hermano será pronto mi segundo al mando y no puede llegar a serlo si es un debilucho.

— Interesante. — Dominic mira atentamente a Mikhail. — Harás un buen trabajo. ¿Hay alguna cosa en lo que puedas ayudarnos?

Mikhail mira a Alexei y éste le hace un gesto con la cabeza para que hable.

— Sé que saca diamantes de contrabando del país.

— ¿Comercio ilegal de diamantes? — le pregunto.

Mikhail asiente con la cabeza. — Eso es lo único que sé. Era bastante reservado con sus negocios ilegales. Pero creo que puedes seguirle la pista si encuentras a alguien que comercie con diamantes en el mercado negro. Siento no poder serles de más ayuda.

Dominic se pone en pie. — Eso ayudará. — Mira a Alexei. — Gracias.

Cuando llego a casa, Isabella está sentada en la cama. Está leyendo un libro de enfermería pediátrica y lo deja cuando me acerco a ella y le beso la frente.

— ¿Cómo estás, *amore*?

— Estoy bien. No quería irme a dormir sin ti. — Hace un mohín. — ¿Cómo te fue?

— Mikhail confirmó que Elio comercia con diamantes y los contrabandea fuera del país. — Me quito la camisa y la tiro al suelo. — Creo que está escondido en una mina de diamantes. Pero hay muy pocas en el país y llevará tiempo averiguar en cuál se esconde.

— Así que no estaba equivocada. — Se levanta de la cama y mi mirada se dirige hacia su cuerpo.

Lleva un camisón blanco de encaje que deja al descubierto sus pechos. Sus pezones rosa oscuro se clavan en la tela, provocando mis pensamientos.

Maldita sea.

El calor me recorre la espina dorsal y la sangre me llena la hombría. Quiero cogerla aquí y ahora,

pero antes necesito una ducha.

Me sonrío, perversa y lujuriosa. — ¿Por qué me miras así?

Me encojo de hombros. — Ninguna razón en particular.

Me mira entre las piernas. — Entonces, ¿qué es eso? — Acechándome como una gata, se pasa la lengua por el labio, humedeciéndolo. — ¿La tienes dura porque me deseas?

No tengo oportunidad de responder cuando se arrastra lentamente hasta mi erección.

— Te he echado de menos.

Mierda. Esa voz, esa mirada hambrienta, me están volviendo loco. Coloco un dedo bajo su barbilla, levanto su rostro y acerco mis labios a los suyos. Pero no la beso. La quiero frenética de necesidad esta noche.

— Tengo que darme una ducha — le susurro.

Me encojo de hombros y me alejo.

Abro la ducha, un gemido retumba en mi pecho cuando el agua fría cae sobre mi piel. Unas manos suaves me rodean la cintura por detrás, seguidas de la presión de unos pechos turgentes sobre mi espalda.

— *Cristo, amore.* — Me doy la vuelta.

Está desnuda. Tiene el cuerpo mojado. Y los pezones duros.

A la mierda con hacer que me necesite cuando me muero por tenerla. Sujeto su mandíbula y reclamo sus labios, besándola como si mi vida dependiera de ello. Sabe tan bien y sus labios son tan suaves que los devoro.

Gime en mi boca, sujeta hombría y la acaricia.

Con una mano exploro su cuerpo, separo sus muslos con la otra y rodeo su clítoris.

Su cuerpo se tensa, y su respiración es más agitada que antes.

— Me vuelves loco, *amore.*

Aprieta su pecho contra el mío. — Entonces cógeme.

Y eso es todo. Esa orden es todo lo que necesito para perder la maldita cabeza. Me rodea las caderas con las piernas y la levanto del suelo, con la espalda apoyada en la pared.

Mi hombría presiona su entrada y la penetro, chupando sus pezones y provocándolos, mientras entro y salgo de ella.

Una mano me rodea el cuello y la otra me agarra del cabello mientras la beso y la muerdo por todas partes: el cuello, los hombros. Cada maldita parte de ella que esté a mi alcance.

Se tensa a mi alrededor, su agarre se hace más fuerte y sus gemidos más agudos.

— Vincent... Vincent...

Y ahí está.

Su orgasmo la atraviesa con la fuerza de un tornado y su cuerpo se sacude violentamente. Siento que estoy a punto de explotar, y solo necesito unos segundos más de embestidas para sacudirme y correrme dentro de ella.

Entierra su cara en el pliegue de mi cuello mientras recupera el aliento. — Eso estuvo muy bien — dice jadeando.

Empiezo a endurecerme de nuevo dentro de ella. — Dudo que puedas caminar cuando termine contigo esta noche.

Capítulo XXV

Isabella

Es sábado por la mañana, me encuentro sentada en el asiento trasero de un todoterreno con Jane y Elena sentadas cada una a mis costados. Vamos de camino a mi primera cita prenatal y, a pesar de los nervios que se agitan en mi estómago, no puedo evitar sentirme agradecida por el apoyo de estas dos fuertes mujeres que tengo junto a mí.

No estoy segura de cómo habría manejado todo esto si no fueran tan amables conmigo como lo son en este momento.

Cuando llegamos a la clínica, respiro hondo e intento calmar mis nervios.

— Estás nerviosa, ¿verdad? — me pregunta Elena, sonriéndome como imagino que sonreiría mi Nana si supiera que está a punto de ser bisabuela.

No lo niego, pues me siento lo suficientemente cómoda cerca de ellas como para ser sincera.

— Lo estoy. Desearía que Vincent estuviera aquí conmigo. Oiremos el latido del corazón de nuestro bebé por primera vez y él no está aquí para oírlo también.

Elena me pone una mano en el hombro y me da un suave apretón. — Sabes que habría estado aquí si hubiera podido. Todo esto de Elio es muy importante para él y su prioridad es mantenerte a salvo.

Sé que tiene razón, pero aun así mis hombros se hunden. Ojalá las cosas fueran diferentes y fuéramos una familia normal, entonces él estaría aquí conmigo.

Jane me dedica una sonrisa alentadora, con ojos cálidos y tranquilizadores. — Habrá muchas más consultas a las que podrá acompañarte.

Elena asiente, con una expresión llena de amabilidad. — Pero hasta entonces, estaremos aquí para ti en todo momento — añade, con voz suave pero firme.

Con sus palabras resonando en mi mente, salgo del coche y las sigo hasta la clínica. La sala de espera está bastante silenciosa y el aire se tiñe de expectación. Me registro en la recepción, con el corazón latiéndome con fuerza mientras espero a que digan mi nombre.

Solo llevo sentada unos minutos, pero parece una eternidad y mi impaciencia va en aumento, junto con los pensamientos que intentan colarse en mi cabeza. El miedo a cómo será mi futuro con Vincent.

Finalmente, una enfermera me hace pasar a la sala donde van a examinarme. Jane y Elena me siguen de cerca. Daría cualquier cosa por tener aquí a Vincent en lugar de a ellas, pero su presencia me hace sentir mucho mejor de lo que me sentiría estando sola.

El médico, un hombre de unos cuarenta años, me sonríe a través de sus gafas.

— Buenos días, Srta. Sullivan. Encantado de conocerla al fin.

Mi mirada oscila entre Jane y Elena, y ambas me sonríen. Si el doctor ha oído hablar de mí, alguna de ellas se lo habrá contado. Casi parece como si me estuviera esperando y que estuviera encantado de que esté aquí.

— Encantado de conocerlo también.

— Le haré una ecografía para que pueda oír los latidos del corazón de su bebé. Por lo que he oído, está embarazada de unos dos meses, pero tendré que confirmarlo y crear un registro hospitalario para sus cuidados prenatales, si le parece bien.

— Está bien, doctor. — Apoyo el brazo en su escritorio, mi voz apenas por encima de un susurro. — ¿Cuándo podré saber el sexo?

— A las catorce semanas, pero para un resultado más exacto le sugeriría que esperara hasta las dieciocho semanas.

— Oh. — Me siento estúpida por haber preguntado.

Soy enfermera y ya sé todo eso, pero estoy tan nerviosa por el hecho de convertirme en madre que tengo la cabeza hecha un lío.

— Gracias.

— De nada — dice, ajustándose las gafas en el puente de la nariz. — ¿Tiene alguna otra pregunta?

— No, ninguna. — Mi pecho se agita de emoción al pensar en oír los latidos del corazón de mi bebé. — Una cosa más, ¿puedo tener una grabación de sus latidos? El padre del bebé está ocupado con otras cosas y no ha podido venir.

— Por supuesto. Me encargaré de eso. — Toma una carpeta de su escritorio. — Si eso es todo, llamaré a una enfermera para que prepare la ecografía. — El médico se levanta de su asiento y sale del consultorio.

— ¿Cómo se te ocurrió grabar los latidos del bebé? — pregunta Elena, poniendo su mano sobre la mía.

Me encojo de hombros. — He visto a personas hacerlo algunas veces en las redes sociales.

— Es muy dulce de tu parte — dice Jane. — Él se pondrá feliz.

Una amplia sonrisa se dibuja en mis labios. Vincent ya está haciendo tanto por mí que me emociona poder hacer este pequeño gesto por él.

Pasan unos instantes y estoy tumbada en una cama del consultorio médico, con la parte de arriba levantada y una toalla metida en la cintura de mis bragas. Me aplican suavemente el gel y agradezco que el médico sea tan delicado al colocarme el transductor en el vientre.

Responde a todas mis preguntas con amabilidad, a pesar de lo estúpidas que me parecen algunas de ellas. Mientras escucho el latido del corazón de mi bebé resonando en la habitación, me invade una oleada de emoción que me llena de asombro y admiración ante el milagro que se está produciendo dentro de mí.

Realmente no puedo creer que haya un pequeño humano creciendo en mi interior.

Después de la consulta, Jane y Elena sugieren que vayamos a comprar artículos para el bebé a modo de celebración. Deseosa de distraerme de mis nervios persistentes, acepto de buena gana y nos ponemos en camino hacia la tienda de artículos para bebés más cercana.

Mientras recorremos los pasillos, mis ojos se iluminan al ver diminutas ropitas, mantas suaves y adorables peluches. Jane y Elena se apresuran a ofrecerme sus consejos y orientaciones, ayudándome a navegar por la abrumadora variedad de opciones y a elegir lo esencial para mi pequeño.

Elena toma un body azul y lo mira como si fuera la cosa más adorable del mundo.

— Es tan lindo — dice. — Deberíamos comprarlo.

— Deberíamos comprarlo en azul y rosa. ¿Y si es una niña? — pregunta Jane.

Elena suelta una risita — Creo que será un lindo niño. Lucas lleva tiempo queriendo un hermanito y yo no pienso quedarme embarazada nunca más.

— ¿Y si Sophia quiere una hermanita? — Jane se da unos golpecitos en los labios, fingiendo pensar. — Déjame adivinar, ¿harás que Isabella dé a luz a una niña?

Suelto una risita. No me desagrada la idea. ¿Una niña igualita a Vincent?

— Con mucho gusto le daría una, pero también podrías darle a Sophia una prima.

Los hombros de Jane se hunden de inmediato, sus ojos se oscurecen de tristeza.

— No creo que pueda. Marcus y yo llevamos un año intentándolo. Pero no funciona.

Se me encoge el pecho y me arrepiento de haber sacado el tema.

— Solo llevas un año intentándolo. No es tiempo suficiente para rendirse. ¿Has visitado una clínica de fertilidad?

— Hemos probado la fertilización in vitro. El médico dijo que no había nada mal con ninguno de los dos, así que no puedo entender por qué no he podido quedar embarazada. — Resopla y se limpia la comisura de los ojos. — El último médico nos aconsejó que consiguiéramos un vientre de alquiler.

— Y no quieres un vientre de alquiler, ¿verdad? — le pregunto, manteniendo un tono cauto para no alterarla aún más.

— No hasta que lo hayamos intentado todo. — Toma un par de zapatos negros de bebé.

Son tan pequeños en su mano. — Marcus y yo decidimos que adoptaríamos a nuestro primer hijo y que utilizaríamos un vientre de alquiler para el segundo si no consigo embarazarme en el plazo de cuatro años.

— Estoy segura de que quedarás embarazada. La mayoría de las mujeres de las clínicas en las que trabajé no pudieron tener un bebé en los primeros dos años de matrimonio. — Intento tranquilizarla. — Conozco a una doctora especialista en fertilidad en *LifePlus*. Es muy buena en lo que hace. Te daré sus datos.

— Gracias. — Jane deja el par de zapatitos y toma una manta hecha a mano. — ¿Qué te parece este?

Para cuando salimos de la tienda, tenemos los brazos llenos de bolsas repletas de ropa de bebé, pañales, biberones y todo lo que una madre primeriza pueda necesitar.

Nuestros guardaespaldas nos ayudan a llevar las bolsas al coche mientras paramos en una cafetería cercana a tomar un tentempié. Un camarero toma nota de nuestros pedidos. Minutos después, estamos comiendo croissants y bebiendo café helado. Me alegro de que Maria no esté aquí, se volvería loca si viera lo que estoy haciendo.

— ¿Han hablado Vincent y tú de su futuro cuando todo esto termine? — pregunta Elena.

— No lo hemos hecho. — Lo quiero, pero no sabría decir lo que él siente por mí.

No sé si tendremos un futuro aparte de criar a nuestro hijo juntos.

— Deberías hacerlo. Será un caos después de que encuentren a Elio. Es mejor hablar de esas cosas ahora — interviene Jane.

Tiene las mejillas hinchadas por el croissant y parece una ardilla.

Ella tiene razón. Debería decirle que lo quiero y ver si él siente lo mismo por mí. Tengo que armarme de valor de algún modo para hacerlo, puesto que es algo que no podré seguir evitando durante más tiempo.

Suena mi teléfono en el bolso y en la pantalla aparece un número privado. Mi corazón se detiene un instante. Elio es la única persona que me llama desde un número privado.

¿Qué querrá ahora?

Se me eriza la piel. Siento que alguien me observa, pero no veo a nadie sospechoso cuando miro fuera a través de las paredes de cristal.

Rechazo rápidamente la llamada y dejo el teléfono sobre la mesa. El aparato suena casi al instante con un mensaje de texto.

¿Ignorando mis llamadas?

Mi teléfono empieza a sonar de nuevo y el terror me recorre la espalda. Me tiemblan las manos al tomar el teléfono y acercármelo a la oreja.

Hay un breve silencio al otro lado de la línea, y entonces la voz que tanto temo, ríe.

— ¿Me has echado de menos, cariño? — Estoy a punto de gritar cuando dice. — Si dices una

sola palabra, tu abuela se muere. — Cierro la boca inmediatamente. — Buena chica. Ahora escucha, ven a la parte de atrás del centro comercial en diez minutos, mis hombres te estarán esperando.

Jane y Elena me miran boquiabiertas. Intuyen que algo anda mal, pero tengo miedo de lo que pueda hacer Elio si doy la alarma. Está en algún lugar por aquí, puedo sentirlo en la médula de mis huesos. No puedo verlo, pero sé que él puede verme a mí.

— ¿Y si me niego?

— Hmmm. Veamos... — lo oigo caminar por donde quiera que esté. — Tu abuela morirá primero, y luego esas zorras que están sentadas a tu lado. Encontraré a tu mejor amiga y la mataré a ella y a ese estúpido perro tuyo, luego vendré por ti.

Se me acalambrian los dedos al agarrar el teléfono. Lucho contra las lágrimas. Lucho contra la opresión de mi pecho. Tengo que ir a ver a Elio. No puedo dejar que haga daño a nadie por mi culpa. No podré perdonarme si eso sucede.

— Ya voy.

Mantengo el teléfono pegado a la oreja segundos después de que cuelgue. Cuando lo bajo, suelto un suspiro que no sabía que estaba conteniendo.

Elena me mira preocupada. — ¿Quién era?

Necesito una excusa para irme de aquí. Una excusa que sea creíble.

— Es alguien del centro comercial. Parece que he olvidado algo. — Finjo rebuscar en mi cartera.

— Olvidé mi tarjeta de crédito.

Jane entrecierra los ojos. — Pagamos con la tarjeta de crédito de Dominic, no con la tuya.

— Lo saqué de la cartera y se me olvidó guardarlo. — Me levanto de la silla. — Iré rápidamente a buscarla. Sigán sin mí.

— Yo voy. — Jane está a punto de ponerse en pie cuando levanto la mano para detenerla.

— No es necesario. Haré que Nico y Abramo vengan conmigo — digo bruscamente. — Volveré antes de que se den cuenta de que me he ido.

Antes de que puedan protestar, salgo por la puerta de la cafetería y me subo al asiento trasero de uno de los Mercedes con los que vinimos.

Abramo y Nico me siguen hasta el centro comercial a pesar de que les he pedido que me esperen afuera. Tanto eso de que son mis guardaespaldas y ni siquiera obedecen mis órdenes.

— Necesito ir al baño — digo, mirándolos a los dos.

Como esperaba, no parece importarles. — Nos quedaremos en la puerta — dice Nico.

Su voz es profunda y con acento italiano.

— Esto es un centro comercial, Nico. No puedes seguirme al baño de mujeres — le digo, por si no se ha dado cuenta. — Espera aquí, ahora vuelvo.

Cuando me doy la vuelta y doy el primer paso, me doy cuenta de que aún me siguen.

Me doy la vuelta. — ¿Quieres que llame a Vincent y le diga que quieres seguirme al baño para verme orinar? — levanto el teléfono. — No quiero ni imaginarme lo que pensará de eso.

Nico no se echa atrás. Pero Abramo le sujeta el hombro y le dice algo en italiano. Nico me mira fijamente mientras decide su próxima acción, luego da un paso atrás a regañadientes.

— Ya me lo imaginaba. — Me doy la vuelta y camino a paso ligero hacia el baño, rezando con todas mis fuerzas para que no me fallen las piernas antes de entrar.

En cuanto estoy dentro, me acerco el teléfono a la cara y espero la llamada de Elio.

Suena mi teléfono.

Lo deslizo y lo pongo en altavoz. — Estoy en el baño del centro comercial.

— Ya te había dicho dónde encontrar a mis hombres — dice Elio enfadado.

— Mis guardaespaldas están afuera. ¿Creías que me dejarían ir a verte? — replico con más furia. Tengo miedo. Maldición, estoy temblando, un sudor frío me brota por todos los poros del cuerpo, pero no puedo dejar que se me note.

No puedo dejar que Elio me derrumbe así.

— Toma el pasillo a tu derecha. Encontrarás una salida secreta. Síguela. — La línea se corta.

Sujeto el teléfono e inhalo, frotándome el estómago con una mano. No puedo caer así en la trampa de Elio. No cuando sé de lo que es capaz. Me matará y probablemente se deshará de mi cadáver en un vertedero en algún lugar de la ciudad.

O peor aún, me utilizará para acabar con los hermanos Romano. Dejando escapar un suspiro y con las manos temblorosas, comparto mi ubicación con Vincent y escondo mi teléfono en el sujetador antes de seguir el camino que conduce a la salida de emergencia.

Los rayos de sol de la tarde me dan en la cara en cuanto salgo. Entrecierro los ojos buscando a los hombres de Elio. Oigo pasos detrás de mí, pero antes de que pueda darme la vuelta, siento un pinchazo en el cuello y el mundo se oscurece.

Capítulo XXVI

Vincent

— ¿Qué demonios quieres decir con que la has perdido? — gruño, agarrando la camisa de Nico y lanzándolo contra la pared. — Tenías un trabajo. Solo un maldito trabajo y era mantenerla a salvo.

— Ella...

— Una palabra tuya y perderás la maldita lengua — digo, interrumpiendo a Abramo.

No importan las excusas estúpidas que puedan ofrecer. Perdieron a Isabella. Y yo no puedo vivir sin ella.

La idea de que algo le suceda a ella y a nuestro hijo nonato me llena de miedo y de rabia.

— Cálmate, Vincent — dice Dominic detrás de mí. — La encontraremos.

— ¡No me digas que me calme! — Mis puños se cierran y golpean la pared antes de que pueda detenerme, causándome una magulladura. — Elio se la llevó. — Una neblina roja me nubla la vista. — ¿Y si le hace daño?

— Eso no sucederá. La encontraremos. — Marcus se acerca a Abramo. — ¿Dónde la perdiste?

— Dijo que necesitaba orinar y nos pidió que esperáramos fuera del centro comercial — explica Abramo. — Esperamos diez minutos. Entonces nos dimos cuenta de que algo andaba mal, y ella ya había desaparecido.

— Cierra la boca. — Marcus gruñe. — Ni siquiera pudiste proteger a una mujer.

El corazón me palpita con fuerza en el pecho, una mezcla de miedo y furia recorre mis venas como un reguero de pólvora. Isabella está por ahí, en alguna parte, en las garras del vil bastardo de Elio. No puedo soportar la idea de que esté en peligro, sobre todo ahora que lleva en su vientre a nuestro hijo.

— Tenemos que encontrarla — digo apretando los dientes, con las manos cerradas en puños a los lados. — Ahora.

Dominic asiente, con expresión sombría. — Nos dividiremos y buscaremos por toda la ciudad. No puede haber ido muy lejos. — Saca su teléfono del bolsillo y llama a alguien. — Dante, ¿hay novedades sobre la ubicación de Elio?

No puedo oír lo que dice Dante, pero Dominic dice. — Alight. — Cuelga y me mira. — Él encontró algo, un escondite junto a la mina Ace. Deberíamos ir allí y ver si nos lleva a Elio.

— Coordinaré con el resto de nuestros hombres. Cubriremos cada centímetro de esta maldita ciudad si es necesario, hasta que encontremos a ese bastardo — dice Marcus, dando un paso al frente.

Abramo agacha la cabeza, claramente avergonzado, y así debería ser; porque estoy a punto de arrancarle la cabeza.

— Volveré al último lugar donde la vimos. A lo mejor se me ha escapado alguna cosa.

Respiro hondo, intentando contener el pánico que amenaza con consumirme cuando Luca entra en el salón.

— Gracias a Dios. Luca, vienes conmigo. Empezaremos por donde estos dos idiotas la perdieron y seguiremos hacia el exterior. — Señalo a Abramo. — Comprueba todas las cámaras de seguridad que encuentres por la zona.

Tanto Nico como Abramo asienten antes de salir de la habitación.

Jane es la siguiente en entrar. Lleva pantalones de cuero negro y una chaqueta de cuero con

cremallera.

— Yo también voy.

Marcus gira la cabeza hacia ella. — No, no lo harás. Es demasiado arriesgado.

— Además, ya sabes que tengo cuentas pendientes con Elio. Él mató a mi padre, no voy a ser una espectadora en esta pelea — replica Jane. — No puedes detenerme, Marcus. Date por vencido.

Marcus lanza un suspiro exasperado.

Me devano los sesos intentando descifrar lo sucedido. — Isabella no pudo haberse ido así sin más. ¿Notaste algo inusual antes de que se fuera?

— Sí, una cosa — dice Jane. — Una llamada. Parecía consternada, luego dijo que había olvidado su tarjeta de crédito y que necesitaba ir a buscarla.

Dominic se mete las manos en el bolsillo. — Entonces, la llamada debió haber sido de Elio. Debe haberla amenazado con algo.

— Con su abuela — respondo. — Debe haberla amenazado con matar a su abuela. Tenemos que empezar a buscarla ahora mismo.

— Marcus, quédate con Jane. Yo iré con Vincent. — Con una inclinación de cabeza hacia mí, Dominic y yo nos dirigimos al coche aparcado en la entrada de la mansión. — Yo conduzco — dice Dominic. — No estás pensando con claridad y hoy no estoy de humor para morir.

Abro la puerta del asiento del copiloto. — Nadie va a morir hoy.

Exploramos la ciudad durante un par de horas, desde el centro comercial hasta las minas de las afueras. Aún no hay rastros de Isabella o de Elio.

Mi teléfono suena en el bolsillo. Hay un mensaje de Nico, pero algo más llama mi atención: una notificación del teléfono de Isabella.

— Ella compartió su ubicación conmigo.

Dominic detiene el coche a un costado de la carretera. — Déjame ver. — Él toma mi teléfono y se desplaza a través de él. — Mina Grove Diamond. Esa es su última ubicación.

— ¿Entonces qué hacemos?

Dominic me tira el teléfono y enciende el motor del coche. — Llama a Marcus, dile que traiga las armas y al resto de los hombres a Grove Diamond. Vamos a acabar con este maldito esta noche.

Hago lo que me dice. Después de llamar a Marcus, clavo mis ojos en el rastreador por si haya movimiento por parte de Isabella.

Tardamos una angustiada hora en llegar hasta la mina Grove Diamond. Dominic aparca el coche detrás de una colina cerca de la entrada. Más coches y todoterrenos aparkan detrás del nuestro, las puertas de los coches se abren y las pisadas levantan el suelo polvoriento. Veo una pequeña multitud de tiendas montadas alrededor de la entrada de la mina.

El olor a gasóleo me llega a la nariz en cuanto salgo del coche. Miro el móvil y veo que estoy en el mismo lugar que Isabella.

— Tiene que estar en una de esas tiendas.

Marcus, Jane y Luca caminan hacia nosotros, entregándonos a cada uno pistolas con silenciadores y cargadores adicionales.

— Podrían ser solo los mineros. Es probable que pasen las noches aquí — dice Luca, mientras se coloca la funda al pecho y guarda en ella una de sus pistolas.

Le lanzo una mirada fulminante. — Eres más estúpido de lo que pareces.

— Está extrañamente tranquilo, lo que significa que este lugar no está ocupado actualmente por mineros — reflexiona Marcus por un momento. — Estoy seguro de que ese imbécil o sus

hombres están ahí dentro.

— Solo hay una forma de averiguarlo — dice Dominic, amartillando su arma y dirigiéndose hacia las tiendas. — Vincent. Jane. Busquen a Isabella.

Me pongo al lado de mi hermano. Marcus, Jane y los demás nos siguen. Pasamos junto a la entrada de un túnel estrecho y de algunas máquinas de camino a las tiendas.

La primera tienda está vacía, salvo por una pequeña hoguera y tazas de café vacías tiradas por el suelo. La segunda tienda está igual.

En cuanto entramos en la tercera tienda, empiezan a volar balas por todas partes. Nos escondemos detrás de lo que podamos y aguardamos hasta tener un tiro limpio sobre los hombres de Elio. Disparamos, sin parar hasta que todos los hombres de Elio están muertos.

Cuando llegamos a la última tienda, descubrimos que está vacía, pero detrás hay un pequeño almacén de hormigón.

— Está ahí dentro.

Marcus y Luca toman las armas de los muertos.

— Ahí es donde hace sus negocios de mierda — dice Dominic, su voz casi como un gruñido. — Ese cabrón vendía drogas ahí dentro.

Aprieto el puño. Esta vez tomo la iniciativa y camino con cautela hacia el almacén. Dominic me agarra del hombro antes de que pueda entrar. — Ten cuidado, ese hijo de puta probablemente nos esté esperando.

— Me importa una mierda — digo, zafándome el hombro y corriendo hacia dentro.

— *¡Spara a quei bastardi!* — grita uno de los hombres de Elio y empiezan a dispararnos.

— Te cubriremos. Encuentra a Isabella — grita Dominic, su voz se eleva por encima del sonido de los disparos. — ¡Ve! ¡Ahora!

Estallan más disparos mientras me abro paso entre el caos, con el pulso latiéndome al compás del visceral sonido de la muerte. El hedor de la pólvora llena el aire y se mezcla con la adrenalina que corre por mis venas. Mi único pensamiento se centra en Isabella: en encontrarla, salvarla y traerla a casa.

Me escondo detrás de unas cajas y de unos barriles y me dirijo hacia el almacén de hormigón. Me preocupan mis hermanos y mi cuñada a medida que los disparos se intensifican, pero no vacilo, *no* puedo. La vida de Isabella pende de un hilo y, para mí, ella lo es todo. Ella es lo primero.

Irrumpo en el almacén, mis ojos escrutan el interior poco iluminado. Y ahí está ella, atada y amordazada en un rincón, con los ojos muy abiertos debido al miedo, pero viva.

Sus ojos se cruzan con los míos y sacude la cabeza. Intenta decir algo, pero las palabras se ahogan en su boca amordazada.

Me apresuro a acercarme a ella, mis dedos tantean las cuerdas que la atan, mi corazón se encoge al ver su expresión aterrorizada.

— Isabella — susurro mientras intento liberarla de sus ataduras.

Tiro de la cinta que sella su boca y empiezo a desatarla.

— Vincent... — pronuncia mi nombre con voz débil y entrecortada. — No puedes estar aquí. Tienes que irte.

— Voy a sacarte de aquí, Isabella. Aguanta. — Tiro de las cuerdas aún más desesperadamente.

— Por favor, aguanta.

— Es una trampa Vincent. Tienes que...

Pero antes de que pueda descifrar lo que intenta decir o desatarla del todo, el sonido de unos pasos detrás de mí; me produce un escalofrío. Me giro justo a tiempo para ver a Elio salir de

entre las sombras, con una sonrisa retorcida que me hiela las venas. No tengo tiempo de reaccionar ante su presencia antes de que me lance volando por la habitación.

El dolor me sube por la espalda al estrellarme contra la pared.

— Vaya, vaya, vaya — se burla, con su voz cargada de disgusto. — Mira a quién tenemos aquí: un héroe que viene a rescatar a su damisela en apuros.

Aprieto los dientes y los puños mientras me pongo en pie. Tengo que enfrentarme a él, pero primero tengo que poner a salvo a Isabella.

— Suéltala, Elio. Es a mí a quien quieres, no a ella.

Elio ríe de forma maníaca, sus ojos brillan con locura. — Oh, Vincent — se burla, su voz suena como veneno en el aire. — ¿De verdad crees que es a ti a quien quiero? No eres más que un peón en este juego. Un medio para un fin.

— ¿Qué es lo que quieres?

— Nueva York. Quiero esta ciudad y todo lo que hay en ella — dice. — Pero, para eso, tú y tus hermanos tienen que morir.

Le espeto. — Esta ciudad nunca será tuya. Aunque ya no estemos aquí, Alexei nunca te dejará gobernar esta ciudad.

— ¿Eso crees? — Suelta una carcajada malvada. — Ese chico no es nadie. No podrá detenerme. Esta escena me recuerda a la noche en que maté a tus padres. Tu padre se aferró a tu madre, recibiendo con su cuerpo todas las balas que dirigí hacia ella.

— Bastardo...

— Fue hermoso verlo, pero desgraciadamente terminó demasiado pronto. — Sacude la cabeza y suspira como si estuviera contando la representación de una ópera. — No tenía nada personal contra tu madre. Es solo que tus padres se querían y era justo que murieran juntos. Tu madre lucía tan hermosa antes de morir.

Me hierven las entrañas y, con un gruñido de rabia, me lanzo sobre él, nuestros cuerpos chocan en un torbellino. Por un segundo consigo llevar la delantera y me agrada sentir la manera en que mis puños se estrellan contra su mandíbula.

Pero luego me empuja, se sube encima mío y me da un fuerte puñetazo en la cara. Nos turnamos para golpearlos, intercambiamos golpe tras golpe, hasta que ambos somos un amasijo de sangre y moratones.

En medio del caos, veo a Isabella muy asustada. Luchando por desatarse.

Con una última oleada de fuerza, domino a Elio, inmovilizándolo contra el suelo mientras le asesto un golpe decisivo que lo deja inconsciente. Quiero matarlo, pero matarlo no sería suficiente. Quiero que sus últimos días estén llenos de tanto dolor que suplique su muerte.

Corro hacia Isabella, con el corazón acelerado por el alivio mientras la libero de la cuerda y la ayudo a levantarse.

— Vincent, mi Nana. No la encuentro por ninguna parte.

— La encontraremos, pero primero tenemos que salir de aquí.

Isabella asiente. Tiene la piel pálida, los labios agrietados y los ojos sin vida. Me duele el corazón verla así.

— Vamos. Estoy a punto de sacarla del almacén cuando sus ojos se agrandan.

— ¡Vincent! — Ella me empuja.

Todo sucede tan rápido. Oigo un disparo. Ella se agarra el hombro y cae.

Me arrodillo frente a ella, levantándole la cabeza. — Isabella. — No responde. — Isabella. No. Por favor, despierta.

Otro disparo resuena en el aire. Cuando levanto la vista, Jane tiene su arma apuntando a la

cabeza de Elio. El cuerpo sin vida de Elio cae al suelo cuando la bala le atraviesa el cráneo justo entre los ojos.

— Tenemos que llevarla a un hospital — dice Jane, arrodillándose junto a mí.

Coloco dos dedos en el cuello de Isabella. Siento alivio al notar su pulso.

— Llama a una ambulancia. Ahora mismo.

Me arranco la camisa, la envuelvo y la presiono contra su herida.

— No puedes morirte, Isabella — le suplico, con la voz ronca por el dolor que me atraviesa el corazón. — Hay tantas cosas que no te he dicho.

Jane se pone en pie. — ¿Hola? ¿911?

Aprieto el agujero de bala que desfigura su hermoso cuerpo y lloro. — Te quiero, Isabella. Te quiero.

Capítulo XXVII

Isabella

Abro los ojos y parpadeo contra la luz brillante. Mi visión es borrosa, pero lentamente se va volviendo más nítida.

Veo un rostro. Puedo distinguir sus rasgos incluso con mi visión borrosa.

— Vincent.

Su mirada se clava en la mía con una intensidad que hace que una oleada de calor recorra mis venas mientras mi vista se va aclarando.

— Isabella — susurra con suavidad mientras me aparta un mechón de cabello de la cara. — Despertaste. Gracias a Dios.

Sus palabras me inundan como un bálsamo tranquilizador, me devuelven al presente y percibo la preocupación grabada en sus facciones.

— ¿Cuánto tiempo estuve inconsciente?

— Han pasado tres días — responde, tomando mi mano y apretándola contra el calor de su rostro. — Tenía tanto miedo. Pensé que te perdería.

Los recuerdos de Elio apuntando a Vincent con su pistola llenan mi mente. — ¿Y Elio? Pensé que iba a matarte.

— Ese hijo de puta está muerto. — Me aprieta la mano con más fuerza, sin apartar sus ojos de los míos. — Ahora todos estamos a salvo — me asegura.

Intento incorporarme. El dolor me recorre el brazo y gimo.

Vincent me ayuda a incorporarme. — Tu herida aún no está curada. El médico dijo que necesitas reposo y que no podrás usar la mano izquierda durante algún tiempo.

Asiento con la cabeza. — ¿Cómo está el bebé?

Sonríe y se sienta en la silla junto a mi cama. — Los bebés. Están bien.

Frunzo el ceño. — ¿Los bebés? ¿Son dos?

Vincent sonríe tan ampliamente que me resulta contagioso. Él nunca había sonreído así.

— Sí, vamos a tener dos bebés.

Se me saltan las lágrimas de felicidad. — ¿Y mi abuela?

Una nueva voz interrumpe la quietud que reina en el aire; un instante después de mi pregunta: una voz llena de amor y preocupación, una voz que conozco demasiado bien.

— Isa — dice Naomi, con los ojos llenos de lágrimas mientras acerca a mi abuela al lado de mi cama. — Gracias a Dios, nena, estás despierta.

Me abraza con cuidado para no dañarme la herida. — ¿Sabes lo asustada que estaba? Estabas inconsciente y ni siquiera podía quedarme a tu lado porque el Sr. Loverboy te quería solo para él.

— Ella mira burlonamente a Vincent y yo me río.

— Me alegro de volver a verte, Naomi. Te he echado de menos.

Se aparta. — Yo también te he echado de menos, pero adivina quién te extrañó más. — Las dos inclinamos el cuello hacia mi Nana.

Mi Nana levanta la mano para tocarme la cara. — Mi dulce niña. Te he extrañado tanto.

Se me saltan las lágrimas al contemplar su rostro familiar, su suave tacto que alivia el dolor de mi pecho.

— Abuela — susurro, con la voz entrecortada por la emoción, mientras extiende la mano para sujetar una de las suyas. — Nunca me habría perdonado si te hubiera pasado algo.

Sus ojos grises se arrugan y sonrío, con las comisuras de los labios fruncidas. — Me salvaste, Isabella — dice con voz llena de gratitud. — Tú, Vincent y sus hermanos lo arriesgaron todo para traerme devuelta hasta ti.

— Mira quién está despierta — dice Marcus.

Entra en la habitación con Dominic, Elena y Jane.

— Recibiste una bala solo para quedarte inconsciente durante tres días. Qué dura eres.

Sonrío. — ¿Me estás tomando el pelo en este momento?

— Necesitas un buen entrenamiento de combate. Desarrolla un poco de músculo aquí y allá, y una bala no será más que un rasguño.

Cierto, ni siquiera tuve la oportunidad de aprender a pelear o a usar un arma antes de que pasara todo esto. Incluso me he acostumbrado tanto a los hermanos que no me importaría que Marcus o Dominic se encarguen de enseñarme a pelear.

— Dominic, ¿por qué no me enseñas a pelear?

Dominic frunce el ceño. — Lo haré, pero solo después de que des a luz a los bebés. Has pasado por mucho y el médico aconsejó que te mantuviéramos alejada de cualquier cosa estresante.

Levanto el dedo meñique. — ¿Prometes enseñarme?

Una sonrisa arrogante levanta la comisura de sus labios y enlaza su meñique con el mío.

— Te lo prometo.

Elena y Jane se sientan en el borde de mi cama. — No vuelvas a saltar delante de una bala. Te juro que casi me muero al enterarme de que te habían disparado — dice Elena, con una voz mezclada entre rabia y preocupación.

— No lo haré.

Jane me acaricia ligeramente el brazo. — Lo hiciste muy bien. Estoy orgullosa de ti.

— Gracias — le digo, con la voz temblorosa por la emoción al encontrarme con sus miradas. — Gracias por salvar a mi abuela, por traérmela de vuelta. Gracias por tratarme como si fuera de la familia.

— Eres de la familia — dice Dominic. — Y en la familia nos cuidamos mutuamente.

— Lo que nos lleva a una cosa más. — Elena le guiña un ojo a Vincent.

Las chicas se levantan de la cama y Naomi lleva a mi Nana hasta donde están los demás.

Vincent se arrodilla junto a mi cama y Dante entra con un ramo de rosas rojas. Parece como si lo hubieran obligado a hacerlo y no puedo evitar reírme... bueno, casi reírme. No me atrevo a reírme cuando estoy tan sorprendida.

— ¿Qué haces? — pregunto nerviosa.

Vincent me acerca las rosas.

Cuando las tomo, saca una caja de anillos del bolsillo y la abre. — No soy bueno con las palabras, Isa...

— Vamos, eso es algo mediocre. Di algo romántico — me insta Jane.

— No creía en el amor hasta que te conocí, Isabella. Y tampoco soy el mejor hombre del mundo, pero te quiero. Te amo tanto que no puedo imaginar una vida sin ti. — Saca el anillo de la caja.

— ¿Quieres casarte conmigo, Isabella? Prometo hacerte feliz el resto de nuestras vidas.

Le tiendo la mano, y apenas puedo contener las lágrimas.

— Sí. Sí, acepto casarme contigo, Vincent. Te amo y prometo estar a tu lado para siempre.

Todos los que nos rodean aplauden mientras Vincent desliza el anillo en mi dedo.

En el corazón del anillo hay un diamante perfectamente tallado, de forma ovalada, que brilla como un manantial de montaña. Alrededor de la piedra central hay diamantes más pequeños dispuestos en un halo. La luz de la habitación resplandece sobre la superficie de las gemas. Es el

anillo más hermoso que jamás haya visto.

Vincent se levanta y se inclina hacia mí, me besa ligeramente. — Acabas de hacerme el hombre más feliz del mundo, *amore*.

Le paso los dedos por el cabello. — Y yo soy la mujer más feliz del mundo.

Se inclina para darme otro beso.

Marcus se aclara la garganta. — Quizás deberían ir a una habitación de hotel.

Vincent se aparta y ambos volvemos a centrar nuestra atención en el resto de la familia, por un momento habíamos olvidado que estaban en la habitación con nosotros.

Sus sonrisas son como faros de luz en la oscuridad. Por primera vez en años, siento que pertenezco a algún sitio: aquí, con Vincent y su familia. Porque ahora ellos también son mi familia.

Epílogo

Vincent

Cuatro años después

Mientras veo a Isabella extender la manta a cuadros sobre la exuberante hierba verde, su risa llena el aire como una melodía. Nuestros gemelos pequeños, Mariana y Massimo, corretean de un lado a otro y sus risitas resuenan en armonía junto con la alegría de su madre.

Han pasado cuatro años desde que Elio murió. Y tres años desde que fui padre. Isabella pasa la mayor parte de su tiempo libre cuidando a los niños y visitando a su abuela. Yo paso la mayor parte del mío ayudando a mis hermanos a dirigir nuestro imperio. Cuando ambos estamos libres, hacemos obras de caridad en los hospitales de Nueva York.

Y todos los domingos pasamos tiempo con el resto de la familia.

Son momentos como estos los que me recuerdan la belleza de la vida: los pequeños placeres que se encuentran en el calor del sol, en el suave susurro de las hojas y en el amor incondicional de la familia.

Mientras Isabella mete la mano en la cesta de mimbre para sacar los bocadillos y los tentempiés, no puedo evitar sonreír al verla, el amor de mi vida, la madre de nuestros hijos. Está más radiante que nunca, sus ojos brillan de felicidad y satisfacción.

Su cabello plateado se agita con la brisa de la tarde, sus ojos se entornan mientras observa a nuestros hijos con una sonrisa.

Me uno a ella en la manta y le rodeo la cintura con el brazo mientras vemos jugar a nuestros pequeños.

— Sabes, me molesta un poco que Mariana no se parezca a ti, pero al menos tiene tu sonrisa.

Massimo, por su parte, es muy travieso. Hace berrinches, pero es muy protector con su hermana gemela.

Isabella pone mala cara. — Yo también me siento molesta. Llevé a esos niños durante nueve meses y salen igual a ti. No es justo.

Le beso el cuello. — Pero podemos hacer otro. Uno que se parezca a ti. ¿Qué te parece?

— Yo digo que no. — Se da la vuelta y me toca las narices. — La familia está aquí. No seas travieso.

— Oye, Vincent. ¿Qué tal si vienes a ayudar con la barbacoa? — grita Marcus desde lejos. — Me muero de hambre.

Me contengo para no poner los ojos en blanco. — ¡Ya voy! — Me acerco a Isabella y le beso la frente antes de unirme a los otros chicos.

Tendremos un picnic familiar. Mis hermanos y sus esposas, mi sobrina y mi sobrino están todos reunidos aquí.

Los chicos y yo terminamos de asar y llevamos la comida hasta donde están las señoras tomando el sol en las mantas extendidas.

— Voy por las bebidas. — Elena se levanta y toma un cubo lleno de botellas de vino, vasos y hielo.

Le entrega una copa a cada uno y las llena. — Por la familia.

Todos brindamos por la familia.

— Ya que no podemos beber y tampoco quiero refrescos, ¿te parece bien si nos tomamos un

helado? — pregunta Lucas.

Dominic asiente con la cabeza. — Claro. Llévate a los más pequeños y asegúrate de que estén a salvo.

— Eres tan sobreprotector — dice Marcus, metiéndose un trozo de carne en la boca. — Actúas como si los niños no tuvieran guardaespaldas siguiéndolos a todas partes.

— ¡Mami! — Mariana corre hacia Isabella. — ¿Puedo comer un poco de algodón de azúcar?

— Solo uno, y compártelo también con tu hermano y tus primos, ¿de acuerdo? — Isabella acaricia el cabello de Mariana.

Mariana suelta una risita y sale corriendo junto a su hermano y sus primos.

— Son tan tiernos — dice Jane, sonriendo ampliamente.

— No estás bebiendo — dice Isabella, entrecerrando los ojos con suspicacia.

— Eso es porque tengo algo que compartir con todos ustedes. — Ella y Marcus comparten una mirada. — Estoy embarazada.

Isabella y Elena se quedan boquiabiertas. Dominic y yo la miramos incrédulos.

— ¿De verdad vas a ser mamá? — pregunta Elena.

Estoy seguro de que es la misma pregunta que todos nos estamos haciendo.

Jane lo confirma con un movimiento de cabeza. — Estoy embarazada de tres meses. Marcus y yo queríamos esperar hasta el final del primer trimestre antes de darles la noticia.

— Nos alegramos mucho por ustedes — dice Isabella.

Le doy la mano a Marcus. — Felicidades, hermano.

Dominic hace lo mismo.

— Todo gracias a Isabella. Ella nos puso en contacto con una doctora especialista en fertilidad que nos ayudó. — Dirige su mirada hacia Isabella. — Gracias.

Isabella se levanta para abrazar a Jane. — Me alegro mucho por ti. No puedo creer que vayamos a tener un nuevo miembro en la familia.

— ¿Será niña o niño? — pregunta Elena.

— Un niño — dice Marcus.

— Será un niño muy afortunado por tenerlos como padres — dice Isabella.

— Nosotros somos los afortunados — responde Marcus.

Levanto mi copa. — Salud por Marcus y Jane que pronto serán padres.

— Salud — dicen todos al unísono.

Comemos y charlamos durante el resto de la tarde. Isabella y yo nos quedamos después de que todos se hayan ido. Marcus y Jane se ofrecieron a cuidar de los gemelos por la noche.

— *Debemos practicar cómo ser padres antes de que nazca nuestro hijo* — habían dicho.

Isabella y yo nos tumbamos boca arriba, observando las estrellas que cubren el cielo. Una estrella muy brillante se mueve rápidamente en el cielo.

— Es una estrella fugaz — dice Isabella.

Gira la cabeza para mirarme. — Deberíamos pedir un deseo. ¿Qué deseas?

— Pasar el resto de mi vida contigo y los niños — le respondo.

La envuelvo con el brazo y tiro de ella. — Te toca a ti.

— Quiero que esta felicidad dure para siempre — dice.

Isabella me mira con ojos brillantes. — Quiero que nuestro amor perdure más allá de esta vida.

Miro a mi mujer, es hermosa bajo la luz de la luna. Es mi estrella fugaz y no desearía nada ni a nadie más.

— Te amo, Isabella. Y te amaré en un millón de vidas.

Ella sonríe. — Yo también te amo, esposo mío.

EL FIN

Si quieres saber si una mujer puede ablandar el corazón de Alexei.
¡Espera con impaciencia: *La Novia del Diablo (Bratva de New York - Libro 1)*!

Si te ha gustado este libro, te agradecería que te tomaras unos minutos para dejar una reseña en la plataforma que elijas. Puedes ser tan breve como desees.

Otros libros de Celeste Riley:

El Club de los Millonarios Bratva (Proximo...)

(Romance de harén inverso)

La Niñera de los Jefes Bratva (Libro 1)

La Madre Sustituta del Jefe Bratva (Libro 2)

Los Caballeros de la Reina Bratva (Libro 3)

La Familia mafiosa Romano:

[El Jefe Mafioso y su Heredero Secreto \(Libro 1\)](#)

[Engrilletada por el Jefe de la Mafia \(Libro 2\)](#)

Traicionando al Jefe de la Mafia (Libro 3)

Reznek Bratva:

[Amante Bratva \(Libro 1\)](#)

[Amante Salvaje \(Libro 2\)](#)

[Amante Tóxico \(Libro 3\)](#)

El Club Secreto de Los Reyes:

[El Protector Oscuro \(Libro 1\)](#)

[El Mentiroso Malvado \(Libro 2\)](#)

[El Jefe Despiadado \(Libro 3\)](#)

SOBRE LA AUTORA

Celeste Riley escribe novelas románticas de diversos géneros, pero tiene una especial predilección por las historias de amor oscuro con un toque especial. El antihéroe es siempre su personaje favorito, y cree que incluso los villanos merecen amor.

Cuando no está sentada en oficina hablando con gente que se ha inventado, Celeste está leyendo su libro favorito o pasando tiempo con su familia y su colección de mascotas, a veces hilarante y a veces agotadora. En la vida real, es veterinaria.

También puedes visitar mi [página de autor en Amazon](#) para ver los libros que ya están disponibles.